

Alberto  
Vázquez-Tigueroa

**TIERRA DE BISONTES**  
Cienfuegos VII



Título original: *Tierra de bisontes*

Alberto Vázquez-Figueroa, 2006.

Diseño portada: Random House Mondadori

Ilustración de la portada: National Geographic

Editor original: Semitono (v1.0)

ePub base v2.0

La luz de la luna penetraba hasta el fondo de los arrecifes, que se encontraban casi a veinte metros de profundidad.

Allí, en el archipiélago que más tarde sería conocido como los Jardines de la Reina, el agua aparecía siempre tan quieta y transparente que cabría pensar que más que agua era un cristal sobre el que la vieja barca se deslizara como si patinase sobre una fina capa de hielo, tan sólo atravesado, de tanto en tanto, por los alegres saltos de silenciosos delfines.

Las quietas noches de plenilunio de la costa sudoeste de Cuba, en las que la suave brisa proveniente de la isla traía olor a tierra mojada y vieja selva, tenían mucho de embriagador y mágico, por lo que hacía años que el canario Cienfuegos había tomado la costumbre de hacerse a la mar a la caída de la tarde con el fin de dedicar la noche a pescar o a extasiarse con uno de los paisajes más hermosos que hubiera contemplado nunca.

Tal vez la luna rielando sobre el mar lo devolvía a aquel día de su ya muy lejana infancia en que, poco antes de morir, su madre lo condujo por entre los mil vericuetos de los peligrosos senderos que bordeaban los precipicios de la isla de la Gomera en busca de la orilla de un mar que hasta aquel momento el chicuelo tan solo había contemplado desde lo alto de las montañas.

Para alguien nacido y criado en la cima de un impresionante risco, el mar y el cielo eran puntos casi igualmente lejanos, por lo que de niño Cienfuegos siempre mantuvo el disparatado convencimiento de que algún día se introduciría en el cielo de la misma forma en que su madre le había introducido en el mar.

Pasaron en la quieta ensenada tres días y tres noches, sin duda los más hermosos de la infancia de un crío que jamás conoció a su padre y que perdió a su madre dos semanas más tarde, lo cual siempre le hizo sospechar que cuando lo había llevado a ver el mar su madre ya presentía que iba a morir.

Durmieron acurrucados el uno junto al otro sobre la tibia arena negra, escuchando el suave rumor de las olas batiendo contra las rocas del acantilado y aspirando un fresco aroma salado que poco tenía que ver con el acostumbrado hedor de los machos cabríos con los que se veían obligados a lidiar a diario.

Su madre había sido una pastora montaraz, hija y nieta de los antaño famosos Garaones, una de las escasas familias de rebeldes aborígenes guanches que en la Gomera prefirieron huir a las montañas a someterse a los caprichos de los conquistadores españoles, pero que evidentemente había acabado por sucumbir al asedio de algún aguerrido invasor que le dejó como único recuerdo de su incruenta conquista un hermoso retoño de piel clara, ojos verdes y cabellos sorprendentemente rojizos.

Tal vez la palpable e incuestionable evidencia de que al fin había sido vencida por sus eternos enemigos, era lo que había impulsado a «La Garaona» a mantenerse oculta entre barrancos y montañas hasta el fin de sus días.

Si, tal como algunos aseguraban, había sido violada por un capitán con ayuda de dos brutales soldados, o si la plaza fuerte se había rendido voluntariamente ante el irresistible ataque de un verbo fácil y una deslumbrante sonrisa, era algo que nadie supo nunca, pero como resulta evidente que una derrota es casi siempre deshonrosa, la Cabrera había optado por mantener el fruto de tal acción lo más lejos posible de la curiosidad ajena.

Otros opinaban que su «conquistador» había sido en realidad un gigantesco marino llegado de nadie sabía dónde, y cuyo barco se había estrellado contra los acantilados del norte durante una noche de tormenta.

Por lo visto se había propinado tal golpe en la cabeza en el momento de naufragar, que a partir de ese instante y hasta el día en que murió, casi cinco

años después, la única palabra que aprendió a decir en castellano fue «cagarruta».

Ahora, treinta y tantos años más tarde, nadie podría saber exactamente cuántos, el hijo del capitán o del marino se encontraba a miles de leguas de la negra playa canaria, pero aún el olor a mar conseguía devolverlo a aquellos tres maravillosos días en que su madre lo abrazaba, consciente de que muy pronto dejaría de hacerlo.

Para algunos seres humanos, la infancia dura once años.

Para otros, únicamente tres días.

Los recuerdos son por lo tanto infinitamente menores, pero permanecen en la memoria como grabados a fuego.

El resto de esos once años se había limitado a perseguir cabras por entre peñas y barrancos, ordeñarlas, ayudarlas a parir o degollarlas y despellejarlas cuando ya no servían más que de alimento o vestimenta.

Cienfuegos aborrecía todo cuanto se relacionase con las cabras, empezando por su olor y acabando con el sabor de su carne, y por lo tanto era el único animal que se había negado a llevar a la isla caribeña en que decidió establecerse definitivamente con su extensa familia.

Y es que, a su modo de ver, pocas cosas activaban de una forma más rápida la memoria que un olor, y esa memoria tan solo le traía a la mente años de tristeza, penurias y angustiosa soledad.

De todo ello, la soledad era a lo único a lo que le agradaba regresar a menudo, dado que en la pequeña isla en que se habían establecido era tanta la actividad y tanta la gente que pululaba a todas horas a su alrededor que pocas ocasiones tenía de detenerse a meditar en lo que había sido su más que agitada vida.

Cebó por enésima vez el anzuelo con un grueso gusano y permitió que el sedal —en cuyo extremo había atado una piedra— se deslizara hacia un arrecife en el que se distinguían las manchas de una increíble cantidad de peces de todas las formas, tamaños y colores.

Con harta frecuencia la piedra ni siquiera tenía tiempo de llegar al fondo.

Un tirón le avisaba que una presa había mordido el anzuelo, y se iniciaba entonces una apasionante lucha en la que lo más importante era impedir que, por muy grande y poderoso que fuera el enemigo, éste consiguiera romper la liña, lo que significaba una costosa pérdida.

Se necesitaba mucha paciencia y habilidad puesto que, como bien sabía el gomero, ningún pez valía lo que valía el anzuelo y el aparejo con los que estaba intentando capturarlo.

Incontables horas solían pasar sus dos mujeres y sus hijos trenzando largas sogas de cáñamo, pero por mucha que fuera su habilidad raramente conseguían obtener la resistencia y calidad de los cientos de brazas traídos años atrás desde la lejana Sevilla.

La vida en la isla —que, aunque en un principio no tenía nombre, había acabado llamándose la Escondida, dado que la principal preocupación de sus habitantes se concretaba en mantenerla lejos de la mirada de unos extraños de los que nada bueno cabía esperar— había pasado a convertirse en autosuficiente con el transcurso del tiempo.

No obstante, una vez cada dos años, la nave que lo había llevado hasta allí, y que por lo general permanecía desmantelada y camuflada en una quieta ensenada, zarpaba rumbo a Santo Domingo en busca de todo aquello que los isleños no se sentían capaces de fabricar por sí mismos, aunque Cienfuegos pretendía que tales viajes se fueran espaciando cada vez más en el tiempo.

Y es que les constaba que el Caribe se estaba volviendo un mar harto peligroso.

Supuestamente nadie podía viajar a las Indias Occidentales sin un permiso especial sellado y rubricado en Sevilla, pero portugueses, franceses, holandeses y especialmente los ingleses solían hacer caso omiso de tal mandato buscando la forma de establecerse en unos territorios que, según el controvertido tratado de Tordesillas, pertenecían en exclusiva a la corona española.

La mayoría de tales intrusos no eran en realidad más que piratas en busca de un buen botín y andaban siempre al acecho de una presa fácil en las proximidades de las costas dominicanas.

Y una pequeña nave desarmada que regresaba de adquirir pertrechos en la concurrida Santo Domingo, repleta de espías, constituía sin duda un bocado muy apetecible para un pirata, un corsario o un simple bucanero.

Los habitantes de la Escondida habían aprendido por tanto a valerse cada vez más por sí mismos.

La luna inició su lento descenso en el horizonte, por lo que los arrecifes del fondo comenzaron a difuminarse.

Durante casi media hora, Cienfuegos mantuvo un emocionante tira y afloja con una rebelde dorada que, en buena lógica, se negaba a abandonar el paraíso en que había nacido para pasar al otro lado de la mortal línea que significaba la superficie del agua, y cuando al fin consiguió izarla a bordo y abrirla en canal con el fin de despojarla de los intestinos, que solían pudrirse con gran rapidez, se tomó un merecido descanso tumbándose en el fondo de la barca decidido a fumarse, tranquilo y relajado, uno de los gruesos, frescos y aromáticos cigarros que su hija mayor solía prepararle con infinito mimo.

Al darlo por concluido, cebó de nuevo el anzuelo y se dispuso a reanudar el trabajo que más le gustaba, pero en el momento de extraer de las oscuras aguas a su nueva captura sintió un inesperado pinchazo en la muñeca que le arrancó un grito de dolor y le hizo tambalear peligrosamente, y suerte tuvo de caer en el interior de la embarcación porque de haberse precipitado por la borda habría muerto irremediabilmente.

Apenas tardó un par de minutos en perder el sentido.

El gomero jamás logró averiguar qué clase de animal le había inoculado de un solo golpe tan virulenta ponzoña, pero lo cierto es que le paralizó como si hubiera sufrido de improviso el impacto directo de un rayo al tiempo que el brazo se le hinchaba hasta alcanzar el grosor de uno de sus muslos.

La embarcación quedó al paio.

El agresor, cualquiera que fuese su forma, tamaño o extraña familia a la que pertenecía, regresó a las profundidades arrastrando tras sí el anzuelo y el largo sedal, cuyo extremo permanecía por precaución atado siempre a la

proa, de modo que al cabo de un rato la frágil embarcación comenzó a desplazarse muy despacio en dirección a mar abierto.

La bestia no debía de sentirse a salvo en un arrecife poblado de hambrientos depredadores, por lo que evidentemente buscaba la protección de aguas más profundas y por lo tanto menos concurridas.

No obstante, el cabo al que se mantenía unido no daba más de sí, por lo que tuvo que seguir nadando entre dos aguas hasta que, con la primera claridad del día, un hambriento tiburón que vagabundeaba por los alrededores la eligió como suculento desayuno.

Sin duda aquélla no había sido su noche.

Aunque sí fue, probablemente, la peor noche en la vida del causante de todas sus desgracias.

El insostenible dolor, que le llegaba desde el nacimiento del cuello hasta los pies con especial incidencia en el brazo, mantenía al gomero tendido boca abajo, incapaz de moverse, semiinconsciente a ratos y a ratos totalmente fuera de este mundo, juguete de un millón de pesadillas que correteaban por su mente como una jauría de perros rabiosos.

Colores, docenas de brillantes colores de una variedad como nunca había visto en la realidad, estallaban de continuo en su cerebro al igual que un castillo de fuegos artificiales que se elevaran para chocar irremisiblemente contra las paredes de su cráneo. Sentía que se ahogaba, pero cada vez que abría la boca en busca de aire fresco, lo único que conseguía era expulsar un chorro de amarillentos vómitos que le quemaban la garganta.

La muerte navegó a menos de una milla de distancia.

Andaba tras su pista, pero tal vez el hecho de que la luna se ocultara sumiendo el mar en profundas tinieblas la hizo desistir de su empeño, y quedó a la espera de ocasión más propicia.

Sabía por experiencia que pronto o tarde aquel a quien ahora perseguía acudiría en su busca.

El fugitivo, ¡tanta costumbre tenía el gomero Cienfuegos de huir de la muerte!, continuó tumbado sobre un lecho de vómitos y peces muertos, sin

que ni siquiera el violento sol caribeño que le abrasaba la desnuda espalda lo obligara a reaccionar.

El activo veneno con que aquel maldito pez se defendía de sus enemigos o inmovilizaba a sus presas, corría libremente por sus venas, y tan solo el hecho de que se tratara de un hombre excepcionalmente corpulento, fuerte y saludable, impidió que acabara matándolo.

Cualquier otro, de menor envergadura o resistencia, no hubiera llegado vivo al mediodía.

Cienfuegos consiguió soportar el suplicio por más que fuese hartamente cruel y lacerante.

Era como si una corriente de plomo derretido fuera y viniera de su corazón a los riñones y de allí al hígado para ascenderle de improviso hasta el cerebro.

Aulló de insufrible dolor en cuatro o cinco ocasiones, pero la inmensidad del mar convirtió en inútiles sus quejas.

Estaba solo, ya que incluso los delfines se habían alejado tiempo atrás.

A los delfines les suelen gustar las naves veloces y la gente que canta.

Aborrecen los barcos al pájaro y los lamentos.

En eso se parecen a los seres humanos.

Volvió la noche y volvió la luna.

Y con ella una suave brisa que llegaba del este.

La barca, sin nombre puesto que en la Escondida todo pertenecía a todos y por lo tanto nada necesitaba un nombre que la distinguiera del resto, comenzó a desplazarse lentamente dejando definitivamente atrás lo poco que se distinguía ya de las costas de Cuba.

Incluso un par de gaviotas que a la caída de la tarde habían acudido a picotear los ya hediondos dorados que se desparramaban por el fondo de la embarcación optaron por alzar el vuelo y regresar a sus nidos de tierra firme.

El herido gimió lastimeramente y acabó por hundirse de nuevo en un sopor que le mantenía alejado del resto del mundo.

Al tercer día, una corriente suave pero firme y constante se apoderó de la embarcación y comenzó a desplazarla hacia el nordeste.

Un enorme tiburón de alta aleta se aproximó para golpear con su fuerte cola el frágil casco de madera.

Pareció oler o presentir que al otro lado de las delgadas tablas se encontraba un apetitoso almuerzo, por lo que giró una y otra vez a su alrededor intentando encontrar la forma de satisfacer su hambre, pero al cabo de un par de horas se alejó de lo que se le debió de antojar una gigantesca tortuga de inabordable caparazón que dormitaba dejándose arrastrar por la corriente.

Probablemente aquel tiburón sabía mucho de corrientes porque la experiencia debía de haberle enseñado que las aguas que llegaban desde Europa y África cruzando la inmensidad del océano Atlántico penetraban en el mar Caribe por entre el rosario de islas de las Antillas, para acabar por concentrarse en el canal que separaba la isla de Cuba de la península del Yucatán.

Más tarde el inmenso y constante flujo bordeaba las costas mexicanas y norteamericanas, acababa dirigiéndose hacia el sur a todo lo largo de la península de La Florida y regresaba finalmente al océano y de allí a la lejana Europa.

El punto por el que el hambriento escualo merodeaba en aquellos momentos, el cuello de botella del noroeste de la isla de Cuba, constituía por tanto un lugar perfecto para permanecer tranquilamente al acecho de jugosas presas con las que saciar su insaciable apetito, pese a que en esta ocasión su paciencia no hubiera recibido premio alguno.

La barca siguió su camino, juguete de un mar tranquilo pero en continuo movimiento, y en su encharcado interior el hombre herido se mantuvo firme en sus ansias de conservar la vida, convencido de que alguien que había sabido enfrentarse a situaciones realmente difíciles no merecía caer víctima de un asqueroso pez, traidor y ponzoñoso.

Sus enemigos habían sido tantos y tan extraordinariamente poderosos, que una muerte a todas luces vulgar y anodina rayaba en los límites del ridículo.

Cienfuegos había logrado escapar al acoso del celoso y brutal capitán León de Luna y sus sanguinarios mastines, había atravesado en compañía

del almirante Colón el «Océano Tenebroso» y descubierto un nuevo mundo, había sobrevivido a un naufragio y a la destrucción de un fuerte del que se convirtió en único superviviente, había resistido la esclavitud a manos de feroces caníbales, y había atravesado oscuras selvas, ardientes desiertos y heladas cordilleras de Tierra Firme en continuo enfrentamiento con tribus hostiles y fieras hambrientas.

Se trataba por tanto de un superviviente nato; un «hombre corcho» que siempre regresaba a la superficie por violenta que fuera la tormenta, y aun inconsciente como se encontraba no parecía dispuesto a permitir que una sucia bestezuela de los oscuros abismos consiguiera lo que nadie más había conseguido.

¡Pero era tan intenso el dolor!

¡Tan abrasador el fuego que circulaba hora tras hora por sus venas!

¡Tan violentas las luces que estallaban en su cerebro!

Los desgarrados aullidos se transformaron en un sordo y continuo lamento y un jadear semejante al de los grandes dorados cuando caían en el fondo de la barca, y ese agotador esfuerzo por mantenerse a toda costa a este lado de la raya lo fue extenuando hasta el punto de que al cuarto día ya no era más que un guiñapo incapaz de alargar la mano y apoderarse de uno de los odres de piel de oveja que siempre llevaba a bordo.

Por suerte comenzó a llover a media tarde y lo hizo con tal fuerza e intensidad que los gruesos goterones le hicieron daño en una espalda que había sido lacerada por el violento sol del trópico.

De un modo casi instintivo, puesto que para sobrevivir Cienfuegos ni siquiera necesitaba tener conciencia de lo que hacía, giró sobre sí mismo con el fin de permitir que el agua penetrara hasta el fondo de su garganta, lo cual contribuyó sin duda a que no acabara allí mismo su larga y agitada historia.

La persistente corriente del golfo continuó siendo dueña de la situación, jugueteó con la barca hasta aburrirse, y al fin se la entregó a unas largas y cadenciosas olas que batían contra la costa y que optaron por arrojarla contra un espeso manglar entre cuya vegetación quedó atrapada como una mosca en una tela de araña.

De inmediato, y atraídos por el excitante hedor a pescado podrido, docenas de enormes cangrejos treparon por las ramas y se dejaron caer sobre cuanto quedaba de los dorados que cubrían el fondo de la embarcación.

Sin embargo, algunos de ellos se decantaron por el novedoso manjar que significaba un cuerpo humano igualmente maloliente y cubierto de llagas, hasta el punto de que en realidad fueron los agresivos cangrejos los que consiguieron que Cienfuegos reaccionara.

No le resultó en absoluto agradable despertar para descubrirse pasto de docenas de pequeñas bestezuelas que lo observaban ansiosamente con sus saltones ojos, dispuestas a desgarrarle la carne con sus fuertes y afiladas pinzas.

A rastras, y utilizando las escasas fuerzas que aún le quedaban y que a cualquier otro no le hubieran bastado, el gomero consiguió escapar de la mortal trampa infestada de diminutos, despiadados y feroces enemigos, para acabar encaramándose a una rama que a duras penas soportaba su peso.

Aunque no consiguió llegar solo; media docena de hambrientos crustáceos de un color rojo violento continuaban aferrados a su carne, por lo que se vio obligado a arrancar las fuertes tenazas con el fin de ir arrojándolos al agua uno tras otro.

—¡La madre que os parió! —no pudo por menos que exclamar—. ¿Acaso me queréis devorar vivo?

Luego permaneció muy quieto, como un mono trepado en la cima de una acacia espinosa, tratando de descubrir qué parte de su cuerpo, o de su espíritu, no se encontraba lastimosamente maltratado.

No existía ni un solo centímetro de su piel que no apareciese lacerado, un músculo que no le doliese, ni un hueso que no amenazara con quebrársele.

Las deformes manos habían duplicado su tamaño, los hinchados párpados apenas le permitían la visión, y los labios no eran más que una costra alineada junto a otra costra semejante.

La mayoría de los incontables cadáveres que había visto a lo largo de su vida ofrecían bastante mejor aspecto.

Pero ningún cadáver respiraba, y el gomero Cienfuegos era de aquellos a los que les basta con poder respirar.

El resto se limitaba a una cuestión de fuerza de voluntad.

Se necesitaba tenerle mucho apego a la vida para conseguir mantenerse tres largos días con sus correspondientes noches en inestable equilibrio sobre las frágiles ramas de un manglar, pero la vida era cuanto en aquellos momentos poseía Cienfuegos, por lo que, armado con una de esas ramas, se dedicaba a derribar con secos golpes a los insistentes cangrejos que parecían haber tomado una especial afición a su tumefacta carne, razón por la que no cesaban de intentar ascender una y otra vez hasta el precario refugio en que se encontraba encaramado.

Con la subida de la marea, los rojos crustáceos desaparecían en lo más profundo de sus madrigueras enterrándose en el fango u ocultándose bajo las rocas, temerosos de convertirse en presa de los innumerables peces que llegaban con unas aguas que lo inundaban todo hasta casi un metro de altura, y éstas eran las únicas horas durante las cuales el agotado canario conseguía descansar cerrando los ojos y permitiendo que un sueño reparador le devolviera poco a poco las fuerzas.

No obstante, durante la noche un frío viento que llegaba del norte lo hacía tiritar hasta que los dientes le castañeteaban, por lo que se veía obligado a permanecer despierto, golpeándose las piernas y los brazos con las palmas de las manos y sin poder evitar preguntarse en qué situación más difícil que aquélla podría haberse encontrado alguna vez un ser humano.

Lejos de su casa y su familia, en un lugar perdido y absolutamente desconocido, semidesnudo, hambriento, herido, enfermo y sin tan siquiera suelo firme sobre el que pisar, entumecido y acosado por el hambre, el frío y miríadas de pequeños pero irreductibles enemigos decididos a no dejar de

él más que los huesos, había llegado sin duda al límite de la resistencia humana.

—Lo único que me faltaba es haberme quedado embarazado... — masculló para sus adentros en un esfuerzo por mantener el humor y la fe en sí mismo y en su capacidad de hacer frente a las desdichas—. ¿Qué más puede ocurrir?

Que lloviera a mares.

Y la tercera noche llovió a mares.

No se trató de un esporádico chaparrón tropical a los que tan acostumbrado estaba en la Escondida, donde el agua caía por lo general cálida y gratificante; fue por el contrario una espesa cortina de una lluvia agresiva y furibunda, que llegaba empujada por fuertes rachas de un viento helado que aullaba entre las ramas sacudiéndolas como si su mayor deseo se centrara en arrojarlo de una vez por todas al suelo con el fin de dejarlo a merced del ejército de cangrejos.

Tentado estuvo de darse por vencido admitiendo que las fuerzas de la naturaleza serían siempre superiores a la capacidad de resistencia del ser humano, pero le vino a la mente el recuerdo de sus dos esposas, la rubia alemana Ingrid y la morena indígena Araya, a las que amaba por igual, y de sus seis hijos, que sin duda lo necesitaban para poder seguir creciendo en libertad en una isla que estaba comenzando a convertir en una antesala del paraíso.

De no haber sido por un desgraciado pez ponzoñoso, se encontraría en aquellos momentos sentado en el porche de su hermosa cabaña, concluyendo de cenar y dispuesto a contar una vez más a cuantos cada noche se lo suplicaban, el apasionante relato de cómo había viajado en la carabela *Santa María* a las órdenes del mismísimo almirante don Cristóbal Colón, cómo había aprendido a leer de la mano del cartógrafo mayor del reino, el genial y entrañable Juan de la Cosa, que lo trató como a un hijo, y cómo había sido de los primeros en otear el horizonte cuando el estrafalario y siempre sonriente Rodrigo de Triana gritó a voz en cuello desde lo alto de la cofa:

—¡Tierra a la vista!

A sus hijos y a los amigos de sus hijos les encantaba sentarse a su alrededor mientras encendía un grueso cigarro y repetía por enésima vez el horror y el asombro que sintió el día en que un grupo de indígenas cubanos le invitaron a cenar por primera vez sopa de gusanos e iguana a la brasa, y a continuación comenzaron a echar humo por las narices como si se tratara de auténticos dragones.

—¡Y lo peor del caso es que me pedían que los imitara! —exclamaba como si la sola idea se le antojara inconcebible—. Si no quería ofenderles, lo cual tal vez me hubiera costado la vida, tenía que comerme la sopa sin demostrar repugnancia, fingir que me encantaba el estofado de rabo de iguana, y aceptar que me metieran en la boca un rollo de unas hojas secas que nunca había visto antes y le prendieran fuego. ¡Qué noche, madre! ¡Qué borrachera y qué noche!

Los chicos, e incluso los mayores, disfrutaban con sus historias, por lo que en ocasiones permanecían casi hasta el amanecer charlando en torno a una pequeña hoguera, y el propio Cienfuegos llegaba a preguntarse a menudo cómo diablos era posible que le hubiera ocurrido semejante cúmulo de fantásticos acontecimientos durante su movida y apasionante existencia.

Pero así había sido, y cuando a su modo de ver todo aquello había quedado definitivamente atrás y las peligrosas aventuras parecían haber aceptado pasar a convertirse en simples anécdotas con las que entretener a una extasiada concurrencia, el destino volvía a mostrarle su cara más amarga, obligándolo a comprender que aún era capaz de reservarle pruebas infinitamente más difíciles de superar que todas las que le hubiera planteado hasta el momento.

Lo que el ancho, profundo y rugiente océano, las espesas y oscuras selvas, los caudalosos ríos, las inaccesibles montañas, las peligrosas fieras o los sanguinarios caníbales no habían sido capaces de conseguir, lo estaba consiguiendo una minúscula porción del activo veneno que un repugnante bicho al que ni siquiera había sido capaz de vislumbrar le había inoculado en mitad de la noche.

Su enorme corpachón, al que jamás sobró una gota de grasa, siempre estaba dispuesto a saltar, correr, trepar, nadar o luchar, pero ahora sus

antño poderosos músculos parecían haberse convertido en una especie de gelatina inconsistente que a duras penas obedecía las órdenes que le enviaba el cerebro.

Aquel que un tiempo apodaban con toda justicia «Brazofuerte», capaz de derribar a un mulo de un puñetazo en la testuz, apenas reunía ahora las energías suficientes como para agitar la rama con la que alejar a unos ridículos cangrejos que pretendían devorarlo en vida.

—¡Malditos hijos de puta! ¡Dejadme en paz!

Pero el indisciplinado ejército de gruesa armadura medieval insistía en su empeño atacándolo desde todos los puntos accesibles.

Cuando se reunían más de cien, el continuo chasquido de sus pinzas tenía la virtud de ponerle los vellos de punta.

Al cuarto día, y a raíz de una de aquellas macabras sinfonías que en cierto modo sonaban a réquiem anticipado, Cienfuegos llegó a la conclusión de que, si aspiraba a sobrevivir, debía cambiar de táctica pasando al contraataque. Así pues, permitió que un audaz cangrejo le mordiera el pie, tras lo que rápidamente se apoderó de él y lo partió en dos de un sonoro mordisco.

Lo masticó muy despacio, incluidas las tripas y las partes más blandas del caparazón, consciente de que, si pretendía fortalecerse, no cabía hacerle ascos a nada.

En un par de horas pasó de posible víctima a eficaz verdugo, atracándose de cangrejos hasta que éstos parecieron darse cuenta de que se habían topado con un peligroso enemigo del que más valía mantenerse a prudente distancia.

A la semana, el canario se había transformado de acosado en acosador, de tal modo que las minúsculas e inofensivas gambas que pululaban por doquier, los ermitaños, las almejas, las ostras e incluso cualquier pececillo que hubiera quedado atrapado en un charco al bajar la marea se convirtieron en apetecibles manjares que iban a parar de inmediato a un estómago que parecía capaz de digerirlo todo sin el menor reparo.

Los huevos de aves marinas de los nidos cercanos y más de un polluelo a punto de romper el cascarón se transformaron al instante en materia

alimenticia para quien se mostraba dispuesto a ingerir cuanto pudiera ayudarle a volver a ser lo que siempre había sido.

Por desgracia la frágil embarcación se había convertido en un montón de astillas al ser golpeada una y otra vez contra los troncos del manglar, pero el gomero pudo recuperar los sedales, los anzuelos, los odres que aún contenían un poco de agua, su afilado cuchillo y el ancho e inseparable machete, que desde que tenía memoria lo acompañaba a todas partes.

Con la vela se confeccionó una especie de larga túnica que lo abrigaba por las noches, y a la vista de que el mástil era a todas luces demasiado grueso para lo que pretendía de él, dedicó varias horas a desbastarlo a golpe de machete hasta convertirlo en una de aquellas largas pértigas, rectas y flexibles, que con tanta habilidad utilizaba en su juventud a la hora de subir y bajar por los escarpados riscos de la Gomera, lo que en más de una ocasión le había permitido escapar de una muerte cierta.

Escindió el extremo más delgado de tal modo que en un momento dado pudiera insertarle la hoja del cuchillo, que a continuación afirmaba, con la cuerda que normalmente se enrollaba a la cintura, consiguiendo así que se convirtiera en una peligrosa lanza que, dada su fuerza, podía atravesar de parte a parte a un hombre a diez pasos de distancia.

El sedal, los anzuelos y las gambas le permitieron capturar peces de mediano tamaño, y utilizando las tablas de la barca encendió un buen fuego gracias al cual pudo comer, por primera vez en mucho tiempo, algo caliente y abundante.

Era un hombre acostumbrado desde niño a sacar provecho de cuanto la naturaleza ponía a su alcance, pero debido a ello era consciente de que en determinadas ocasiones esa misma naturaleza se tornaba demasiado exigente y lo obligaba a devolverle, con intereses, todo cuanto hasta ese momento le había proporcionado.

Para cualquier ser civilizado aquel intrincado manglar hubiera constituido un inhóspito lugar en el que acabar pereciendo de hambre y desesperación, pero para el cabrero se convirtió en un seguro refugio en el que recuperarse y fortalecerse lejos de la mirada de auténticos enemigos.

A una persona considerada «normal», tan agresiva dieta le hubiera provocado incontenibles diarreas, pero al gomero lo único que le provocaba eran continuas y dolorosas erecciones nocturnas.

«Cuando esté de vuelta me dedicaré a comer lo mismo... —se dijo—. Ingrid y Araya se van a poner muy contentas.»

Habían pasado aproximadamente tres semanas desde el momento en que las olas lo empujaron contra la costa, cuando al fin se consideró en condiciones de abandonar el intrincado mundo de ramas y raíces e iniciar el camino de regreso a casa.

La primera pregunta que tenía que hacerse era dónde podía encontrarse su casa, y la segunda dónde podía encontrarse él mismo.

Por lo general Cienfuegos era un hombre con un magnífico sentido de la orientación, debido al hecho de haber vivido siempre al aire libre, pero se vio obligado a reconocer que en este caso semejante habilidad de nada le servía dado que carecía de marcas de referencia por las que poder guiarse.

El hecho de haber llegado hasta allí tras un largo período de inconsciencia le impedía determinar hacia qué punto cardinal había derivado la barca, y pese a que mantuviera la esperanza de que aún se encontraba en las costas de Cuba, tal vez a algunas millas de distancia de donde había partido, la lógica y el conocimiento del lugar en que vivía lo impulsaban a temer que no fuera así.

Cienfuegos sabía muy bien que, aguas afuera del archipiélago en que se encontraba la Escondida, las corrientes marinas fluían hacia el noroeste, siempre en dirección al ancho canal que separaba Cuba del Yucatán, y en ese caso entraba dentro de lo posible que esas corrientes le hubieran arrastrado hacia un mundo desconocido y totalmente inexplorado.

Pero, como era de ese tipo de seres humanos que aborrecen sumergirse antes de tiempo en inútiles elucubraciones, prefiriendo hacer frente a los problemas en el momento en que se presentan, decidió que si en verdad se encontraba en Cuba no tendría otra cosa que hacer que bordear la costa con el fin de llegar, más pronto o más tarde, a la vista del conocido archipiélago en que se encontraba la Escondida.

Si no era así, y había ido a parar lejos de Cuba, se replantearía la cuestión a su debido tiempo.

Algo le preocupaba sin embargo: al sur de Cuba nunca había experimentado tanto frío como el que había sufrido aquellas últimas noches.

Necesitó dos largos días para abandonar definitivamente la extensa y obsesiva trampa del manglar.

Dos días de idas y venidas, resoplidos, reniegos e infinidad de arañazos hasta el punto de que, cuando al fin consiguió poner el pie en una ancha y abierta playa, apenas quedaba un centímetro de su piel que no conservara el recuerdo de una puntiaguda rama.

Pese a ello, o quizás gracias a ello, durmió a pierna suelta sobre la blanda y seca arena, agradeciendo en el alma no tener que seguir haciéndolo encaramado en una oscilante horquilla sobre la que se sentía como un mono borracho.

A la mañana siguiente, una infeliz tortuga que tomaba tranquilamente el sol junto a la orilla pasó a convertirse en el mejor almuerzo que había ingerido desde que abandonara la Escondida.

Poco después llegó a la conclusión de que en realidad no había ido a parar a tierra firme sino a una pequeña isla, y que no existía otra forma de alcanzar la orilla que se distinguía a lo lejos que construyendo una balsa o arriesgándose a intentar hacerlo a nado.

Se sabía buen nadador y en otros tiempos no hubiera tenido el menor problema en cruzar tranquilamente el ancho brazo de mar, pero de igual modo le constaba que no se encontraba en plenitud de facultades, por lo que el fuerte y frío viento que llegaba del norte podría acabar jugándole una mala pasada.

Para la cena se obsequió con una docena de huevos de tortuga y medio docenas de gruesas lapas, asado todo ello sobre las brasas de una hoguera de madera de manglar cubiertas con una leve capa de fina arena, según una sabrosa receta de Araya, quien había demostrado ser una auténtica

especialista a la hora de sacar el mejor provecho posible a cuanto la naturaleza ponía al alcance de su mano.

Sus dos «esposas» eran seres muy, diferentes y quizás era eso mismo lo que las hacía tan perfectamente complementarias.

La alemana, culta y refinada, capaz de hablar correctamente cinco idiomas y leerse un libro en cada uno de ellos a la semana, había sabido tallar y sacar brillo al diamante en bruto que había descubierto tantos años atrás a orillas de un arroyo gomero, y su amor por él era tan profundo, sincero y duradero, que no había dudado a la hora de abandonar a su primer marido, el poderoso capitán León de Luna, y las comodidades que su privilegiada posición económica y social le ofrecían, con tal de permanecer el resto de sus días junto a quien había pasado a constituir la única razón de su existencia.

Fue en su busca enfrentándose a los mil peligros de los mares, las selvas, las fieras, la Inquisición, la maledicencia, la rígida moral preestablecida y los deseos de los hombres; los derrotó a todos, y ni siquiera se dio por vencida cuando comprendió que había llegado un momento en que se veía obligada a compartir a aquel a quien tanto amaba con una nueva mujer.

Entendió muy pronto que el Nuevo Mundo al que acababa de llegar nada tenía que ver con la vieja Europa que había dejado atrás, y que ni sus exuberantes paisajes, su bochornoso clima, sus excitantes alimentos, sus semidesnudos habitantes o sus liberales costumbres recordaban en absoluto la brumosa frialdad de su Alemania natal, la frugalidad de sus comidas, la severidad de sus vestimentas o el manto de hipocresía con el que se solían cubrir los sentimientos más naturales.

Por ello, la noche en que advirtió que no estaba ya en disposición de atender con entusiasmo al fogoso Cienfuegos tal como éste necesitaba debido a su fortaleza y juventud, aceptó sin la menor vacilación, y sin sentirse en absoluto despreciada, que una ardiente nativa acudiera gustosa a echarle una mano en las labores domésticas fueran éstas de la clase que fueran.

Ingrid sabía muy bien que ni el amor es únicamente pasión, ni la pasión únicamente amor, pero que el amor empieza a debilitarse cuando desaparece la pasión, y la pasión acaba por morir cuando ha muerto el amor. Como mujer inteligente y práctica había optado por establecer un delicado equilibrio gracias al cual ella disfrutaba de la mayor parte del amor, mientras que la hermosa y siempre dispuesta Araya se consideraba muy feliz sintiéndose propietaria de la mayor parte de la pasión.

Y nunca discutían.

Cada una cultivaba con mimo su parcela, obtenía los frutos apetecidos y jamás se empeñaba en intentar descubrir qué clase de frutos se cultivaban al otro lado del muro.

La alemana había llegado hacía tiempo a la conclusión de que demasiado a menudo los seres humanos envidiaban lo que en el fondo nunca habían querido para sí, pero que acababan deseándolo simplemente porque otros lo deseaban.

Sabía a ciencia cierta que le bastaba una palabra o una simple insinuación para que «su hombre» la satisficiera plenamente con todo el amor del mundo, y por ello consideraba que condenarle a limitar sus necesidades a las propias constituía una forma de egoísmo inaceptable.

Estaba convencida de que los celos no eran más que una forma de sentirse inferior, pero al mismo tiempo tenía plena conciencia de que en lo único que Araya la superaba era en juventud, y ningún ser medianamente inteligente debía sentirse inferior a otro por el simple hecho de tener más años.

Si así fuera, los recién nacidos estarían en el máximo nivel de superioridad respecto a los demás seres vivientes, cuando la realidad es que ni siquiera son capaces de valerse por sí mismos.

Sentado allí, sobre la arena de una remota isla, y contemplando absorto el ancho brazo de mar que se vería obligado a atravesar si pretendía dar el primer paso de regreso al hogar en que lo esperaban sus dos mujeres, Cienfuegos no podía menos que preguntarse si se estarían consolando mutuamente por el hecho de que el hombre que compartían desde hacía años, el padre de sus hijos, hubiese desaparecido en alta mar.

Sería así sin duda alguna, y sin duda sería Ingrid quien se mostraría más fuerte, convencida de que de un modo u otro el gomero se las ingeniaría para volver a la isla, puesto que era quien mejor conocía la sorprendente capacidad de sus inagotables recursos.

—Hay quien nace para ser rico, santo, soldado, rey o asesino —solía decir cada vez que surgía el tema—. Y Cienfuegos nació para salir con bien de todos los peligros.

Evidentemente, peligro había y se hacía necesario estudiar con harto detenimiento la situación, puesto que, si el canario acostumbraba esquivar a la muerte, no se debía únicamente a una cuestión de suerte, sino a que había aprendido, desde que se crió solo en las más agrestes montañas conocidas, qué clase de riesgos podía asumir y cuáles no.

Y el frío era un terrible enemigo con el que no estaba acostumbrado a luchar.

Cada vez que se había enfrentado a él había salido malparado, por lo que no le agradaba la idea de internarse en unas aguas que probablemente acabarían por agarrotarle los músculos.

Tras meditar largo rato vació los odres de agua y sopló dentro hasta casi reventar para cerrarlos todo lo herméticamente que le fue posible de tal modo que los convirtió en aceptables flotadores que al menos le permitirían descansar a ratos.

Cortó gruesas ramas de mangle con las que trenzó una rústica balsa que rodeaba por completo los odres, y, colocando encima cuanto había conseguido salvar del naufragio, se hizo a la mar empujando ante él aquel informe armatoste que evidentemente cumplía con su obligación de flotar.

—¡La leche, qué fría está! —no pudo menos que exclamar en cuanto se hubo alejado unos metros de la orilla, de modo que empezó a patalear de modo firme y constante no sólo con el fin de avanzar, sino sobre todo de hacer circular la sangre lo más aprisa posible.

Una hora más tarde, cuando se encontraba ya casi en el centro del canal, advirtió, alarmado, que la corriente que llegaba del oeste lo empujaba hacia mar abierto dejando a un lado la isla y al otro tierra firme, por lo que corría el riesgo de perderse para siempre en la inmensidad del golfo.

Por fortuna, y cuando ya el frío y el agotamiento estaban a punto de conseguir que se diera por vencido, al salir del abrigo de la punta oriental largas olas que llegaban de mar afuera lo empujaron de un modo firme y constante hacia la playa que andaba buscando.

Se enterró en la arena seca para escapar del frío y así pasó la noche, tan molido como si le hubiera pasado por encima una manada de elefantes.

Cuando inició la marcha hacia el oeste lo hizo sin perder nunca de vista el mar aunque buscando al propio tiempo la protección de la espesura, puesto que no tenía ni la más remota idea sobre la clase de indígenas que poblaban aquellas tierras, y tiempo atrás había tenido muy amargas experiencias con los feroces caribes devoradores de hombres que se cenaron a la brasa a dos de sus mejores amigos.

Muy pronto le sorprendió el tamaño y la variedad de los árboles y en especial la abundancia de nogales, cedros, encinas, pinos, robles y laureles que se distinguían por todas partes, lo que le recordaba más a su Gomera natal que a la vegetación que solía encontrarse en Santo Domingo, Cuba o la Tierra Firme del sur del Caribe.

También divisó infinidad de patos, garzas, gaviotas, perdices, halcones y gavilanes, y su asombro no tuvo límite cuando de improviso se topó de manos a boca con una zarigüeya que llevaba su cría en una bolsa, lo cual se le antojó cosa de magia, puesto que hasta aquel momento ningún cristiano le había mencionado jamás que pudiera existir algo tan extraño como los marsupiales.

—Todo esto es muy bonito... —murmuró para sus adentros—. Precioso, a decir verdad, pero no me gusta un pelo. Empiezo a tener la impresión de que estoy en un mundo muy diferente al que conozco. Si esto es Cuba, yo soy fraile.

Pequeños arroyos de aguas cristalinas iban a morir al mar; bastaba alargar la mano para apoderarse de un huevo o un pichón en su nido, y a media tarde una descarada liebre lo observó tan de cerca que no necesitó más que atizarle en la cabeza con la larga pértiga para dejarla atontada.

—¿En qué coño estabas pensando? —le espetó mientras la despellejaba—. ¿Acaso tus padres no te han enseñado que los humanos somos bestias peligrosas?

Probablemente el pobre bicho jamás había visto a un ser humano, pero lo que quedaba claro era que su primera experiencia había resultado harto traumática.

El gomero buscó sal entre las rocas de la orilla, encendió fuego en lo más profundo de la espesura y se atracó a placer de liebre a la brasa.

Esa noche soñó que estaba de regreso y hacía el amor con su mujer, pero cuando se despertó no pudo recordar con cuál de las dos lo había hecho, pese a que sobre su rústica túnica quedaban visibles muestras de que la experiencia había sido ampliamente satisfactoria.

—Desperdiciar de este modo este hermoso pene es una pena... —masculló enfurruñado—. Me gustaría saber qué demonios he hecho para que el destino me gaste tan malas pasadas.

Los vio justo a tiempo, pues se encontraba tan ensimismado en sus recuerdos que a punto estuvo de que lo cazaran con la misma facilidad con la que él había cazado el día anterior a la confiada liebre.

Eran cinco, altivos, esbeltos, cubiertos con largos mantos de ricas pieles. Portaban gruesos arcos tan altos como ellos y avanzaban sin prisas y sin tomar precauciones, con la seguridad de quien se encuentra en un terreno en el que no cabe esperar peligro alguno.

Nada tenían que ver, ni físicamente, ni por su forma de andar o de moverse, con los primitivos y feroces caribes antillanos de piernas torcidas y deformadas, de los que conservaba tan amargos recuerdos, y pese a que abrigó de inmediato la impresión de que era gente pacífica de la que probablemente no debía temer nada malo, optó por la prudencia y se arrojó al suelo para buscar seguro refugio entre la maleza.

Aún tenía muy fresca en la memoria, a pesar de los años transcurridos, la espantosa escena en que una cuadrilla de salvajes asesinaron, descuartizaron y devoraron ante sus ojos a sus buenos amigos Dámaso

Alcalde y Mesías el Negro, sin que él, solo, desarmado y trepado como una cabra montés en la cornisa de un abrupto acantilado, pudiera hacer nada por ellos.

Aún resonaban en sus oídos los gritos de terror y desesperación de los pobres desgraciados, y aún se le ponían los vellos de punta al recordar cómo al concluir el festín aquellas malas bestias lo acosaron con la intención de devorarlo de igual modo.

Fue sin duda el peor día de su vida y no estaba dispuesto a que se repitiera la experiencia, por más que los cinco indígenas de los enormes arcos se le antojaron a primera vista inofensivos.

Del heroico capitán Alonso de Ojeda, uno de los hombres más valientes, inteligentes y sensibles que hubiera conocido nunca, había aprendido algo que siempre tenía muy presente:

—Si difícil resulta prever las reacciones de cristianos que nacieron en nuestra propia tierra y se criaron según nuestras viejas costumbres, imposible es prever cómo reaccionará quien nació al otro lado del océano, se crió en otro ambiente y adora a un dios diferente. Trata siempre a los nativos como a seres humanos, pero recuerda que cuando menos te lo esperes se pueden convertir en fieras.

En el Nuevo Mundo, Cienfuegos había conocido a caníbales cerrilmente monógamos y a promiscuos incapaces de matar a una mosca, y había luchado junto a indígenas de fidelidad a toda prueba contra traidores capaces de asesinar a su propia madre.

Tal vez aquellos cinco que ahora se alejaban playa adelante lo hubieran recibido con los brazos abiertos, pero entraba dentro de lo posible que se hubieran apresurado a maniatarlo con el fin de sacrificarlo ante el altar de un ídolo de barro.

La prudencia debía seguir siendo su norma si aspiraba a regresar a su hogar sano y salvo, y lo peor del caso estribaba en que no existía nadie que pudiera ponerlo al corriente de los hábitos de las gentes que habría de encontrar en su largo camino.

«Tengo dos ojos... —se dijo—. Pero en cierto modo soy como un ciego que avanza a tientas. Y lo peor que me puede pasar no es que me rompa la

crisma contra un muro; es que pierda la vida en el intento.»

Cuando los guerreros, puesto que no cabía duda de que se trataba de auténticos guerreros fuertemente armados, se perdieron de vista en la distancia, el gomero decidió reemprender la marcha tomando muchas más precauciones que hasta el momento. Al atardecer alcanzó un extenso y bien alineado campo de maíz que lo superaba en altura, lo que le hizo comprender que no se encontraba allí por capricho de la naturaleza, sino que había sido sembrado por la mano del hombre.

Avanzó despacio y a hurtadillas, con el oído atento a cualquier sonido que le advirtiera de un peligro cercano, pero no fue el oído, sino el olfato, el que le indicó que su situación se volvía hartamente difícil.

Un denso y estimulante olor a leña quemada y a carne asándose junto a piñas de maíz invadía el ambiente, y al dar un salto descubrió una columna de humo a menos de un tiro de piedra de distancia.

Pocos metros más allá pudo percibir voces lejanas.

Decidió tomar asiento y esperar a que cayera la noche.

La tensa espera se prolongó largo rato pues, como ya había apreciado, allí el ocaso era mucho más largo que en Santo Domingo o Cuba, signo inequívoco de que se encontraba bastante más al norte.

De nuevo lo asaltaron los recuerdos, de nuevo lo invadió la nostalgia, y de nuevo se planteó la posibilidad de que si lo descubrían tal vez pasaría a ser parte del asado cuyo olor se extendía como un manto sobre el inmenso campo de maíz.

La oscuridad le permitió aproximarse hasta el punto en que concluía la plantación y desde donde podía vislumbrar la treintena de cabañas que conformaban el poblado, agrupadas y dispuestas en un semicírculo de cara al mar, en torno a una ancha plaza en la que ardía una gran hoguera.

Se distinguían casi medio centenar de figuras humanas, hombres, mujeres y niños, que iban de un lado a otro, y de nuevo lo asaltó la impresión de que se trataba de gente pacífica, pero aun así prefirió no arriesgarse.

El canario no podía saberlo, pero aquellos indígenas eran miembros de la rama más occidental de la tribu de los seminolas, valientes guerreros

acostumbrados a defender sus ricas tierras de las invasiones extrañas, pero poco dados a ejercer la violencia si no se los provocaba.

Y desde luego no eran en absoluto antropófagos.

Vivían de sus plantaciones de maíz, melones y calabazas, así como de la pesca, la caza y los abundantes frutos salvajes de sus extensos bosques, y solían cubrirse con preciosas capas de bien curtidas pieles de las martas cibelinas que capturaban con ingeniosas trampas en los profundos pantanos del norte, a los que acudían a refugiarse en caso de correr serio peligro.

Ningún daño le hubieran hecho por tanto a un extranjero llegado del otro lado de un mar que siempre habían considerado el fin del mundo, pero eso era algo que lógicamente Cienfuegos ignoraba, por lo que, tras meditar varias horas, optó una vez más por la prudencia.

En cuanto la hoguera comenzó a perder su fulgor y las figuras humanas fueron desapareciendo una tras otra en el interior de las cabañas hasta quedar a la vista únicamente un par de centinelas, se aproximó a la orilla del mar y, vadeando con el agua al pecho con el fin de no dejar sus huellas en la arena, cruzó frente al poblado. Sólo cuando ya no se advertía rastro alguno de campos cultivados se decidió a abandonar la playa y adentrarse de nuevo en la zona boscosa.

El amanecer lo sorprendió a más de una milla de distancia, por lo que decidió que había llegado el momento de tomarse un merecido descanso. Durmió hasta pasado el mediodía, pero cuando, tras comer frugalmente, se dispuso a reemprender la marcha, descubrió que una hermosa muchacha de larga melena azabache y uno de los fornidos guerreros que había visto el día anterior andaban enzarzados en apasionados juegos amorosos muy cerca del mar, justo en el punto por donde él estaba obligado a pasar si no quería verse obligado a dar un gran rodeo.

«¡Vaya! —no pudo menos que lamentarse—. ¡Tanto espacio abierto y han tenido que venir a echar un polvo justamente aquí!»

No le quedaba más remedio que armarse de paciencia y darles la espalda evitando de ese modo que lo asaltaran malos pensamientos. Casi una hora más tarde, el altivo guerrero y la adorable muchacha de la oscura melena cesaron en sus ardientes aventuras, se refrescaron con un largo baño

durante el que saltaron y rieron frente a las olas, y emprendieron poco después, cogidos de la mano, el camino de regreso al poblado.

Evidentemente el eterno rito del amor no hacía diferencias entre razas, costumbres o fronteras. Los escarceos, las caricias, las carantoñas, las risas y la pasión apenas variaban de un continente a otro, y mientras los observaba alejarse, con la mejilla de la mujer apoyada en el hombro de su amado, le pareció estar viéndose a sí mismo conduciendo a Ingrid por la cintura cuando salían del agua allá en la Gomera.

Llegó a la conclusión de que de aquellas gentes no cabía esperar mal alguno...

Pero aun así...

Reemprendió su marcha y durante los dos días que siguieron no hizo otra cosa que andar, comer y dormir.

No podía dar crédito a sus ojos.

Lo que en un principio consideró poco más que una simple entrada de mar, un gigantesco y complejo grupo de islotes y manglares de casi tres millas de anchura, por entre los que circulaba una fuerte corriente que marchaba imparabile en dirección sur, resultó ser el estuario de un río; pero de un río de tan asombroso caudal como jamás, ni por lo más remoto, había contemplado personalmente, ni tan siquiera le había escuchado a ningún viajero de ninguna nacionalidad que pudiera existir un accidente natural de semejantes dimensiones sobre la faz de la tierra.

Se vio en la obligación de comprobar por tres veces que el agua era dulce y sin ni el más leve punto de salobridad para convencerse de que no se trataba en absoluto de un extraño lugar en el que se mezclaran el mar y un río de mediano tamaño, sino que, en efecto, aquella gigantesca masa líquida de color marrón parecía llegar, incesante, día tras día, hora tras hora y minuto tras minuto, de tierra adentro.

¡Santo Dios!

¿Qué tamaño debía tener un lugar que se perdía de vista en la distancia para que fuera capaz de recoger, acumular y devolver al mar tan inconcebible caudal de agua?

En la Gomera no existían más que pequeños arroyos que se salvaban de un simple salto; en una isla tan extensa como Santo Domingo la desembocadura del río Ozama podía atravesarse de veinte brazadas, y en Tierra Firme del sur había navegado por un río de considerable tamaño, pero que en nada, ¡nada!, se parecía ni remotamente a lo que ahora tenía a la vista.

Y es que para un ser humano más o menos civilizado, aunque a decir verdad el canario no lo fuera en exceso, la sola idea de que se pudieran estar arrojando continuamente al mar casi veinte mil metros cúbicos de agua cada segundo resultaba de todo punto inconcebible.

Cienfuegos se encontraba en aquellos momentos sentado sobre las raíces de un cedro en lo alto de una pequeña colina, contemplando las orillas del gigantesco Mississippi, que en el dialecto de los seminolas venía a significar «todas las aguas» y que a decir verdad debían de serlo puesto que el gomero recordaba que cuando años atrás Ingrid le hablaba de su adorado Rin, que según ella era uno de los cauces fluviales más importantes de Europa, sus entusiastas descripciones lo hacían quedar, no obstante, como una meada de burro frente a lo que ahora tenía delante.

«¡No es posible! —se repetía una y otra vez—. ¡No es posible que esto sea realmente un río!»

Y es que en ninguna mente de su tiempo cabía la idea de que aquellas aguas vinieran fluyendo desde seis mil kilómetros de distancia, porque sería tanto como admitir que a ese Rin de Ingrid se le hubiera ocurrido la absurda idea de cambiar de dirección para ir a desembocar al golfo de Cádiz, aumentando proporcionalmente de anchura, profundidad y caudal en relación con la distancia que iba recorriendo.

Idiotizado ante la magnificencia del paisaje, el canario tuvo una especie de primera visión, a su modo de ver aterradora, del inconcebible tamaño del lugar al que le habían empujado las corrientes, y cuando al fin se convenció de que aquello era realmente un río y buscó en lo más profundo de sí mismo los adjetivos más apropiados para la ocasión, lo único que se sintió capaz de exclamar fue:

—¡La leche!

Hubiera dado años de vida por tener a su lado a Ingrid, Araya o cualquiera de sus hijos o amigos con quienes comentar la fastuosidad de un hallazgo de semejantes características, y lo que en aquellos momentos más le molestaba era la certeza de que, si por casualidad algún día tenía la oportunidad de contar lo que había visto, nadie se avendría a creerle.

Era cosa sabida que los «adelantados» del Nuevo Mundo tenían la inveterada costumbre de exagerar cuando hacían mención de sus descubrimientos, razón por la que solía decirseles: «Confórmate con la mitad de la mitad, y aún te sobra»; pero lo cierto es que incluso con la mitad de la mitad de aquel río aún sobraba, y mucho, para que se convirtiera sin lugar a dudas en el mayor conocido hasta la fecha.

Años más tarde el tuerto Francisco de Orellana descubriría el Amazonas, más largo, ancho y caudaloso que el Mississippi de los seminolas, pero por el momento aquélla era sin lugar a dudas la masa de agua dulce más asombrosamente impresionante que ningún cristiano hubiera visto nunca.

Merecía tomarse un par de días de descanso regodeándose en la fastuosa serenidad del irrepetible paisaje, por lo que el gomero no dudó a la hora de quedarse junto al frondoso roble y disfrutar de algo que sabía que nunca volvería a presentársele por largo que fuera su camino, consciente de que el Creador, que tantas cosas buenas y malas solía hacer por él, le había conferido el privilegio de ser el primer espectador «civilizado» de gran parte de los fabulosos prodigios con que había enriquecido aquel nuevo mundo al que un bendito o malhadado día, dependiendo de cómo se mirase, había llegado como polizón de la carabela *Santa María*.

«No se puede cruzar este río sin haberlo grabado antes muy bien en la memoria —se dijo—. Quiero que, si llego a viejo, pueda cerrar los ojos y ver lo que ahora estoy viendo.»

Y sabía que sería así porque en ocasiones los seres humanos presienten que algo que están contemplando, pese a que no sea en sí mismo importante, se grabará para siempre en su retina, más aún que en su memoria, y regresará de pronto, sin razón aparente, pero con tan absoluta fidelidad como si estuvieran viéndolo en aquel mismo instante.

La imagen de un sol muy rojo descendiendo en el horizonte y lanzando sus últimos rayos sobre el cauce de un gigantesco río cuyas aguas sobrevolaban en esos momentos docenas de ánades, era algo que tan sólo desaparecería cuando los ojos que ahora lo contemplaban se cerraran definitivamente.

Cuando tres días más tarde el Mississippi desapareció por completo a su espalda, Cienfuegos tuvo la impresión de que su vida quedaba un poco más vacía, que su soledad era aún mayor, y que la nostalgia amenazaba con apoderarse una vez más de su alma.

Los distinguió muy a lo lejos, justo al caer la tarde, pero como cerró la noche antes de tener tiempo de cerciorarse de que se trataba de lo que en un principio le había parecido, hizo un hueco en la arena, muy cerca de los primeros árboles, se introdujo dentro y se cubrió de nuevo con ella porque sabía que al amanecer el frío arreciaría y había noches en las que le calaba hasta los huesos.

¡Odiaba el frío!

¡Dios, cada día lo odiaba con más intensidad!

Por las mañanas se sentía acalambrado, entumecido e incapaz incluso de pensar con claridad, por lo que en ocasiones se tumbaba un largo rato al sol como un lagarto que necesitase que se le calentara la sangre antes de empezar a moverse.

Esa noche tardó en dormirse mucho más de lo que tenía por costumbre, dándole vueltas a la idea de que si, pese a la considerable distancia, sus ojos no lo habían engañado, tal vez podría abrigar la esperanza de regresar pronto junto a sus mujeres y sus hijos.

Necesitaba más que nunca que amaneciera cuanto antes.

Más incluso que aquella otra noche en que oyeron volar cientos de pájaros sobre sus cabezas, síntoma inequívoco de que se encontraban cerca de tierra, con lo cual la ciega y peligrosa travesía del llamado Océano Tenebroso tocaría a su fin, demostrando así que la absurda teoría de que el mar acababa en un profundo abismo por el que se precipitarían sin remedio carecía de sentido.

Y es que, cuando había ocurrido el «descubrimiento», del que pronto se iban a cumplir diecisiete años, el gomero navegaba con docenas de amigos y compañeros con los que compartir el miedo a estar equivocados y la

ilusión de no estarlo, mientras que ahora se encontraba absolutamente solo en mitad de un mundo desmesurado del que lo ignoraba todo.

Isleño de pies a cabeza, Cienfuegos amaba el mar, y el hecho de saber que siempre lo encontraría en cualquier dirección en que se encaminara le producía una extraña sensación de seguridad, puesto que ese mar era una especie de padre protector al que siempre se podía recurrir en caso de apuro.

Pero la tierra firme, aquel gigantesco territorio sin límites por el que un ser humano podía caminar durante días y semanas sin llegar nunca a su destino —la orilla del mar—, le producía un profundo desasosiego, probablemente un tanto infantil para quien no compartiera sus temores, pero al que le resultaba difícil enfrentarse.

Ingrid le había contado, ¡la mayor parte de las cosas que sabía se las había contado Ingrid!, que existían personas que nunca habían visto el mar, de tan alejadas de él como vivían, y aunque siempre estuvo convencido de que la mujer que amaba era incapaz de mentirle, lo cierto es que en los primeros tiempos le había costado mucho trabajo aceptar que semejante aseveración pudiera ser cierta.

¿Qué tan lejos del mar podía encontrarse un lugar que en tres o cuatro días de marcha no se llegara a él?

La Gomera, Guaraní, Cuba, Santo Domingo o las Pequeñas Antillas en las que había vivido prisionero de los caníbales, no eran más que islas, y fue necesario que pasase mucho tiempo, hasta su accidentado desembarco en las costas de Tierra Firme, para que comenzase a entender cuáles eran las auténticas dimensiones de un continente.

Abandonó su refugio de arena poco antes del amanecer, y, pese a que un cierzo helado barría la playa, avanzó contra el viento forzando la vista de tal modo que, con el alba, llegó al convencimiento de que, efectivamente, lo que se distinguía al otro lado del pequeño promontorio de rocas eran los mástiles de un navío.

Corrió hacia él temiendo que con la marea que empezaba a subir decidiera zarpar dejándole en tierra, y cuando, sudoroso y jadeante, coronó

el promontorio dispuesto a gritar a pleno pulmón anunciando su presencia, se quedó mudo de asombro y desencanto.

Se trataba en efecto de un navío, y casi con toda seguridad de un navío español, pero no era un navío que se hallara a punto de zarpar puesto que resultaba evidente que jamás volvería a surcar los mares.

Clavado en la arena, proa al norte, cabría pensar que una gigantesca mano lo había sacado de las aguas con el fin de depositarlo, con exquisita delicadeza, a más de trescientos metros de la orilla.

Podría creerse, también, que se encontraba dispuesto a continuar navegando, playa adelante, si no fuera por el hecho de que parte del tablazón de la amura de estribor había desaparecido dejando a la vista las cuadernas.

No se distinguía a su alrededor presencia humana de ningún tipo, ni indígena ni cristiana, por lo que las gaviotas y los cormoranes que se posaban en la cruceta de su palo mayor se habían convertido en su única y peculiar tripulación.

Pese a ello, ¡siempre la prudencia!, prefirió aguardar oculto entre las rocas del promontorio hasta cerciorarse de que no había en efecto alma humana alguna hasta donde alcanzaba su excelente vista, y tan sólo entonces se decidió a continuar su avance.

El *Princesa del Mar*, que así rezaba el nombre grabado a fuego en popa, se había convertido, por caprichos del destino, en esclavo de las arenas, y al estudiarlo de cerca se llegaba a la conclusión de que debía de llevar en semejante estado un mínimo de cuatro años.

Por todas partes se distinguían restos del desastre; anclas, cordajes, tablones e incluso barricas habían acabado por desperdigarse a todo lo largo y ancho de la playa, y entre unas piedras se advertía el punto en que había ardido una hoguera en la que sus tripulantes se habían calentado o preparado la cena.

Las dos lanchas de salvamento que llevaba a bordo permanecían en sus puntos de amarre, pero completamente inútiles y desfondadas.

Quienes quiera que fuesen los que habían llegado tan lejos no habían regresado por el mismo lugar.

O estaban muertos, o se habían internado en tierra firme.

Con cierto respeto, como si estuviera hollando un lugar sagrado, el gomero penetró al fin por entre los rotos tablones en el interior de lo que había sido una pesada nave de casi treinta metros de eslora por seis de manga, probablemente una carraca más apropiada para realizar tareas de cabotaje en las tranquilas aguas del Mediterráneo que para adentrarse en la inmensidad del océano Atlántico, pero era cosa sabida que los desesperados que en la lejana España no encontraban remedio a sus desdichas se aventuraban con harta frecuencia en tan poco prácticas embarcaciones en busca de una vida mejor en un Nuevo Mundo del que tantas cosas maravillosas habían oído contar.

El gomero los había visto llegar por docenas a Santo Domingo, andrajosos y hambrientos, convencidos de que en la isla el oro corría por las calles, y seguros de que desde el momento en que pusieran el pie en la otra orilla del océano todas sus penurias pasarían al olvido.

La estructura de la nave aún se mantenía milagrosamente en pie, como guarida de avispas y cangrejos, lo cual decía mucho a favor de la clase de madera que se había empleado en las gruesas cuadernas. Cienfuegos recorrió despacio las bodegas, repletas de enormes barricas, y los tambuchos en los que aún perduraban restos de las hamacas en que había dormido tiempo atrás la tripulación, se tiznó con el hollín de la vieja cocina y subió luego a cubierta, desde donde contempló el océano que quedaba a popa, y al que evidentemente el *Princesa del Mar* nunca regresaría más que cuando un violento huracán mandara gigantescas olas playa arriba y lo arrastrase de un lado a otro convertido en simples maderos.

Por último derribó de una patada la puerta que comunicaba con la camareta del capitán, que se había atascado al hincharse la madera, y lo primero que llamó su atención fue un pergamino clavado en el mamparo frontal.

Le costó un gran esfuerzo descifrarlo puesto que la tinta había comenzado a decolorarse, pero al fin llegó a la conclusión de que al parecer la vieja carraca había sido empujada a tierra por una inesperada tormenta el

8 de agosto de 1506, sin tener que lamentar pérdidas humanas, pero sin que existieran posibilidades de intentar reflotar la despanzurrada nave.

Pero lo que en verdad impactó al canario fue la última frase del escueto mensaje:

Es muy posible que nos encontremos en la isla de Bimini.  
Las coordenadas así lo indican. Intentaremos averiguarlo.

¡Dios fuera loado...!

¡La isla de Bimini!

Tomó asiento en lo poco que quedaba en pie de la litera del capitán, sin poder apartar la vista de un documento que ni siquiera se había atrevido a tocar.

No podía dar crédito a lo que decía. ¡La isla de Bimini!

Los desgraciados ocupantes de aquella nave, quienesquiera que fuesen y de dondequiera que proviniesen, habían ido a estrellarse contra una lejana y desconocida costa de lo que empezaba a temer que fuera un gigantesco continente, cuando lo que en realidad iban buscando era el mítico y fabuloso lugar del que todos hablaban casi desde el mismo día en que se descubrió el Nuevo Mundo.

¡Bimini!

¡Pobres estúpidos!

Habían caído en la más absurda de las trampas.

Era cosa sabida que en Santo Domingo había existido años atrás un pequeño grupo de pícaros que habían obtenido jugosos beneficios vendiendo a incautos recién llegados mapas falsos de la fabulosa isla.

Para ello le proporcionaban a un muchacho de poco más de veinte años la partida de nacimiento de un cuarentón, y cualquier noche, cuando detectaban a nuevos «clientes» que se ajustasen a sus planes, permitían que el muchacho hablara de acontecimientos pasados de los que, por su aparente edad, no podía haber sido testigo.

Cuando los incautos se sorprendían por tal hecho, les notificaban, con mucho secreto, que lo que ocurría era que la apariencia de su interlocutor se

debía a que era uno de los pocos afortunados que habían desembarcado en Bimini, y por lo tanto había bebido de la fabulosa Fuente de la Eterna Juventud.

El pequeño grupo de astutos estafadores, capitaneado por el desalmado Melquíades Corrales, sabía ingeniárselas para que a la larga y tras muchas negativas y discusiones fueran sus víctimas las que ofrecieran una considerable suma de dinero a cambio del «derrotero secreto» que permitía llegar hasta una maravillosa fuente en la que llenarían a rebosar barricas del agua mágica, lo que evidentemente los volvería jóvenes y ricos para siempre.

Muchos de los habitantes de la capital, entre ellos el propio Cienfuegos, tenían por aquel entonces conocimiento de la existencia de tal pandilla de pícaros, pero nadie había presentado contra ellos una denuncia en firme por falta de pruebas.

Lo único que podía hacerse era poner sobre aviso a quienes corrían el peligro de caer en sus redes, a riesgo, eso sí, de aparecer tres días más tarde flotando boca abajo en las aguas del río Ozama para ir a parar a las fauces de las docenas de tiburones que rondaban siempre por su desembocadura.

Nunca pudo nadie afirmar, sin miedo a equivocarse, que se diera el caso de que una nave partiera en busca de tan absurdo destino, exceptuando la expedición, abierta y sin tapujos, que organizó en su día Juan Ponce de León y que, tras fracasar en su intento, se consoló conquistando en 1509 la isla de Puerto Rico y descubriendo en 1512 la península de La Florida, en cuyas proximidades se afirmaba que se encontraba Bimini.

Ahora, allí sentado en la litera de un estúpido capitán que al parecer se había dejado enredar por los fulleros, el canario tenía la prueba evidente e incontestable de que al menos en una ocasión las maquinaciones del canallesco Melquíades Corrales habían tenido éxito, con lo que había enviado a una muerte segura a un grupo de infelices soñadores.

¡Maldito hijo de puta!

*Quien busca Bimini,*

*eternamente joven será  
porque joven morirá  
y joven permanecerá  
por toda la eternidad.  
Quien busca Bimini  
dejará de ser pobre  
porque ningún cadáver  
necesitó nunca dinero.  
Quien busca Bimini  
encontrará la alegría  
porque nadie ha conocido  
a un muerto triste.*

Alguien de buena fe pergeñó un día aquellos versos como aviso a los incautos, pero resultaba evidente que los incautos abundaban en exceso.

Durmió a bordo en la única hamaca de la tripulación que aún soportaba su peso sin romperse, y el hecho de pasar la noche bajo cubierta, aspirando el olor a brea de calafatear que le había acompañado a todo lo largo de su travesía del océano, le trajo a la mente viejos recuerdos de cuando era un ignorante muchacho tan despistado que en la Gomera se coló de polizón en una carabela confiando en que lo desembarcaría en Sevilla cuando en realidad navegaba en dirección opuesta.

A la hora de mirar hacia atrás se veía obligado a reconocer que su azarosa vida había sido el fruto de una serie de situaciones absurdas, que comenzaron el bendito día en que una hermosa y noble dama se enamoró locamente de un cabrero analfabeto, y parecía a punto de concluir con la aciaga noche en que un pez ponzoñoso le clavó su aguijón en el brazo.

¿Hasta cuándo estaba dispuesto a reservarle el caprichoso destino sorpresas semejantes?

¿Acaso no existían millones de seres humanos a los que fastidiar con sus estúpidos caprichos?

Durante años rodó de aquí para allá, como una de esas semillas de blanco penacho que el viento traslada por entre los árboles en primavera, y cuando al fin había conseguido arraigarse y dar sus frutos, una vez más le arrastraban hacia Dios sabía dónde.

¿Por qué?

—¿Por qué, Señor, me has elegido como juguete si jamás he tenido intención de ofenderte? —inquirió momentos antes de quedarse profundamente dormido—. ¿Por qué no demuestras un poco de compasión y me permites regresar con los míos?

Aquello era lo más parecido a una plegaria que el canario Cienfuegos se sentía capaz de elevar, pero era al fin y al cabo una plegaria que partía de lo más profundo de su corazón.

Soñó que navegaba por entre las calmas del mar de los Sargazos y que su buen amigo Pascualillo de Lebrija dormía a su lado.

También debían de encontrarse cerca el siempre malhumorado timonel Caragato, el afable cartógrafo Juan de la Cosa, el converso Luis de Torres, e incluso su excelencia el almirante de la Mar Océana, don Cristóbal Colón, pero cuando la luz del sol penetró por entre las rotas tablas de la amura de estribor, abrió los ojos para descubrir, desalentado, que no dormía nadie en las destrozadas hamacas vecinas.

Ni tampoco el ceñudo contraamaestre paseaba su eterno insomnio sobre cubierta.

Tuvo que admitir una vez más que era un hombre solo, espantosamente solo en la inmensidad de un universo poblado por hercúleos salvajes de los que no sabía qué demonios se podía esperar.

No hizo ademán alguno de levantarse porque por primera vez en su vida prefirió no hacerlo de inmediato con el fin de permanecer allí, bajo la mísera protección de las cuadernas de una nave varada en la arena, consciente de que era el único lugar que lo mantenía unido a su pasado y a lo que había sido su mundo, visto que en el exterior le aguardaban sin duda incontables penalidades que no podría compartir con nadie.

En ese hecho estribaba a su modo de ver lo peor de su amargo destino: raramente había tenido la oportunidad de compartir con los seres que amaba ni lo bueno, ni lo malo, ni las alegrías, ni las tristezas, ni la heroicidad o el miedo.

Cuanto le acontecía se veía obligado a rumiarlo como un buey aislado en mitad de un gigantesco prado.

La mayor parte de su existencia había transcurrido al aire libre, sin otro techo que el cielo ni otro lecho que el suelo, y por ello encontrarse allí, balanceándose suavemente sobre una hamaca en el interior de una abovedada nave, era casi tanto como regresar al vientre de su madre, que era el único lugar del mundo en el que se había sentido protegido.

Desde el mismo momento en que distinguió por primera vez la luz del sol éste pareció haberle tomado un desmesurado afecto, puesto que lo seguía a todas partes.

Incluso en aquellos momentos se encontraba allí, buscándolo por entre las cuadernas o las grietas de la tablazón de cubierta como si estuviera exigiéndole que abandonara su escondite y saliera de una vez a donde pudiera contemplarle a sus anchas.

No obstante, antes de que el canario se decidiera a hacerlo comenzó a llover, primero mansamente, al poco tiempo con inusitada furia, y ello le dio una nueva razón para continuar acurrucado en su rincón contemplando un techo que no tardó en comenzar a gotear.

Estaba asustado y no sintió el menor empacho en reconocerlo, porque desconocía a qué o quién debería enfrentarse cuando abandonara su precario refugio, y a lo que en verdad temía no era a morir, que eso era algo para lo que siempre había estado preparado, sino a no volver a ver a sus seres queridos.

Resulta hasta cierto punto sencillo demostrar valor cuando se es joven y nadie te espera en ninguna parte; resulta fácil y a menudo incluso divertido, pero a medida que la vida avanza y se va llenando de afectos, ese valor disminuye en la misma proporción en que crecen los hijos.

¿Quién les contaría divertidas anécdotas a la luz de la hoguera?

¿Quién les relataría cada detalle de los mil duelos del valiente capitán Alonso de Ojeda?

¿Quién les hablaría de aquel fabuloso Gran Khan que con tanto afán buscaba el Almirante?

Para el gomero, al igual que para la mayoría de cuantos viajaban a bordo de la *Santa María*, el Gran Khan debía de ser un anciano muy alto, de luenga barba blanca y cubierto de oro de los pies a una noble cabeza que se tocaba con una increíble corona cuajada de esmeraldas cuya mayor diversión se cifraba en lanzar a cuantos se le aproximaban puñados de gruesos diamantes que extraía de un arcón que parecía no tener fondo.

Ésa era al menos la descripción que corría de boca en boca, y por el simple hecho de comprobar su veracidad valía la pena arriesgar la vida

atravesando el océano y enfrentándose a los monstruos más feroces, fueran éstos marinos o terrestres.

Según Colón, el Gran Khan estaba aguardándolos en la otra orilla, con los brazos abiertos y ansiando darles la bienvenida como a los heroicos marinos que habían sabido abrir una ruta más corta entre Oriente y Occidente, lo que sin duda redundaría en beneficio de la paz mundial y del bienestar de todos los pueblos de la tierra, que a partir de aquel momento podrían comerciar libremente.

¡Hermoso sueño, vive Dios!

Hermoso sueño que había acabado por convertirse en pesadilla, puesto que resultaba evidente que nadie cubierto de oro los aguardaba con los brazos abiertos, y la mayoría de quienes habían alimentado tan absurdas ilusiones, o estaban muertos o arrastraban una existencia ciertamente paupérrima.

Incluso el mismísimo Almirante había perdido todo cuanto tenía para acabar muriendo como un paria sin que se supiera con certeza adónde había ido a parar su cadáver.

Su sueño de un Gran Khan con corona de esmeraldas había quedado reducido al hecho evidente de que la historia le reservaba un puesto de singular importancia.

¿Había valido la pena?

Cienfuegos recordaba que, cuando en cierta ocasión le preguntaron a don Cristóbal qué era lo que más le había hecho disfrutar durante su portentosa existencia, la respuesta fue rápida e inequívoca:

—La contemplación del horizonte en alta mar teniendo la certeza de que en cualquier momento harían al fin su aparición las costas de China.

—¿Más que el desembarco?

—Mucho más.

—¿Por qué?

—Porque desde el primer momento comprendí que la isla de San Salvador no era más que una escala hacia China, con lo que ya la primera ilusión se había roto.

—¿Fue eso lo que más le hizo sufrir?

—No, lo que más me ha hecho sufrir en mi vida han sido los mosquitos que en Jamaica no me permitieron descansar en paz durante más de un año.

Curioso resultaba que los peores enemigos de uno de los hombres más grandes que hubiera dado la humanidad, hubieran sido unos seres tan diminutos.

Curioso y esclarecedor; ni príncipes, ni reyes, ni cardenales, ni calmas, ni tormentas, ni monstruos de los abismos, ni salvajes armados, ni fieras de la selva, habían conseguido doblegar a un hombre de hierro al que acabaron por destrozar los millones de obsesivos mosquitos que no lo dejaron dormir, con lo que su indomable espíritu acabó por resquebrajarse.

Tal vez por eso eligió un lugar tan frío como Valladolid para acabar sus días; quería morir en paz, sin que le asediaran los mosquitos.

En la interminable costa a la que Cienfuegos había ido ahora a parar, enormes mosquitos proliferaban hasta el punto de que nubes de ellos ocultaban el sol en los atardeceres, pero el gomero, quizás debido a que se había criado durmiendo entre las cabras, tenía la inmensa suerte de que jamás le atacaban.

Recordando las plácidas noches de su isla, la nostalgia se apoderó una vez más de su ánimo, y cualquier otro hubiera optado por quedarse allí, huyendo de los problemas que lo acosaban por el sencillo remedio de no moverse de donde se encontraba, lo que viene a ser una forma como otra cualquiera de escapar, pero al fin y al cabo él era el gomero Cienfuegos —«más terco que un mulo y con piel de un elefante»—, por lo que consideró que había llegado el momento de ponerse en marcha.

En los arcones de la tripulación encontró ropa de abrigo, un enorme chambergo y un par de botas en bastante buen estado, pero llegó a la conclusión de que las botas siempre acababan por destrozarse por lo que resultaba preferible mantener su inveterada costumbre de andar descalzo.

Se agenció de igual modo una herrumbrosa ballesta y un largo arpón cuya punta adosó al extremo de su pértiga, ya que le hacía mucho mejor servicio que el cuchillo.

La red de la hamaca en la que había dormido le sirvió de hatillo en el que envolver la vela de la barca así como un pequeño barril de pólvora, y

cargó de igual modo con pedernal y yesca, un rollo de cuerda, un plato de latón y una abollada cacerola.

Luego emprendió sin prisas el camino rumbo al norte, sin volver ni una sola vez el rostro porque le constaba que el esqueleto del *Princesa del Mar* era su último lazo de unión con el que había sido su mundo.

Durante mucho tiempo Cienfuegos se preguntó por qué razón hacía decidido abandonar la costa en su camino hacia el oeste en procura de un punto desde el que tal vez pudiera dar el salto a Cuba y de ahí a su isla, y había optado en cambio por encaminarse al norte aun a sabiendas de que de ese modo se adentraba en el corazón de una desconocida región que presentía demasiado extensa.

A la larga tan sólo encontró una respuesta válida a semejante demanda: lo había hecho por la necesidad de sentirse acompañado, de hablar con alguien que le entendiera, y de compartir con su propia gente los temores y las esperanzas ante un futuro que se presentaba ciertamente imprevisible y angustioso.

Y es que las horas, los días y las semanas de absoluta soledad y obligado silencio comenzaban a pesar sobre su ánimo como una losa de mármol.

Cuando navegaba a bordo de la *María Galante* —¡qué difícil le había resultado siempre llamarla *Santa María!*—, el afectuoso y paciente Juan de la Cosa, el mejor cartógrafo de su época, le había inculcado su apasionada afición a la astronomía, enseñándole a reconocer las principales estrellas y constelaciones, al tiempo que le explicaba cómo se movían y de qué forma un buen observador podía saber dónde se encontraba o hacia dónde se dirigía tan sólo con observarlas.

De niño, cuando la mayor parte de las veces se veía obligado a dormir al aire libre en lo alto de un risco sin más compañía que las cabras, solía pasar largas horas contemplando esas mismas estrellas, por lo que lógicamente había llegado a la conclusión de que se movían constantemente e incluso ocupaban distintas posiciones según las diferentes épocas del año, pero

nunca se había sentido capaz de dar una explicación a tales cambios, entre otras cosas por el simple hecho de que tampoco se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que la Tierra fuera redonda.

¿Lo era realmente?

A veces no podía evitar plantearse serias dudas, lógicas por otra parte en un hombre al que le había tocado vivir en unos tiempos en los que Juan Sebastián Elcano aún no había circunnavegado el globo y demostrado así, de un modo absolutamente irrefutable, la veracidad de tan controvertidas teorías.

Y es que por otra parte la región en la que se había internado no contribuía en lo más mínimo a sacarlo de dudas al respecto, pues era tan plana como lo fuera en su día el mismísimo mar de los Sargazos de nefasta memoria.

Jornada tras jornada, y como si se tratara de una auténtica pesadilla, lo único que se ofrecía a los ojos del gomero —acostumbrado a los mil accidentes de su isla natal, en la que resultaba imposible caminar más de cinco minutos por un llano— era un horizonte verde o amarillento en el que, muy de vez en cuando, destacaba una ligera ondulación que apenas superaba su propia altura.

La hierba crecida, que incluso en ocasiones le llegaba al pecho, se encontraba fuertemente afirmada a una tierra suelta y sin consistencia, de tal manera que, cuando la arrancaba de raíz, lo que quedaba bajo ella era una especie de polvo blanquecino que un viento firme y constante se apresuraba a arrastrar muy lejos.

Abundaban, eso sí, los anchos ríos y las extensas lagunas ricas en peces, en cuyas orillas solía tropezarse con liebres y pequeños venados a los que a menudo abatía de un certero disparo de una ballesta antaño herrumbrosa que ya se había preocupado por lijar con sumo cuidado, dejándola limpia y reluciente.

Por lo general eran los lugares más frescos y agradables de la inmensa llanura, a cuyas orillas crecían frondosos árboles que proporcionaban la única sombra en millas a la redonda y de los que colgaban innumerables panales de abejas rebosantes de apetitosa miel, pero muy pronto descubrió

que no resultaba en absoluto saludable acampar demasiado cerca del agua ya que, cuando menos se lo esperaba, surgía de sus profundidades un enorme caimán dispuesto a arrancarle una pierna.

Al observarlos, con sus malignos ojillos acechándolo a ras de la superficie, no podía menos que recordar la primera vez que se había tropezado con ellos, allá en Venezuela, y que en su ignorancia los había tomado por lagartijas gigantes.

Le venía entonces de inmediato a la mente el recuerdo del diminuto Papepac, junto al que había vivido divertidas aventuras y momentos en verdad maravillosos.

—¡Dios, qué viejo soy!

En realidad, el canario contaba entonces poco menos de treinta y cinco años, pero eran tantas las experiencias que había acumulado a lo largo de ese tiempo, que hasta cierto punto tenía razón al considerar que podía haber vivido perfectamente un siglo.

Dejando a un lado la obsesionante monotonía del paisaje, lo que más llamaba su atención era el hecho de no advertir rastro alguno de presencia humana, pese a que resultaba evidente que aquélla era una tierra que podría haber alimentado sin el menor problema a millones de personas.

Pero lo más sorprendente era la increíble proliferación de una especie de ardilla de cola corta que vivía a ras de tierra y que se ocultaba en profundas cuevas. Mucho más tarde averiguaría que los nativos solían comerlas asadas a fuego lento, y que las denominaban perrillos de la pradera, de los que por aquel tiempo se calcula que existían en las grandes llanuras del Medio Oeste más de cuatrocientos millones de ejemplares.

Cada mañana emprendía la marcha confiando en encontrarse con alguien, amigo o enemigo, y cada noche se tumbaba entre la alta hierba a observar las estrellas preguntándose si por un capricho más del destino había pasado a convertirse en el último ser humano del planeta.

Era la mayor altura que había alcanzado a distinguir desde que había abandonado la costa, y, aunque no superaba los cien metros en suave y casi

imperceptible ascenso, corrió hacia ella abrigando la esperanza de que desde su «cima» quizás alcanzaría a otear un horizonte diferente.

Al aproximarse advirtió no obstante que algo destacaba en su cumbre, y poco después comprendió que se trataba de una rústica cruz.

El corazón le dio un vuelco.

Aunque no pudiera considerarse a sí mismo un auténtico creyente, el símbolo de la cruz sería siempre, y dondequiera que se encontrase, la señal inequívoca de que allí estaba el mundo en que había nacido y se había criado.

Donde se implantaba una cruz tenía que haber cristianos.

Pero se trataba por desgracia de un único cristiano. Y por si fuera poco estaba muerto.

*Asdrúbal Dorantes*  
*Cádiz 1485 - Bimini 1509*

Allí descansaba, pues, un pobre iluso que había abandonado este mundo en plena juventud y —por lo que se podía deducir de su tumba— convencido de que había llegado a la isla en la que se encontraba la maravillosa Fuente de la Eterna Juventud.

De nuevo le vino a la mente el viejo dicho:

*Quien busca Bimini*  
*eternamente joven será*  
*porque joven morirá*  
*y joven permanecerá*  
*por toda la eternidad.*

Asdrúbal Dorantes, quienquiera que fuese, había exhalado el último suspiro a los veinticuatro años persiguiendo el sueño de continuar teniendo siempre veinticuatro años.

Pero sin duda no esperaba tenerlos a dos metros bajo tierra.

—Si algún día regreso a Santo Domingo le cortaré el cuello al hijo de puta de Melquíades Corrales —le prometió al difunto—. Lo juro sobre tu tumba y si no lo cumplo te autorizo a que acudas a recordármelo todas las noches.

Rezó cuanto sabía, que no era mucho, y como caía la tarde decidió pasar la noche en compañía de un compatriota pese a que estuviera muerto, confiando en que tal vez desde el otro mundo pudiera echarle una mano señalándole el mejor modo de regresar a casa.

—Lejos has ido a parar tú de la tuya... —musitó al poco como si el malogrado Dorantes pudiera oírle—. Nunca he sabido dónde queda exactamente Cádiz, pero imagino que está en la península, y por lo tanto más allá de la Gomera. Si contamos desde aquí, naturalmente.

Eran tantos los muchachos que había visto llegar al Nuevo Mundo en busca de una vida mejor, que a menudo se preguntaba cuánta miseria y cuántas vejaciones tenían que haber sufrido para verse empujados a tomar la decisión de abandonar sus raíces y a los seres queridos con el fin de conseguir un futuro más digno.

—¿Acaso no tenías una madre que te consolara en los momentos difíciles, o una muchacha que hiciera saltar tu corazón al verla? —le preguntó a su silencioso vecino, como si pudiera obtener algún tipo de respuesta—. ¿Acaso no tenías hermanos o amigos que te hicieran desistir de tamaña locura?

El canario sabía por experiencia que el hambre nunca había sido buena consejera a la hora de tomar decisiones o de emprender un largo viaje. Cuando el hambre arreciaba, la mente no razonaba con claridad y se corría el riesgo de acabar, como el infeliz Asdrúbal Dorantes, en la cima de una minúscula colina en mitad de la nada.

Y es que aquella tierra infinita era la nada.

Un desierto de hierba sin la belleza de las altas dunas de arena; un mar petrificado sin la magia de las olas; una línea recta que acababa por convertirse en la distancia más larga entre dos puntos.

No parecía que hubiera puntos de los que partir o a los que llegar, y la única referencia que había encontrado en tantos días de caminar sin descanso era aquella tosca cruz sobre una tumba.

¿De qué podría haber muerto su dueño?

De hambre no, desde luego, ni tampoco de agotamiento por muy rápida que hubiera sido su marcha a través de la llanura.

Tal vez había llegado allí enfermo o había sufrido el ataque de un salvaje, aunque lo más probable, visto el lugar, era que hubiera sido víctima de una de las incontables serpientes que anidaban entre la espesa maleza.

Aquél constituía sin duda alguna el principal peligro de una extensa llanura que parecía haberse convertido en la residencia habitual de miles de crótalos que permanecían ocultos entre la alta hierba al acecho de una distraída víctima.

Cienfuegos los odiaba.

A su modo de ver, todo ser humano en su sano juicio debía odiarlos dado que constituían la antítesis por excelencia de su especie: rastrosos, silenciosos y traicioneros, su principal arma, el veneno, era sin duda alguna el arma de los traidores que no se sentían capaces de dar la cara al enemigo.

Por su culpa, por la soledad y por la lejanía de su hogar, aborrecía con toda su alma aquellas tierras en las que se sentía tan extraño como si lo hubieran trasladado a otro planeta.

¿Cómo podía existir un lugar en el mundo en que por mucho que se avanzara, nunca se distinguiera ni tan siquiera una montaña en la distancia?

¿Por qué la naturaleza era tan caprichosa como para colocar en una isla tan diminuta como la Gomera docenas de riscos y acantilados, mientras que en tanto terreno abierto no se veía ni una miserable roca que sirviera de punto de referencia?

El simple hecho de buscar cuatro piedras con las que abrigar un fuego sobre el que colocar la cacerola se convertía en una labor imposible, por lo que en más de una ocasión se vio obligado a asar un perrillo de las praderas clavado en un machete que tenía que mantener a pulso sobre la hoguera.

¡País de locos!

¡Ni de locos...!

Durmió con la cabeza apoyada sobre la tierra del túmulo de la tumba de aquel amigo que nunca había conocido, pero si por casualidad esperaba que acudiera a visitarlo en mitad de la noche sufrió una decepción porque los únicos que hicieron acto de presencia fueron una familia de escandalosos coyotes que se dedicaron a aullar durante horas.

Al amanecer lo despertó un viento helado y, cuando lanzó una ojeada hacia el punto al que pensaba encaminarse, le sorprendió descubrir que allá a lo lejos, a casi dos millas de distancia, la monótona llanura, por lo general verdosa o amarillenta, había cambiado de color y en aquellos momentos aparecía de un marrón oscuro hasta donde alcanzaba la vista.

Por más que rebuscó en su memoria no pudo recordar haber encontrado jamás en su camino unas plantas de semejante tonalidad, y menos aún que maduraran de golpe y a una de la noche a la mañana.

Desayunó sin prisas porque al fin y al cabo lo mismo daba iniciar la aburrida marcha a una hora que a otra, y permaneció luego un largo rato tumbado al sol esperando a que se le calentara la sangre.

Cuando al fin decidió emprender la marcha descubrió, perplejo, que la mancha de hierba marrón había avanzado de forma visible en la dirección en que se encontraba.

Aguzó la vista, y tras un largo rato de observar atentamente, llegó a la conclusión de que la mancha continuaba aproximándose a todo lo largo del horizonte.

¡País de locos!

¿Qué podría ser aquella masa informe que se movía como si estuviera dotada de vida?

¿Agua quizás?

Por unos instantes aceptó la idea de que se trataba de una gigantesca extensión de agua oscura, tal vez de denso fango proveniente de un sucio lago desbordado, pero al poco rato rechazó semejante posibilidad para acabar por aceptar la casi increíble realidad de que lo que avanzaba hacia él era un ejército de enormes bestias que pastaban mansamente la alta hierba.

Miles, ¡tal vez millones!, de altos bueyes gibosos de cortas pero poderosas cornamentas, los animales más grandes e impresionantes a que se

hubiera enfrentado nunca.

Permaneció donde se encontraba, tan clavado al suelo como la cruz que marcaba el punto donde habían enterrado al infeliz Dorantes, incapaz de reaccionar puesto que el espectáculo al que estaba asistiendo superaba todo lo imaginable.

¡País de locos!

No tardó en llegar a la conclusión de que le resultaba imposible continuar su avance en dirección norte; no existía forma humana de atravesar por entre una gigantesca manada de enormes «vacas» que lo cornearían sin remedio, o que incluso sin necesidad de atacarlo lo aplastarían hasta dejarlo convertido en una masa informe de la que los coyotes y los lobos acabarían por dar buena cuenta.

Tampoco era cuestión de quedarse allí, aguardando a que le pasaran por encima, por lo que, tras estudiar largo rato su inquietante situación, observando con sumo cuidado los lentos movimientos de los rumiantes, optó por desviarse hacia el noroeste, que era sin duda el punto que al parecer ofrecía una oportunidad más clara a la hora de eludir tan desigual enfrentamiento.

Comenzó a desplazarse casi a cuatro patas, alzando tan solo de vez en cuando la cabeza con el fin de echar una ojeada en un intento de confirmar la evolución de la impresionante marea de carne, puesto que no tenía ni la más remota idea de cómo podrían reaccionar aquellas bestias de darse el caso de que descubrieran su presencia.

Herbívoros a todas luces, entraba dentro de la lógica más elemental que en caso de no sentirse amenazados ni tan siquiera le dedicaran una simple ojeada, pero la prudencia, ¡siempre la bendita prudencia!, le dictaba una vez más que resultaba preferible no tentar a la suerte.

Y una vez más quedó patente que la prudencia sería siempre su mejor compañera de viaje, puesto que, además de impedir que los bisontes lo descubrieran, le evitó enfrentarse a un enemigo realmente peligroso.

Y es que en uno de aquellos escasos momentos en los que alzó la cabeza con objeto de orientarse y comprobar que se iba alejando de la manada advirtió, sorprendido, que no era el único ser humano sobre la llanura.

Una veintena de sigilosos guerreros armados con fuertes arcos de casi dos metros de altura se deslizaban como sombras por entre los árboles que se alzaban a la orilla de una pequeña laguna, acechando a los miles de animales que se iban aproximando a ellos ajenos al peligro que corrían.

Los indígenas le daban la espalda y, como su única preocupación parecía centrarse en las evoluciones de la manada, no volvieron ni tan siquiera una vez el rostro, por lo que pudo observarlos con absoluta tranquilidad.

Por lo que podía distinguir a tanta distancia eran mucho más parecidos a los guerreros con los que se había cruzado a la orilla del mar, que a los nativos de las islas caribeñas, más altos, más fuertes y de un color más claro, aunque evidentemente cobrizos.

La mayoría vestían una especie de calzón de cuero de venado y una gran capa de piel de bisonte, e incluso un par de ellos se cubrían con sus cornamentas como si pretendieran hacerse pasar por cornudos rumiantes.

El gomero aún no podía saberlo, pero pertenecían a la poderosa tribu de los dakota, una rama de la numerosa familia de los sioux, que se habían convertido con el paso del tiempo en los auténticos dueños de las extensas llanuras que se extendían desde la margen izquierda del río Mississippi, al este, hasta las Montañas Rocosas, al oeste, y desde los Grandes Lagos del norte hasta casi la orilla del mar, al sur.

Los bisontes —que, por lo que resultaba evidente, proliferaban en sus territorios como las sardinas en el océano— constituían su principal fuente de subsistencia dado que se alimentaban de su excelente carne y sus gruesas pieles les servían tanto para abrigarse como para construir sus viviendas.

Nómadas la mayor parte del año, los dakota andaban siempre en pos de unas manadas de las que se limitaban a obtener lo que necesitaban en el momento, conscientes de que cada animal que matasen sin necesidad significaba diez animales menos al cabo de unos años.

Sus rígidas leyes les prohibían atacar a una hembra a no ser que corrieran serio peligro de morir de hambre, y, pese a que conocieran ciertos tipos de agricultura y apreciaran mucho el maíz, se negaban a cultivar las extensas praderas, considerando que los pastizales eran el reino de los bisontes, y ya que tanto obtenían de ellos debían respetar su fuente de alimentos.

La experiencia les había enseñado además que, en cuanto la molestaban, la tierra se volvía en su contra, invocaba al viento del norte y se dejaba llevar por él a lugares lejanos.

Por su parte, quizás debido a ello, los bisontes tan sólo mordisqueaban la parte alta de la hierba con el fin de no dañar las raíces, de modo que un mes más tarde ni el más agudo observador podía asegurar que por allí habían pasado millones de hambrientas reses cuyos excrementos abonaban la tierra y contribuían a que se desarrollasen con fuerza las nuevas semillas.

Aquél era por tanto un perfecto ciclo vital que no había cambiado en miles de años y gracias al cual plantas, bestias y seres humanos convivían en perfecta armonía.

Al saberse ya fuera del camino de la gran manada y advertir que lo que se extendía ahora ante él era un terreno de rala vegetación en el que corría el peligro de ser descubierto por los indígenas, Cienfuegos optó por armarse de paciencia y aguardar a que los cazadores obtuvieran su premio y decidieran marcharse.

Un par de horas más tarde y al atisbar de nuevo por sobre la hierba, descubrió que en el momento en que los últimos animales comenzaban a alejarse hacia el sur, seis cazadores los seguían reptando como serpientes, de tal modo que lo único que se podía percibir era un leve movimiento de la maleza.

Se escuchó, muy claro, el canto de un ánade que llegaba de entre los árboles del río, y a esa señal los seis se alzaron a la vez, tensaron sus arcos y, eligiendo cada dos de ellos el macho que tenían más cerca, dispararon sus largas flechas para desaparecer de la vista incluso antes de que éstas llegaran a su destino.

Casi al instante las tres piezas elegidas lanzaron un hondo mugido y se desplomaron como si las hubieran apuntillado.

Para sorpresa de Cienfuegos, el resto de los animales ni se inmutó siquiera, como si el hecho de que tres de sus compañeros estuvieran pataleando en el estertor de la agonía careciera de importancia.

Con el paso del tiempo aprendería que los bisontes no eran capaces de asociar la idea de peligro y muerte con una silenciosa flecha que llegaba de lejos.

Lo único que en verdad los asustaba era el fuego o, en ciertos casos, el olor y la presencia de una manada de lobos que amenazara a sus crías.

Mientras no percibieran un olor o un movimiento sospechosos, todo parecía seguir estando dentro de los límites de la normalidad.

Sabiendo eso, los cazadores se movían con infinito sigilo, y para disimular su olor se cubrían con pieles de animales de la misma especie.

Pasó un largo rato; el sol avanzó despacio hasta alcanzar su cenit, la manada se alejó parsimoniosa, y tan sólo entonces la cuadrilla de dakotas se aproximó a sus víctimas, remataron de un tajo en el cuello a la única que aún sobrevivía, para comenzar a desollarlas y descuartizarlas con sorprendente habilidad.

Fue en ese mismo momento, en que ya no le daban únicamente la espalda, cuando Cienfuegos descubrió que uno de ellos lucía una larga barba muy negra.

—¡Dios sea loado! —no pudo menos que exclamar—. ¡Un cristiano!

Cristiano o no, era en efecto un hombre barbudo de piel mucho más clara que el resto de la partida, y parecía ser un prisionero, puesto que llevaba una larga cuerda en torno al cuello, cuerda cuyo extremo sujetaba uno de los guerreros.

El sorprendente descubrimiento tuvo la virtud de que el canario se dejara caer horrorizado por el hecho de que la peor de sus sospechas pudiera haberse convertido en realidad: los nativos de aquellas extensas tierras no eran gente tan pacífica como los habitantes de Guanahaní, Cuba o La Española; capturaban y esclavizaban a los extraños tal como solían hacer los salvajes caníbales antillanos.

—¡Que el Señor me proteja!

¿Qué podía hacer él, solo y perdido en un universo tan extenso y desconocido, si quienes lo habitaban no eran amigos?

¿A quién recurriría con el fin de que le indicara cuál era el camino más corto para regresar a su hogar?

Ya no tenía que enfrentarse solamente a la naturaleza y a las bestias; ahora el peligro llegaba sobre todo de quienes al parecer no dudarían a la hora de esclavizarlo.

Le vino de inmediato a la mente la sangrienta batalla del fuerte de la Natividad, de triste memoria. Tantos cayeron en aquella ocasión que al recordar la matanza de la que había sido testigo no pudo evitar que se le escapara un reniego, aunque tal vez la culpa no la tuvieran los recuerdos, sino la seguridad de que su destino se asemejaba al de aquellos desgraciados: o morir, o quedar en manos de unos salvajes que utilizaban a los cautivos como simples mulas de carga.

Era lo que estaban haciendo ahora con aquel desgraciado, al que habían atado a la espalda media res cuya sangre le cubría el rostro y el cuerpo en una escena en verdad patética, visto que además lo fustigaban para que avanzara pese que se advertía claramente que se tambaleaba bajo el enorme peso que se veía obligado a soportar.

De ese modo, cargando con sus presas y dejando tras sí un rastro de sangre, los cazadores se alejaron lentamente rumbo al oeste.

Cienfuegos permaneció largo rato pensativo, observando cómo por un lado se alejaban los bisontes y por el otro lo hacía un cristiano, casi sin lugar a dudas un compatriota, a quien una veintena de indígenas arreaba como a una mula de carga.

¿Qué debía hacer?

Aquélla era desde luego una decisión harto difícil incluso para un hombre que había tenido que enfrentarse en demasiadas ocasiones a situaciones muy complicadas.

La prudencia, ¡santa palabra!, le aconsejaba quedarse donde estaba, esperar un tiempo razonable y continuar luego su marcha hacia el norte pese a que no tenía ni la más remota idea de qué encontraría en su camino.

La segunda opción significaba desandar lo andado para acabar por reencontrarse con un agitado mar que no le ofrecía salida alguna, visto que carecía de cualquier tipo de embarcación.

Y la tercera, evidentemente la más peligrosa, seguir tras las huellas de los indígenas e intentar averiguar si tenían más cristianos en su poder.

—Me gustaría que en alguna ocasión tuviera la oportunidad de elegir entre algo bueno y algo malo —masculló para sus adentros repitiendo una de sus frases preferidas—. Y no de tener que elegir siempre entre algo malo y algo peor.

¿Pero qué era lo malo, y qué era lo peor?

El cerebro le aconsejaba que lo peor que podía hacer era seguir tras los salvajes, pero el corazón le dictaba lo contrario.

Y el gomero sabía muy bien que cuando el corazón y el cerebro de un hombre se enfrentan, quien acaba perdiendo es siempre el hombre.

Al fin y al cabo, poco o nada debía importarle el destino de un estúpido que había sido capaz de arriesgar la vida persiguiendo un sueño tan absurdo como el de encontrar una mítica fuente de la eterna juventud en una isla perdida nadie sabía dónde.

Tenía lo que se había buscado, y por contento podía darse al verse convertido en bestia de carga y no en un cadáver tan maloliente como el de su compañero Dorantes.

Le vino a la mente, no obstante, el tiempo que había pasado como esclavo de los feroces caníbales antillanos, y cuánto había rezado para que se realizara el milagro de que alguien acudiera en su ayuda.

¿Acaso era él el milagro que debía de estar esperando aquel desgraciado?

«Si soy un milagro, los que haga la Virgen escaso valor tienen puesto que conseguir algo mejor que yo no debe resultar nada difícil —se dijo sin poder evitar sonreír para sus adentros—. Lo que ese cretino necesita no es un pendejo sin más armas que una vieja ballesta; necesita todo un ejército.»

«¿Qué habría hecho Alonso de Ojeda en este caso?», se preguntó.

El osado capitán Ojeda era el espejo en el que se miraban cuantos aspiraban a ser algo en el Nuevo Mundo; un ejemplo de valor, de astucia y, sobre todo, de honradez y generosidad. Y, si bien era cierto que contaba en su deber con muchas muertes, cierto era también que la mayor parte de dichas muertes había intentado evitarlas a sabiendas de que su diabólica habilidad como espadachín lo colocaba a cien codos de distancia de cuantos casi a diario le retaban.

Derrotar al gran Ojeda con un arma en la mano se había convertido en una especie de obsesión para quienes pretendían hacerse un nombre en la isla de La Española, y por más que el sufrido conquense se empeñara en hacer caso omiso a las afrentas, se veía obligado a desenvainar una y otra vez su acero con la callada resignación de quien ha llegado a la dolorosa conclusión de que cada día nace un estúpido que aspira a un pedacito de gloria a riesgo de acabar malparado.

Se contaban por docenas los descerebrados buscavidas que consideraban que, si tenían un golpe de suerte y conseguían vencer en duelo al mítico Ojeda, el portentoso bagaje de sus increíbles hazañas pasaría a ser de su propiedad, y que tal vez las nobles virtudes de las que había hecho gala a lo largo de una increíble y apasionante vida se convertirían en sus propias virtudes.

La mayoría de ellos ni siquiera habían tenido ocasión de arrepentirse de su error, y algunos pocos, más afortunados, reflexionaban sobre ello contemplando sus profundas cicatrices.

Cienfuegos admiraba a Alonso de Ojeda, de quien se aseguraba que apenas había cumplido quince años cuando fue el primero en penetrar en la sitiada Granada, y que un buen día, para llamar la atención de la reina, se paseó por el asta de la bandera de la Giralda con la misma tranquilidad con que hubiera paseado por la plaza de La catedral.

—Cuando las bebidas se encuentran demasiado calientes... —solía decirse— se le pide a Ojeda que introduzca en ellas un dedo, pues es tan frío que en poco tiempo las congela.

También se contaba de él que había librado varios duelos a espada sin dejar de leer en voz alta el libro que sostenía en la mano izquierda, y que en otra ocasión lo hizo trepado sobre un taburete.

—¡Jodido Ojeda! —exclamó—. ¿Por qué no estás aquí para echarme una mano? Contigo a mi lado no dudaría en intentar ayudar a ese pobre mentecato.

Triste era tener que admitir que Ojeda no lo hubiera necesitado a él para intentarlo, y que el conque no hubiera dudado un minuto a la hora de correr en ayuda de un desgraciado en apuros.

Pero el gomero admitía que Ojeda era Ojeda, y los demás, incluido él mismo, no eran más que simples seres humanos.

Continuaba, por tanto, rumiando allí sus dudas y librando una dura lucha con su conciencia, cuando lo sorprendió una especie de rugido que llegaba de sus espaldas, y al volverse no pudo menos que abrir la boca de asombro.

Un tornado, pero no un sencillo tornado de los que se formaban a veces en el mar o sobre alguna playa desierta, sino un tornado monstruoso, de casi una milla de diámetro, avanzaba arrasándolo todo hasta el punto de que pudo distinguir lo que se le antojaron lobos y bisontes que volaban pataleando como si se tratara de simples hojas secas.

¡La madre que lo parió!

¡Lo que le faltaba!

Si al parecer no tenía suficiente con la soledad, la desorientación, las inmensas llanuras, los lobos, las serpientes, los bisontes, los salvajes y un cristiano cautivo, el siempre caprichoso destino le enviaba un nuevo regalo en forma de naturaleza desmelenada cuya fuerza se asemejaba, aunque muy concentrada en su corto diámetro, a la del furioso huracán que había sufrido tantos años atrás en el malhadado fuerte de la Natividad de La Española.

Aún recordaba, como si la estuviera viendo, la expresión de terror de la hermosa Sinalinga cuando le anunció que el todopoderoso Hur-ha-can, el rey del viento, el espíritu del mal en persona, se aproximaba desde el sudeste y muy pronto lo arrasaría todo a su paso.

—¿Viento? —se asombró entonces—. No veo que sople ni gota de viento.

—No sopla porque los vientos pequeños huyen aterrorizados ante la proximidad del gran rey —fue la respuesta—. Mañana estará aquí.

¡Y vaya si lo estuvo!

Apenas dejó nada en pie.

Arrasó lo poco que quedaba del fuerte, destrozó las cabañas de los indígenas, arrancó árboles de cuajo, y si no se lo llevó por delante fue porque se refugió en una profunda cueva.

Pero ahora no existía cueva alguna en la que esconderse y el rugiente monstruo se encaminaba directamente hacia él.

Corrió como alma que lleva el diablo hacia el río en el que había visto a los cazadores, eligió el árbol que se le antojó más capaz de soportar los embates del viento y se ató a él dándole varias vueltas a la gruesa cuerda que llevaba siempre a la cintura.

Cinco minutos más tarde se vio obligado a cerrar los ojos porque la tierra que venía volando amenazaba con dejarlo ciego, y se tapó los oídos porque el ruido amenazaba con dejarlo sordo.

Fue como si una mano gigantesca luchara por arrancarle del suelo, y por unos instantes temió que la gruesa cuerda saltase en pedazos, pero con la misma rapidez con que había llegado pasó el peligro, volvió la calma, y cuando abrió los ojos descubrió que casi la mitad de los árboles vecinos habían desaparecido.

Tenía tanta tierra encima que necesitó sumergirse en el río durante diez minutos para recuperar su aspecto de siempre.

Por suerte, a los caimanes se los había llevado el viento o estaban tan aterrorizados que se les había pasado el apetito.

Durante el resto del día le resultó imposible orientarse.

El polvo lo cubría todo, le costaba un gran esfuerzo respirar, se le irritaban constantemente los ojos, y era como si de improviso hubiese anochecido sobre la extensa llanura.

Al igual que él, venados, coyotes, lobos, crótalos, liebres, perrillos de las praderas e incluso algún que otro bisonte que se había apartado de la manada, vagaban como atontados, y a su alrededor no distinguía más que cadáveres de animales y troncos de árboles tronchados.

Por suerte, en el desigual lance con la furibunda naturaleza no había perdido ninguno de sus míseros enseres, por lo que podía darse por satisfecho dado que lo único que se advertía en lo poco que alcanzaba la vista era desolación y caos.

El tornado se alejaba en la dirección que había seguido el grupo de cazadores, de modo que no pudo menos que preguntarse qué les podría haber ocurrido, o más bien, qué estaría a punto de ocurrirles en cuanto aquel terrorífico fenómeno atmosférico les sorprendiera en campo abierto.

Era de suponer que sabrían cómo enfrentarse a las inclemencias de un mundo en el que habitaban desde hacía cientos o tal vez miles de años, por muy difícil que resultara predecir que, sin la más mínima señal de aviso y en mitad de una tranquila jornada de caza, se pudieran desatar todas las furias del infierno.

¡País de locos!

Al bramido, a la brutal fuerza y a la velocidad del viento siguió una noche muerta, quizás la más muerta que el gomero hubiera visto, pues el polvo en suspensión impedía que se distinguiera una sola estrella, y podría

creerse que incluso los incontables pobladores de la llanura que aprovechaban la oscuridad para procurarse alimento habían decidido que por el momento resultaba más prudente quedarse «en casa».

Optó por acurrucarse en posición fetal, oculto entre la maleza, y hacer lo que mejor sabía hacer: esperar.

Al amanecer comenzó a llover y pronto descubrió que lo que llovía no era agua, sino una especie de fango pringoso debido a que cada gota de agua arrastraba al caer parte del polvo en suspensión que había quedado flotando en el ambiente.

El resultado lógico fue que, cuando a media mañana los primeros rayos del sol consiguieron vencer los incontables obstáculos que se interponían en su camino, iluminaron un paisaje monocolor en el que pradera, ríos, lagunas, árboles, animales e incluso el propio canario, sus ropas y sus armas, parecían haber sido pintados de marrón por un artista asaz poco imaginativo.

Cuando se contempló de aquella guisa, el atribulado cabrero no pudo menos que exclamar por enésima vez: «¡País de locos!».

No tuvo más remedio que esperar a que las aguas del río se aclararan, con el fin de poder desprenderse del barro, y al concluir inició de un modo casi instintivo el camino rumbo al noroeste sin volver a plantearse si el hecho de seguir las huellas de los nativos era ciertamente la opción más lógica o, por el contrario, la más peligrosa.

Tal vez fuera, al mismo tiempo, la más lógica y también la más peligrosa.

Pero lo aceptó de buen grado porque por un lado se veía obligado a intentar ayudar a un cristiano en apuros, y por el otro se encontraba cansado de vagar como alma en pena o como una sombra intangible por unas tierras que a cada paso se le antojaban más extensas.

Ocurriera lo que quiera que ocurriese, siempre sería preferible a la incertidumbre, y debido a ello se sorprendió a sí mismo acelerando el paso como si, tomada la decisión, le corriera prisa reencontrarse con la partida de cazadores.

A media tarde encontró a uno.

Muerto.

Aplastado contra el suelo en el que había enterrado la cabeza, con el cuello roto como si se tratara de una caña seca, daba la impresión de que había caído como una piedra desde una enorme altura, y el canario no pudo menos que preguntarse qué habría experimentado aquel pobre hombre, por muy salvaje que fuera, en el momento en que una mano invisible lo alzaba como si se tratara de una pluma y lo hacía girar y girar en el aire hasta acabar por arrojarlo como la piedra de una honda.

¡Joder!

Al contemplar tan tristes despojos, Cienfuegos acabó, por convencerse de que el principal enemigo al que tendría que enfrentarse a lo largo de su peregrinar de regreso a casa no sería nunca el ser humano, por muy aguerrido o cruel que pudiera resultar, sino una naturaleza que ofrecía todo el aspecto de ser mucho más desmesurada allí que en cualquier otro lugar que él conociera o del que hubiera oído hablar.

Un río en el que cabían todos los ríos conocidos; unas praderas mil veces más extensas que todas las praderas imaginables; unas manadas de vacas chepudas que hubieran pasado sin inmutarse sobre todas las manadas de vacas de Europa, y unos tornados frente a los cuales cualquier otro tornado sonaba a pedo de vieja.

¡Pues sí que estamos buenos!

No volvió a encontrar rastro alguno de vida humana, ni casi animal, hasta cuatro o cinco días más tarde, en que distinguió a lo lejos varias delgadas columnas de humo que se elevaban al cielo formando caprichosos dibujos.

Por fortuna, las altas gramíneas lo cubrían hasta el pecho, por lo que apenas necesitaba inclinarse para desaparecer de la vista de posibles centinelas.

No obstante, pronto llegó a la conclusión de que los nativos no eran tan descuidados como pudiera parecer, ya que llegó un momento en que le resultó imposible avanzar un solo paso sin correr el peligro de ser descubierto.

El campamento, porque era evidente que se trataba de un campamento nómada, y no de un poblado definitivamente asentado, aparecía enclavado en la curva de un riachuelo, y no tardó en comprobar que la hierba había sido cuidadosamente segada en una amplia zona en rededor con el fin de que ni bestias, ni enemigos, ni probablemente un fuego que se prendiera de improviso en la llanura, pudiera sorprenderle.

El fuego debía de constituir sin duda alguna la peor amenaza en aquellas épocas del año en que la hierba no estuviera lo suficientemente húmeda, y el canario no quiso ni imaginar lo que tendría que llegar a correr en caso de incendio un ser humano en unos territorios en los que continuaba sin distinguirse un solo accidente hasta donde alcanzaba la vista.

Lo primero que le llamó la atención del campamento fue la forma cónica de las viviendas, confeccionadas con lo que parecía ser piel de bisonte, y la mayoría de ellas vistosamente decoradas con extraños dibujos de un color rojo sangre o un negro intenso y brillante.

Calculó que todas menos una, considerablemente mayor y que debía de servir de punto de reunión de la tribu, tenían un diámetro de unos tres metros en su base y algo menos de altura, con un hueco en la parte alta en la que se entrecruzaban los palos que las mantenían en pie, y que era el lugar por donde salían las columnas de humo que lo habían alertado de su existencia.

Contó hasta quince, incluida aquélla en torno a la cual se agrupaban las demás, y se sorprendió al descubrir que apenas se advertía presencia humana por los alrededores.

Cuatro o cinco chicuelos se bañaban en el río, no lejos de donde un par de mujeres pescaban, mientras a escasa distancia de allí una tercera recogía lo que parecían ser bayas rojas, que iba depositando en un cesto que cargaba a la espalda.

Tardó en percatarse de que en la copa del árbol más alto había un muchacho sentado a horcajadas sobre una gruesa rama, oteando continuamente en todas direcciones.

Pero no consiguió distinguir ni a un solo guerrero.

De vez en cuando le llegaba, apagado por la distancia pero en cierto modo estridente, un extraño cántico, monótono y reiterativo, y al aguzar la vista llegó a la conclusión de que quienes lo emitían eran unas extrañas aves, bastante mayores que una oca pero de color gris muy oscuro, que se encontraban encerradas en un cercado de cañas.

La sotabarba, de un escarlata intenso, les colgaba como un flácido moco y parecían exhibirla con especial orgullo.

Permaneció varias horas agazapado, estudiando las escasas idas y venidas de los nativos, hasta que el muchacho del árbol sopló una especie de cuerno dejando escapar un sonido ronco y profundo con el que al parecer saludaba a un grupo de cazadores que se aproximaban desde el otro lado del río.

En esta ocasión no transportaban trozos de bisonte, sino varias aves y un par de venados, el mayor de los cuales lo cargaba a la espalda el prisionero blanco que había visto por primera vez en la laguna.

De inmediato, la vida se animó en el poblado; mujeres, niños y ancianos salieron al encuentro de los recién llegados, y, mientras las primeras se apresuraban a desplumar o desollar las piezas capturadas, los pequeños suplicaban con gestos a los recién llegados que los alzaran en brazos.

Al canario se le antojó que era aquélla una escena de lo más apacible y bucólica, salvo por el hecho de que su compatriota, si es que se trataba en realidad de un compatriota, acababa de ser maniatado y sujeto a una gruesa estaca que se alzaba bastante lejos de la orilla del río.

Advirtió cómo de inmediato se envolvía en una piel de bisonte y se dejaba caer, agotado, para quedar muy quieto, como si acabara de fulminarle un rayo.

Su imagen, sucio, desgreñado y cubierto de sangre, constituía la viva estampa de la desolación.

En el momento en que el sol comenzaba a iniciar su descenso hacia el horizonte, hizo su aparición un frío viento que calaba hasta los huesos, por lo que antes de cerrar la noche ya no se distinguía más ser humano que un nuevo muchacho, ahora envuelto en pieles, que había ido a sustituir al que vigilaba desde la copa del árbol.

Durante un largo rato se mantuvo, casi imperceptible, el resplandor del fuego en el interior de las «viviendas», pero al fin las tinieblas se adueñaron definitivamente del lugar.

Cienfuegos agradeció que fuera aquélla una noche en la que la luna se exhibía apenas como una leve mueca en el cielo, y comprendió que debía moverse cuanto antes si no quería quedarse allí clavado, a riesgo de morir de frío.

Reptó como un lagarto, sin hacer el menor ruido y deteniéndose a cada instante a prestar atención, por lo que necesitó casi una hora para llegar al punto en el que calculó que debía de encontrarse el hombre al que venía buscando, y si consiguió localizarlo en la oscuridad fue únicamente gracias a sus ronquidos.

Se arrastró hasta quedar a su espalda, lo abrazó con fuerza, le tapó la boca con la mano y le musitó al oído:

—¡Cristiano, no grites! ¡Soy cristiano!

El otro hizo un primer gesto de intentar zafarse, pero de inmediato se quedó muy quieto y en evidente tensión.

El gomero insistió:

—Soy cristiano y vengo a ayudarte. ¿Entiendes lo que te digo?

El infeliz asintió varias veces, y mientras sostenía el cuchillo en una mano, decidido a degollarlo al menor intento que hiciera de gritar, Cienfuegos aflojó la presión de la mano con la que le tapaba la boca, al tiempo que inquiría con un susurro:

—¿Español...? —Como percibió un nuevo gesto de asentimiento, añadió—: ¿Quieres que te saque de aquí?

Más que una respuesta lo que obtuvo fue un sollozo:

—¡Por Dios!

Se apresuró a cortarle las ligaduras y juntos comenzaron a arrastrarse de nuevo muy despacio y con idénticas precauciones que a la ida, hasta que alcanzaron la zona de hierba crecida.

Se alejaron entonces a toda prisa, aún inclinados, y tan sólo cuando no les cupo la menor duda de que resultaba absolutamente imposible que desde

el poblado los vieran o los oyeran, decidieron erguirse y echar a correr como si les fuera en ello la vida.

De hecho les iba, y sabiéndolo no se detuvieron hasta que la primera claridad se apoderó de la pradera, momento en que el cautivo se dejó caer de rodillas, completamente exhausto.

—¡Espera! —dijo implorante—. ¡No puedo más...! —Y cuando el canario se aproximó, le aferró las manos y comenzó a besárselas una y otra vez—. ¡Gracias, gracias! —exclamó entre lágrimas y sollozos—. Me has salvado la vida. ¡Más que la vida, porque aquello es un infierno!

—Aún no estás a salvo... —le recordó el cabrero—. Puede que nos sigan.

—Lo estoy por mucho que me sigan —fue la decidida respuesta—. Antes de que vuelvan a cogerme me corto las venas.

—¡No lo digas ni en broma! ¿Cómo te llamas?

—Silvestre Andújar.

—¡Vaya por Dios! —no pudo evitar comentar el gomero con una leve sonrisa burlona—. ¡Algo silvestre sí que pareces! ¿De dónde eres?

—De Cádiz. ¿Y tú quién eres y de dónde has salido?

—Me llamo Cienfuegos y he salido del mismo sitio que tú: del mar.

—¿Cienfuegos? —pareció sorprenderse el gaditano—. ¿No serás por casualidad el famoso grumete Cienfuegos que iba con Colón, al que llamaban Brazofuerte y que según cuentan fue el único que escapó de la matanza del fuerte de la Natividad?

—El mismo.

—¿Y qué haces aquí?

—Eso quisiera saber yo.

—¿Y dónde estamos?

—Confiaba en que tú me lo aclararas... —le hizo notar el cabrero tomando asiento a su lado.

—¿Yo...? —se asombró el llamado Silvestre Andújar—. ¿Y yo qué diablos puedo saber que no sepas tú? Veníamos buscando la isla de Bimini, pero hace tiempo que llegué a la conclusión de que ni esto es Bimini, ni mucho menos una isla.

—¿Eras uno de los tripulantes del Princesa del Mar?

—El contramaestre... ¿Cómo puedes saber que ése era mi barco?

—Encontré sus restos en la playa, y no creo que ningún otro barco cristiano haya llegado nunca a estas tierras. ¿Qué ha sido de tus compañeros?

La respuesta rezumaba absoluta sinceridad:

—No tengo ni la menor idea. Una tarde estaba haciendo mis necesidades entre unos arbustos cuando me dieron un golpe en la cabeza y no he vuelto a saber nada de ellos. Me cogieron cagando, y nunca mejor dicho.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos tres años.

—¡Dios sea loado! ¿Y has soportado tres años de esa vida?

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —replicó el infeliz Andújar encogiéndose de hombros—. ¡A la fuerza ahorcan! —Se puso cansinamente en pie al tiempo que señalaba—: Y es mejor que dejemos la charla para otro momento, porque conozco a esos cafres y me consta que son capaces de seguir el rastro de una lagartija sobre una roca. No nos dejarán marchar tan fácilmente.

El gaditano sabía muy bien de lo que hablaba, pues a media mañana pudieron comprobar que una veintena de diminutos puntos se movían en el horizonte avanzando directamente hacia ellos.

Aceleraron el paso todo lo posible, pero pronto resultó evidente que el agotado y maltratado Silvestre Andújar jamás conseguiría mantener el infernal ritmo que imponían unos salvajes que parecían haber nacido para correr por las praderas en persecución de sus presas, fueran hombres o bestias.

Al coronar una de las escasísimas ondulaciones del terreno y comprobar hasta qué punto habían perdido terreno, el ex cautivo se dejó caer de rodillas con gesto de profunda resignación al tiempo que exclamaba:

—¡Continúa tú que puedes! ¡Déjame el cuchillo y márchate!

—¿Estás loco? —se sorprendió el gomero—. Si quieren guerra tendrán guerra. ¡Vamos, ánimo! Al fin y al cabo apenas llegan a veinte.

—¿Y te parecen pocos? —se asombró el otro—. ¡Lo único que podría salvarnos es conseguir un pedazo de madera con que hacer fuego!

El canario se limitó a meter la mano en la bolsa que le colgaba del hombro con el fin de mostrarle un pedazo de yesca y pedernal al tiempo que le hacía notar:

—Con esto resulta mucho más sencillo, pero si le prendes fuego a esta maldita llanura vamos a terminar convertidos en chicharrones. Aquí no hay un solo lugar en el que refugiarse, y el fuego lo mismo abrasa a paganos que a cristianos.

El otro no respondió, limitándose a apoderarse de la yesca y el pedernal que se llevó a los labios para besarlos con tanto entusiasmo como si se tratara del mismísimo Santo Grial.

—¡No es eso! ¡No es eso! ¡Ven, corre, ayúdame! —pidió mientras comenzaba a arrancar la hierba a su alrededor con la desesperación de un poseso—. ¡Vamos! Tenemos que despejar toda esta zona y amontonar la hierba en el centro. ¡Date prisa!

—¿Pero para qué? —quiso saber Cienfuegos.

—No pierdas el tiempo y haz lo que te digo, por favor —fue el perentorio ruego—. Luego te lo explico.

Concluida la tarea, arrancada la hierba en un radio de unos diez metros y agrupada en el centro, el gaditano se apresuró a introducir las manos dentro del considerable montón de paja y golpear el pedernal con el fin de conseguir que saltaran las primeras chispas.

—Pero si enciendes fuego descubrirán dónde estamos —le hizo notar el canario en buena lógica.

—¡Eso ya lo saben...! —fue la respuesta—. Pero lo que no saben, aunque muy pronto lo descubrirán, es que tenemos fuego. ¡Menuda sorpresa!

Efectivamente, a los pocos instantes la pajiza hierba comenzó a arder, con lo que una pequeña columna de humo se alzó al cielo para inclinarse poco a poco en dirección este.

En cuanto las llamas ganaron en intensidad, Silvestre Andújar las regó con sus orines procurando esparcir el chorro de uno a otro lado sin concentrarlo en ningún punto.

—¡Mea, mea! —suplicó a su compañero de fatigas—. Humedece la hierba, pero sin apagar el fuego... ¡Venga! Haz lo que te digo y no discutas.

El cada vez más perplejo gomero lo imitó, pero no pudo menos que inquirir:

—¿Y qué demonios conseguiremos meándonos en el fuego?

—Que la paja se humedezca, con lo que el humo será negro.

—¡Ya! ¿Y eso para qué?

El otro se limitó a hacer un gesto hacia donde sus perseguidores parecían haberse detenido en su rápida carrera, al tiempo que señalaba:

—Ellos lo entienden, y eso es lo que importa.

Cuando la columna de humo, ahora mucho más oscura, se elevó suficientemente, Silvestre Andújar tomó la piel de bisonte con la que se cubría y, pidiendo al canario que la agarrara por el otro extremo, la situó a poco más de un metro sobre el fuego.

La mantuvo allí casi un minuto y de un solo golpe la apartó permitiendo que el humo que se había concentrado debajo surgiera de un solo golpe.

Repitió la extraña maniobra por tres veces; luego dejó la piel a un lado, cargó la ballesta, ató a la flecha un haz de hierba seca y la lanzó muy alta en dirección a los indígenas.

Por último, se sentó a observar los movimientos de sus perseguidores.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando el que parecía comandarlos clavó en el suelo una larga lanza de cuya parte posterior colgaba un vistoso penacho de plumas rojas y blancas.

A continuación, dio media vuelta y se alejó por donde había venido seguido por todos sus compañeros.

—¡Bien, hijos de puta! ¡Bien! —exclamó sin poder contenerse quien había sido su esclavo durante tres largos años—. ¡A tomar por el culo! ¡Así os pudráis en el infierno!

Cienfuegos, que se había acomodado junto a él a contemplar cómo sus perseguidores renunciaban a la caza para perderse de vista, vencidos y

cabizbajos, permitió que disfrutara a gusto de su innegable e incruenta victoria, antes de inquirir:

—¿Me explicarás ahora qué significado ha tenido todo esto?

El otro se volvió a mirarlo sonriente mientras asentía una y otra vez con la cabeza.

—Todos los indios de las grandes praderas cuentan con dos grandes aliados que son también sus dos mayores enemigos: el fuego y los bisontes —dijo—. Las inmensas manadas de bisontes, o búfalos, como ellos les llaman, les proporcionan comida, vestidos y pieles con las que construir sus viviendas. Sin embargo, cuando se asustan y provocan una estampida, lo arrasan todo a su paso, y cuando les apetece se marchan muy lejos, a terrenos que pertenecen a otras tribus, lo cual trae aparejado el hambre y en ocasiones la guerra.

—Se entiende al ver esas gigantescas manadas que serían capaces de alimentar a medio mundo.

—Los salvajes consideran a los bisontes el gran regalo de los dioses, al igual que el fuego que les permite cocinar sus alimentos y no morir de frío en invierno. Pero al mismo tiempo el fuego se convierte en su principal amenaza cuando la hierba de la llanura se encuentra, como ahora, reseca. Un incendio en estas inmensas praderas sin accidentes constituye una pesadilla, puesto que se prolonga por días, semanas e incluso meses, arrasándolo todo y ahuyentando la caza que puede no regresar en años.

—Eso también lo entiendo —reconoció por segunda vez el canario.

—Por eso, al encender un fuego que pudieran ver claramente les enviamos un primer mensaje: «Somos dueños del fuego». —El gaditano hizo una corta pausa antes de añadir—: Si la columna de humo es blanca significa que se viene en son de paz, a parlamentar, comerciar, participar en una fiesta o comprar esposas que lleven sangre nueva a la tribu. Pero, si el humo es negro, quiere decir que la intención es agresiva. El hecho de interrumpir varias veces la columna de humo con la piel indica que se está intentando contener a la bestia, pero que en cuanto se la deje en libertad arrasará con todo.

—¿Y la flecha?

—Que les estamos enviando un haz de hierba apagado, pero que del mismo modo se lo podríamos enviar encendido, con lo que el fuego los rodearía en cuestión de minutos y en ese caso no tendrían salvación. Es una especie de oferta de paz de alguien que demuestra estar bien preparado a la hora de hacer la guerra.

—Y evidentemente han elegido la paz.

—Tienen mucho que perder a cambio de la libertad de un simple esclavo. Por eso, durante todos estos años de cautiverio nunca me permitieron aproximarme al fuego, ni echar mano de nada que pudiera provocarlo. Saben perfectamente que en las praderas un solo hombre sin otra ayuda que el fuego es más peligroso que un ejército sin él.

El canario hizo un gesto hacia la lanza cuyas plumas destacaban sobre la hierba, e inquirió:

—¿Y ése es el símbolo de la paz?

—Y el límite de la frontera —asintió su acompañante—. La lanza indica que se comprometen a no pasar de ese punto, pero que si regresamos nos matarán; con fuego, representado por las plumas rojas, o sin él, representado por las plumas blancas.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más... —sentenció Cienfuegos al tiempo que extraía de su zurrón de piel unos trozos de carne que comenzó a asar aprovechando los rescoldos de la hoguera—. La verdad es que no tengo el menor interés en volver atrás, pero resulta evidente que esa supuesta frontera nos empuja indefectiblemente hacia el oeste.

—O hacia el norte.

—Odio el norte —fue la contundente afirmación—. Y tengo la impresión de que en esta maldita tierra, en invierno, el norte es algo parecido a lo que me contaba Ingrid que ocurre en Alemania: un frío de mil pares de cojones y nieve en cuanto te descuidas.

—Para frío y nieve en invierno no se necesita ir al norte —afirmó el gaditano, seguro de lo que decía—. Aquí mismo he visto nevar en más de cien ocasiones, y en cuanto sopla el cierzo te congelas.

—¿Y cuando nevaba también te obligaban a dormir al raso...? —quiso saber un impresionado gomero.

El otro tardó en responder, se llevó a la boca uno de los apetitosos bocados que se habían tostado, y al fin, como si le costara un gran esfuerzo admitirlo, señaló:

—Excepto cuando tenía que cumplir con alguna de las viejas.

Cienfuegos estuvo a punto de atragantarse, tosió, escupió lo que tenía en la boca y abrió unos ojos como platos al inquirir:

—¿Pretendes hacerme creer que...?

—¿... que no sólo me utilizaban como burro de carga, sino como garañón de ancianas? —concluyó el de Cádiz la pregunta—. ¡En efecto! Así ha sido.

—¡No puedo creerlo!

—¡Pues créelo! Y te garantizo que, salvo un par de viudas de mediana edad, el resto eran viejas brujas malolientes que tan sólo de verlas se me revolvía el estómago.

—¿Y en ese caso cómo podías cumplir con tan difíciles «obligaciones»?

—Cerrando los ojos, porque si no quedaban satisfechas me arañaban hasta hacerme sangrar. Pero por suerte eran ellas las que más se esforzaban.

—¿Qué quieres decir con eso de que eran las que más se esforzaban? —preguntó el gomero.

—Que en cuanto me cogían por su cuenta se lanzaban ansiosamente sobre lo que les interesaba, se lo metían en la boca, y se pasaban horas gimiendo y resoplando. Cuando ya no lograba contenerme, aunque lo que ellas querían era que aguantara el mayor tiempo posible, se embadurnaban con lo que habían conseguido sacarme y se marchaban tan contentas.

—¡La puta...!

—Todas ellas.

—Pero yo siempre había creído que esas prácticas aberrantes eran más propias de culturas sofisticadas y decadentes, que de pueblos primitivos.

—¡Pues te equivocas! —fue la rápida y convencida respuesta—. Allá en Cádiz se encontraban con frecuencia platos y vasos de tiempos muy antiguos, y te garantizo que en muchos de ellos se podía ver a las griegas y a las fenicias haciendo lo que tanto les gusta hacer a las indígenas de aquí.

—¡Joder...!

—No exactamente...

—¿Y te obligaban a hacerlo a menudo?

—Lo normal era dos o tres veces por semana, pero nunca en vísperas de salir de caza. Los hombres se lo impedían porque si me tenían toda la noche en danza al día siguiente no podía ni con mi alma. —Silvestre Andújar hizo una corta pausa para añadir enseguida—: En realidad, cuando tienen que salir en busca de las grandes manadas ni siquiera los guerreros tocan a sus mujeres porque están convencidos de que los bisontes perciben su olor y se espantan.

—¡Qué estupidez!

—Tan estúpido como no probar la carne en días de abstinencia aunque te estés muriendo de hambre... —fue la tranquila respuesta—. Cuestión de costumbres.

—También es verdad, aunque yo jamás he respetado ese precepto.

Habían terminado de comer y se encontraban demasiado cansados para reiniciar un camino que no los conduciría a parte alguna, por lo que se tumbaron a descansar de cara al cielo, momento que el gaditano aprovechó para inquirir:

—¿Y tú cómo es que estás aquí? En Santo Domingo se hablaba de ti como de un personaje de leyenda, pero todos te hacían retirado desde hacía años en una isla de las costas de Cuba.

—Y así era.

—¿Entonces...?

El canario le hizo un breve relato de los acontecimientos que habían tenido lugar desde la noche en que había salido a pescar hasta aquella otra en que lo había rescatado en el poblado, por lo que su acompañante no pudo menos que lanzar un sonoro silbido.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó—. Te picó un pez venenoso. ¡Eso sí que es mala suerte!

—La peor.

—Sin embargo, personalmente me alegro de que así fuera porque de lo contrario hubiera seguido en poder de esos malditos degenerados hasta que ya no sirviera ni para mascar cueros.

—¿Mascar qué...?

—Cueros, ¡pieles! Las mujeres y yo nos pasábamos horas mascando pieles de búfalo porque mordiéndolas quedan muy suaves y flexibles. Debido a ello, a partir de los treinta casi ninguna mujer conserva la dentadura.

—¿Y te obligaban a hacerlo?

—No me importaba. Mascar pieles de búfalo mata el hambre y, como me lo tomaba con calma, de momento conservo todos los dientes.

—¡Dios, lo que has debido de pasar...!

—¡No lo sabes tú bien...!

Continuaron charlando hasta que se les cerraron los ojos, y al poco rato ambos dormían, lo que a decir verdad buena falta les hacía.

A Cienfuegos le llamaba poderosamente la atención el hecho de que su compañero de viaje pasara gran parte del tiempo arrancando manojos de hierba de los que mordisqueaba las puntas, para arrojarlos luego como una especie de incontrolable tic nervioso.

Cuando no pudo contenerse por más tiempo y se decidió a interrogar al gaditano sobre tan curiosa manía, éste se limitó a responder como si se tratara de la cosa más natural del mundo:

—Lo hago por las sales.

—¿Las sales? —se sorprendió el gomero—. ¿Qué clase de sales?

—Las que se encuentran en las puntas de las hojas —señaló—. Todo el mundo sabe que las plantas crecen gracias al agua y a las sales que contiene la tierra, y todo el mundo sabe, de igual modo, que si no tomamos una cierta cantidad de esas sales, nos debilitamos y podemos acabar enfermando.

—¡Pues lo sabrá todo el mundo, pero yo no tenía la menor idea de que si no tomamos sales podemos enfermar! —confesó el canario—. ¿Estás seguro de eso?

—Completamente. En mi tierra se le proporciona sal al ganado para que se críe fuerte porque de lo contrario se queda raquítico —fue la explicación—. Tú y yo y todos los que hemos nacido cerca de la costa condimentamos los alimentos con sal común y por eso tenemos toda la que el cuerpo necesita. Pero aquí es distinto; aquí las únicas sales que se consiguen provienen de la hierba, y por eso debemos masticarla. —Le tendió un puñado que acababa de arrancar y le indicó que se la llevara a la boca

mientras añadía—: Te aconsejo que empieces a acostumbrarte, o dentro de unos meses no podrás con tu alma.

El gomero se detuvo, masticó las hojas, meditó unos instantes y al fin escupió, asqueado, un líquido verdoso y amargo.

—¡Sabe a demonios! —exclamó—. Y no noto la sal por ninguna parte.

—Al sabor acabas por acostumbrarte —fue la tranquila respuesta—. Y las sales no se notan porque la cantidad es mínima. Por eso hay que masticar mucha hierba.

—¿Y quién te ha dicho que esta hierba tiene sales si no se nota? —quiso saber el gomero, evidentemente incrédulo.

—Los bisontes.

—¿Los bisontes? —repitió Cienfuegos estupefacto—. ¿Acaso hablan?

—No, pero si viven tan lejos del mar y se alimentan únicamente de hierba, pero pese a ello se encuentran gordos, fuertes y lustrosos, debe de ser porque extraen la sal de su única fuente de alimentos: la hierba. Los indios también lo saben.

—¿Y también mastican hierba?

—Únicamente aquellos que no consiguen auténtica sal, que por estos lugares es muy escasa y se paga cien veces más cara que el maíz.

—Ver para creer, pero cierto es que más sabe el tonto en su casa que el listo en la ajena, y si los bisontes y los indios comen hierba, hierba comeremos —puntualizó Cienfuegos arrancando un manojito que se llevó de inmediato a la boca al tiempo que inquiría—: ¿Qué otras cosas tengo que aprender para conseguir mantenerme con vida en estas tierras?

—Las aprenderás con el tiempo, no tengas prisa —repuso Silvestre Andújar con una leve sonrisa de suficiencia—. Pero lo primero que debes tener muy presente es que aquí las dimensiones del territorio nada tienen que ver con lo que nosotros conocemos. Todo es infinitamente más grande.

—Ya había empezado a darme cuenta.

—Pues métetelo en la cabeza y no lo olvides. Si un buen corredor saliera por la mañana de Cádiz llegaría ese mismo día a Sevilla, y tal vez a Córdoba al siguiente. Pero podría estar corriendo sin parar dos semanas por estas malditas praderas y tener la impresión de que no se ha movido del

mismo lugar. Si Cristóbal Colón conociera estos territorios jamás se le pasaría por la cabeza esa ridícula idea de que la Tierra es redonda y que se puede llegar al este por el oeste.

El canario no pudo menos que detenerse y observar desconcertado a su interlocutor, que se volvió a su vez para dirigirle una interrogativa mirada.

—¿Te ocurre algo? —quiso saber.

—Me sorprende que consideres ridícula la teoría de que la Tierra es redonda —fue la respuesta—. Antes también yo lo dudaba, pero ahora estaba convencido de que ya la mayoría de la gente aceptaba que es así.

—¿Aceptar? —se escandalizó Silvestre Andújar dejando escapar una corta carcajada a la par que indicaba con un amplio ademán cuanto lo rodeaba—. ¡No me hagas reír! ¡Aquí quisiera ver yo a ese estúpido almirante de la Mar Océana y los cojones verdes! ¡Mira hasta donde alcanza la vista en todas direcciones: llano, llano, llano...! Miles de millas de praderas más planas que una mesa, y que se prolongan hasta el confín del mundo. Según las teorías de ese cretino, yo tendría que haberme topado con un montón de chinos hace años, pero lo único amarillo que he visto es la hierba en verano.

—En eso puede que tengas razón —admitió el canario—. Hace diecisiete años que salí de la Gomera y aún no he visto un solo chino. ¡Y mira que he viajado...!

—Porque los chinos están al otro lado del mundo, al este —sentenció el de Cádiz—. Las cosas están muy claras: la Tierra es plana y empieza donde nace el sol y donde toda la gente es amarilla; luego continúa por Europa, donde somos blancos, y por África, donde son negros, para terminar aquí, donde son rojizos. Y te aseguro que ninguno de estos dichosos indios con que he hablado, y son muchos, tiene la menor idea de que puedan existir hombres amarillos al final de estas planicies, que, según ellos, no acaban nunca.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¡Dios bendito! —se lamentó el canario—. ¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Seguir caminando hasta que nos hagamos viejos o hasta que

esos malditos pieles rojas nos capturen y nos conviertan en esclavos?

—¡Piel roja! —exclamó de inmediato el gaditano—. ¡Oye, suena bien eso, y lo describe perfectamente! ¡Un piel roja! ¿De dónde lo has sacado?

—Se me acaba de ocurrir... —fue la sincera respuesta—. Tú has dicho que son rojizos, y un tipo rojizo es el que tiene la piel roja. ¿O no?

—Visto así... —admitió el otro—. Y a mi modo de ver resulta una denominación mucho más apropiada que «indio», porque, para mí, indios son los que han nacido en la India, que, como ya hemos visto, queda para el otro lado del planeta. De ahora en adelante a éstos los llamaremos pieles rojas.

Esa tarde, mientras pescaban a la orilla de un idílico arroyo por, el que serpenteaban mansamente unas aguas que tenían que recorrer miles de kilómetros hasta alcanzar el mar, si es que algún día conseguían alcanzarlo, el canario Cienfuegos y el andaluz Andújar parecían haber llegado a la indiscutible convicción de que la Tierra volvía a ser plana, y que comenzaba en el país de las pieles amarillas, allá en el este, para concluir en el país de las pieles rojas, acá en el oeste.

Según los elementos de que se disponía en aquellos tiempos, nadie podría defender a ciencia cierta una teoría diferente, visto que resultaba evidente que incluso el Almirante había errado en sus cálculos de forma harto escandalosa. Si bien la Tierra era, en efecto, redonda, Colón la consideraba muchísimo menor de lo que era en realidad y siempre había asegurado que China se encontraba a la altura de la actual Centroamérica, sin tener en cuenta que el océano Pacífico, que separa América de Asia, ocupa exactamente la tercera parte de la circunferencia de la Tierra a todo lo largo del Ecuador.

Ni al cabrero ni al gaditano se les podía pasar por la mente el hecho de que desde donde se hallaban en aquellos momentos —aproximadamente lo que hoy día viene a ser el estado norteamericano de Kansas— hasta el punto en que podrían encontrar al primer individuo genuinamente chino, se extendía un poco menos de la mitad de la superficie del globo.

Se habían convertido, sin saberlo y mucho menos desearlo, en los seres humanos más alejados de su lugar de nacimiento que habían existido desde la creación del mundo, exceptuando quizás al mítico explorador Marco Polo.

Y, desde luego, los más desorientados.

—De lo único de lo que estoy seguro —señaló Silvestre Andújar mientras se disponían a asar los peces que acababan de capturar— es de que estos jodidos pieles rojas de las praderas se dividen en tres grandes familias: los dakotas, los lakotas y los nakotas, cuya lengua es bastante similar, y que en conjunto forman lo que ellos llaman el pueblo sioux, que viene a ser algo así como «los amigos», aunque otros los denominan los *nataweisewak*, que quiere decir «los hombres serpiente». Por lo que he podido averiguar, tienen parientes que viven a dos meses de camino en casi todas las direcciones, lo cual te podrá dar una idea de cómo puede ser de grande este maldito territorio. Es como si yo tuviera primos en Rusia o en Egipto.

—No tengo idea de dónde queda Rusia, ni mucho menos Egipto... —reconoció con absoluta sinceridad el gomero—. Pero supongo que deben de estar en el quinto carajo.

—Más o menos... —fue la respuesta—. Por eso nunca dejo de preguntarme qué tamaño tiene el lugar al que hemos ido a parar. Cada once meses me cambiaban de dueños porque sus leyes ordenan que un esclavo que viva en el mismo pueblo durante las cuatro estaciones del año se convierte automáticamente en parte de ese pueblo, y para impedir que los esclavos obtengan ese derecho los muy cabrones se los intercambian cuando está a punto de cumplirse el plazo.

—¡Hijos de puta!

—Hecha la ley, hecha la trampa. He vivido con tres de los siete grandes grupos o bandas en que se dividen los dakotas: «los que disparan entre las hojas», «los del pez que vino de la tierra», y estos últimos, los *tetonwan*, o sea, «los que viven en las llanuras», y de todos ellos he aprendido que las praderas son infinitas.

—Nada es infinito... —sentenció Cienfuegos, seguro de lo que decía—. De hecho, las praderas empiezan en el mar por el que llegamos, y estoy

convencido de que terminarán en alguna parte.

—Ellos no tienen ni la menor idea de dónde se encuentra ese final.

—Pero resulta evidente que no lo saben porque son gentes muy primitivas que aún cazan con flechas de piedra, lo cual significa que tampoco conocen el uso de los metales y apenas practican la agricultura en un lugar en el que sobra el agua y la tierra. Incluso mi abuelo, que era un guancho salvaje, estaba más civilizado que estos brutos.

—¿Y para qué demonios van a practicar la agricultura si entre los ciervos, las aves y los perrillos de las praderas no hay manera de que nada llegue a la época de madurar? —fue la lógica pregunta—. Aparte de que casi nunca se detienen en el mismo sitio el tiempo suficiente para recoger una cosecha, porque andan siempre en pos de las manadas de bisontes. Les encanta el maíz, pero se lo traen de muy lejos y les resulta más práctico cambiarlo por pieles o carne seca que plantarlo ellos mismos.

—¡Bueno...! —admitió Cienfuegos—. Está claro que estos jodidos pieles rojas están aún muy atrasados, pero al menos no son caníbales. —Observó con atención a su acompañante al añadir—: Porque no lo son, ¿verdad?

—¡En absoluto! Sin embargo, a los tres o cuatro años de que se les haya muerto un pariente regresan al cementerio donde han dejado el cadáver sobre unas parihuelas, siempre en alto para que no lo alcancen los coyotes, lo incineran y se beben las cenizas disueltas en agua porque consideran que de ese modo recuperan las virtudes que tuvo en vida.

—¿Y si no tenía virtudes?

El otro se detuvo en su tarea de devorar una sabrosa trucha y lo miró perplejo.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió amoscado.

—Que conozco pocos difuntos cuyas virtudes me gustaría heredar —dijo el canario—. A ese respecto creo que tan sólo me apetecería beberme las cenizas de Alonso de Ojeda, al que espero que Dios conserve la vida por mucho tiempo.

—¡No me hables de Ojeda! —se lamentó el otro—. Estuve a punto de enrolarme con él cuando lo nombraron gobernador de Coquibacoa, pero a

última hora el puñetero Dorantes me convenció para que emprendiéramos esta estúpida aventura de encontrar la Fuente de la Eterna Juventud.

—¿Asdrúbal Dorantes?

—El mismo. ¿Lo conocías?

—No, pero me tropecé con su tumba.

—Le picó una cascabel y no hubo manera de salvarlo. Era un buen muchacho y nos conocíamos desde niños, pero nunca le perdonaré que me metiera en este lío.

—Cualquier cosa es mejor que estar muerto —sentenció el gomero—. Y nadie se mete en esta clase de líos a no ser que se encuentre predisposto a ello.

—Yo tenía razones más que suficientes para estar predisposto —fue la tranquila respuesta.

—¿Por qué?

—Porque mi padre era un buen hombre que comerciaba con todo cuanto se puede comerciar en un puerto como el de Cádiz, pero tenía seis hijos con su esposa legítima y ocho bastardos con dos mujeres de servicio. Excuso decirte que yo era uno de los bastardos, el más pequeño, por lo que siempre era el que acababa recogiendo todas las bofetadas que se perdían por nuestro inmenso caserón del puerto, que solían ser muchas... —Silvestre Andújar escupió los tallos que masticaba para añadir luego—: Lo mejor que hizo mi padre por mí, aparte de engendrarme, cosa de la que no estoy demasiado seguro de si ha sido bueno o malo, fue obligarme a asistir a las clases que impartía un cura que venía tres veces por semana a desasnar a los catorce «frutos de la pasión», como le gustaba llamarnos, por lo que algo aprendí, aparte de a leer y escribir.

—Yo no aprendí a leer hasta que era un hombre... —confesó Cienfuegos—. Y eso gracias a Juan de la Cosa, el cartógrafo, que también me enseñó a contar, porque hasta ese día ni siquiera era capaz de calcular con exactitud cuántas cabras cuidaba.

—¿Y cómo sabías si se te había perdido alguna?

—Las conocía a todas por su nombre. Y además al amo nunca le preocupó cuántas tenía allá arriba, en el monte, y por eso tampoco me

preocupaba demasiado.

—No me parece una buena manera de administrar una hacienda... —comentó el gaditano—. Sin embargo, mi padre era un astuto negociante y un magnífico administrador, por lo que dejó una cuantiosa herencia que se repartieron entre los hijos legítimos, que a la semana de enterrarlo nos pusieron a los bastardos de patitas en la calle.

—¿Aun a sabiendas de que erais hermanos? —se asombró el gomero.

—Razón de más. Echaron de casa a sus hermanos y a las madres de sus hermanos porque siempre se ha dicho que la venganza es un plato que debe comerse frío y la señora de la casa, doña Filomena, debió de pegarse un buen hartón tras más de un cuarto de siglo de celos y rencores... —El andaluz abrió los brazos en un expresivo gesto que parecía querer abarcarlo todo, para concluir—: Por eso te he dicho que estaba predispuesto a meterme en líos. A los seis meses, Asdrúbal Dorantes me convenció para que nos embarcásemos en busca de fortuna y nuevos horizontes, y no puedo quejarme: no encontré fortuna, pero sí infinidad de nuevos horizontes.

—Para dar y tomar, sin duda alguna. Aunque siempre el mismo.

—Y lo peor del caso es que cuando emprendes la gran aventura no te detienes a pensar que detrás de esos nuevos horizontes tal vez no existan más que otros nuevos horizontes, porque, al igual que suele ocurrir con las esperanzas, acaban por convertirse en puro espejismo.

El canario Cienfuegos clavó la vista en la línea recta, como trazada con una regla, que diferenciaba el amarillo verdoso de la hierba del azul del cielo, y que se extendía hacia los cuatro puntos cardinales, y acabó por lanzar un resoplido que podía significar cualquier cosa menos satisfacción, para comentar como si hablara consigo mismo:

—Uno de mis maestros, el converso Luis de Torres, que al parecer había acabado por abrazar el cristianismo por miedo a que lo encerraran, me confesó en cierta ocasión que la peor cárcel es la que no tiene barrotes, ya que nunca puedes escapar de ella. En aquel tiempo lo achaqué a que para un converso la peor cárcel sería siempre su conciencia, pero ahora empiezo a creer que había estado aquí, y que por lo tanto sabía que nadie escapará jamás de las grandes praderas.

Probablemente incluso el propio gomero creía estar exagerando, pero lo cierto era que, en efecto, desde el punto en que se encontraban, la implacable cárcel sin barrotes se prolongaba en un radio de más de mil kilómetros en línea recta en cualquier dirección que se eligiese.

Se movía con extraordinario sigilo, como una serpiente o un puma al acecho, sin respirar apenas, y calculando cada uno de sus gestos con el fin de que no se agitara una hoja a su paso ni se tronchara una raíz bajo sus pies.

El bosque era espeso, la noche oscura, y el rápido fluir de la corriente que se deslizaba a escasos metros de los primeros árboles acallaba cualquier rumor, contribuyendo a que le resultara aún más sencilla la tarea de aproximarse a la confiada presa que dormía sobre un lecho de ramas.

Aun así, el intruso empleó largos minutos en dar los cuatro últimos pasos que le separaban de su víctima, y tan sólo cuando estuvo absolutamente seguro de que no podía fallar alzó el arma con el fin de descargarla con toda la fuerza de que era capaz.

Pero el hacha de piedra no alcanzó su destino; una mano de hierro la detuvo en el aire para quebrar el brazo que la empuñaba con la misma sencillez que si se hubiera tratado de una caña seca.

Un aullido de dolor se deslizó sobre los matorrales para cortarse casi de raíz en el momento mismo en que Cienfuegos le propinó al desconocido y sigiloso merodeador un golpe seco que le derribó como abatido por un rayo.

Siguió un largo silencio.

Al fin llegó, apenas poco más que un susurro, la inquieta voz de Silvestre Andújar:

—¿Cienfuegos...?

—¿Sí...?

—¿Qué ha sido eso?

—Me ha atacado un salvaje.

—¿Qué clase de salvaje?

—Ni puta idea, pero debe de ser casi un niño porque no ha resistido ni un solo cocotazo.

—¿Lo has matado?

—Creo que no.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Esperar a que amanezca.

—¡Mierda!

El resto de la noche se les antojó demasiado larga, sentados espalda contra espalda, con todos los sentidos alerta y las armas en la mano junto al cuerpo de un semidesnudo muchacho que se había sumido en un profundo sueño del que no parecía tener la más mínima intención de despertar.

Y es que un puñetazo en la nuca de quien en un tiempo llamaron muy acertadamente Brazofuerte, era como para no volver a levantar cabeza en varias horas.

Les llegaron confusos rumores, y por tres veces se repitió el canto de un búho a unos cien metros de distancia.

—Sioux... —musitó el andaluz—. Ésa es su señal de llamada.

—¡Ya!

Continuó la tensa espera, pero no ocurrió nada hasta que el alba decidió que había llegado el momento de barrer de la faz de la tierra a sus eternas enemigas, las tinieblas.

Las fue alejando como si soplara sobre ellas con el fin de que ocupara su lugar una glauca claridad de imprecisos contornos que, minuto a minuto, fue dando forma a los copudos árboles y a la parda maleza, para concluir por extraer los más brillantes colores a las miles de flores que crecían en el profundo bosque.

Tan sólo entonces pudieron observar a sus anchas al durmiente, que no aparentaba tener, en efecto, más de diez o doce años.

—¡País de locos! —masculló un furibundo Cienfuegos—. ¿A quién se le ocurre semejante pendejada?

—A un cretino que pretende ganarse el honor de ser considerado un gran guerrero antes de tiempo.

—Por poco lo desnucó.

—Y le has dejado el brazo hecho un Cristo.

—Suerte ha tenido que no le quebrara el cuello de igual modo —señaló el gomero—. Pues a punto he estado.

—¡Allí se mueve algo!

Prestaron atención, se alzaron atisbando sobre la maleza y al poco pudieron advertir que, en efecto, cinco guerreros avanzaban con infinitas precauciones por entre los arbustos.

Cienfuegos alzó al muchacho en brazos, como si se tratara de una pluma, y se encaminó con él hacia la cercana orilla del río, hasta un abierto playón en el que depositó su carga en el suelo para desenvainar a continuación el ancho machete que colocó sobre el cuello del durmiente.

Silvestre Andújar le siguió, se situó a su izquierda y aguardaron a que los indígenas abandonaran a su vez la maleza.

—Adviérteles que el chico está bien, pero que le cortaré la cabeza al menor movimiento sospechoso —puntualizó el canario—. No acostumbro a matar niños, pero fue él quien empezó este lío.

El gaditano tradujo sus palabras y los nativos se detuvieron a unos diez metros de distancia; al parecer, no sólo se encontraban confusos, sino también impresionados por el sorprendente aspecto de los dos barbudos extranjeros, y, sobre todo, por el machete que uno de ellos empuñaba con fuerza.

Resultaba evidente que jamás habían visto un arma tan afilada y reluciente.

Cuchichearon entre sí y, al fin, el que parecía comandarlos, un hombretón inmenso, que más se asemejaba a un oso que a un ser humano, señaló:

—Éste es territorio dakota, y quien penetra en él sin nuestro permiso debe morir. Es lo que ordena la ley.

—Venimos desde muy, muy lejos, viajamos en son de paz, y lo que esperábamos era que se nos recibiera con hospitalidad, no intentando asesinarlos en plena noche.

—Nadie avisó de vuestra llegada.

—No encontramos a nadie a quien avisar.

—Las señales de humo se distinguen a gran distancia —hizo notar el malcarado gigante—. Y no hemos visto ninguna que mostrara el humo blanco que indica la paz.

Silvestre Andújar dudó, tradujo al canario la conversación con intención de ganar tiempo y, por último, mintió con absoluto descaro:

—Provenimos de un lugar, más allá de los mares, donde nada se sabe de señales de humo que avisan de la presencia de los viajeros.

—Más allá de los mares no hay nada.

—Lo hay; un país tan grande y hermoso como el vuestro.

—¿Y matan allí a los niños?

—Únicamente a los que tienen intención de matar a quien duerme —fue la firme respuesta del andaluz, que luego añadió—: Si os comportáis de ese modo es porque no debéis pertenecer a la pacífica familia de los dakotas del noble pueblo sioux, sino probablemente a la abominable tribu de los comanches.

Le respondió un rugido, como si aquel nombre tuviera la virtud de exacerbar a los guerreros, que optaron por apartarse unos metros para cuchichear entre sí, aunque sin perder ni por un instante de vista a sus enemigos.

Al fin, el que hasta entonces había hablado, se aproximó de nuevo y señaló:

—No podemos dejaros atravesar nuestro territorio, a no ser que uno de vosotros me venza luchando en un *sakcsawua*. Si lo consigue sois libres; en caso contrario, os convertiréis en esclavos.

—¿Y qué hay de la vida del muchacho?

—Es mi hijo, y por lo tanto lloraré su muerte durante años, pero desobedeció mis órdenes; fue imprudente, y las desobediencias y las imprudencias se pagan. —Alzó la mano en lo que parecía ser una firme promesa y añadió—: Pero si lo matáis, no seréis esclavos; seréis cadáveres.

Cuando el gaditano hubo traducido la propuesta, Cienfuegos no pudo menos que inquirir:

—¿Qué es eso de un *sakcsawua*?

—Una lucha a muerte pero sin armas.

—¿A muerte sin armas? —se asombró el canario—. ¿Cómo es posible?

—Porque todo está permitido: golpes bajos, mordiscos, arañazos e incluso sacarse los ojos. ¡Fíjate en las uñas de esa bestia! Las lleva tan largas y afiladas como las de un jaguar, porque se las endurece con resina. ¡Y mira sus cicatrices! Está claro que es un experto en ese tipo de lucha, y me juego la cabeza a que ha matado a más de un infeliz sin arma alguna.

—¿Has asistido a alguna de esas peleas?

—Sólo una vez, y acabé vomitando porque se trata de la bestialidad más repugnante, cruel y salvaje que nadie pueda imaginar.

—¿Vomitando?

—¡Hasta mi primera papilla!

—¡Vaya por Dios! Eso me recuerda a Vasco Núñez de Balboa, un pendenciero borrachín que rondaba por las tabernas de Santo Domingo. Era el tipo más guarro del mundo. —El gomero se encogió de hombros al tiempo que señalaba—: Si, como aseguras, todo está permitido, dile a esa mala bestia que lucharé con él.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Creo que más loco estaría si nos enfrentáramos a cinco arqueros capaces de atravesar a un bisonte a cincuenta pasos de distancia —fue la hasta cierto punto lógica respuesta—. En ese caso no tendríamos escapatoria.

—En eso puede que tengas razón.

—¡Naturalmente que la tengo! Son más, están mejor armados y por lo tanto no hay nada que hacer. O sea que pídeles que vuelvan dentro de un rato porque ahora mismo tengo hambre y no me gustaría morir con el estomago vacío.

Podría creerse que semejante aseveración superaba en mucho la capacidad de entendimiento del gaditano, que tras agitar repetidas veces la cabeza como si temiera haber oído mal, barboteó apenas:

—¿Pretendes hacerme creer que tienes hambre en un momento tan delicado como éste?

—De lobo.

—¡Pero bueno! Ese animal pretende matarte, y a ti lo único que se te ocurre es que quieres comer —se asombró el andaluz, que continuaba sin dar crédito a sus oídos—. ¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Pero sí del estómago, y te recuerdo que son cosas distintas e independientes que van cada una a su aire... —Hizo un despectivo gesto hacia los nativos, al tiempo que insistía con una amplia sonrisa que dejaba a la vista su envidiable dentadura—: ¡Anda! Promételes a esos mendrugos que si me dejan desayunar en paz atenderé sus justas demandas a su debido tiempo.

Silvestre Andújar apenas acertó a traducir como buenamente pudo lo que su compañero de viaje le había pedido, de tal modo que se vio obligado a repetirlo con el fin de que los perplejos nativos acabaran por asumir que el extraño personaje de la larga barba y los cabellos rojos que había tomado asiento sobre el trasero del muchacho inconsciente y comenzaba a devorar con evidente apetito un enorme pedazo de carne ahumada parecía dispuesto a morir, pero con la tripa llena.

Se alejaron por la orilla del río discutiendo entre ellos, evidentemente preocupados por el hecho de que alguien pudiera hacer semejante exhibición de sangre fría cuando se encontraba a las puertas del más brutal y despiadado de los combates.

Perteneciendo como pertenecían a una raza obligada por sus milenarias costumbres a mostrarse hierática e impasible tanto frente a la felicidad como a la adversidad, no concebían que pudiera existir un ser humano que sonriera de oreja a oreja, bromeara despreocupadamente y se atiborrara de tasajo ante la perspectiva de morir.

La idea de que estuviera mal de la cabeza les inquietaba porque ni el más experimentado luchador era capaz de predecir las reacciones de un loco en mitad de una contienda.

—¿Realmente estás loco o tan sólo lo aparentas? —inquiría en esos mismos momentos Silvestre Andújar tomando asiento frente a su amigo.

—Si estuviera loco es evidente que yo sería el último en saberlo —fue la humorística respuesta—. Enfrentarme a un guerrero de ese tamaño, con las uñas que tiene, y que sin duda conoce todos los trucos de esa jodida

forma de pelear no es plato de gusto; por lo tanto, lo primero que tengo que hacer es conservar la calma y analizar mis alternativas. ¿Qué suelen hacer en estos casos?

—Lo primero lanzar una lluvia de patadas a la entrepierna.

—¡Bien! Me protegeré los huevos vendándomelos a conciencia, y no estará de más que coloque en esa venda una buena piedra. ¡Tal vez se lleve una sorpresa! ¿Qué más?

—Intentaré clavarte las zarpas y sacarte los ojos.

—Estaré atento. ¿Qué más?

—Si te has fijado habrás notado que se ha limado los colmillos, lo cual quiere decir que en cuanto pueda intentará morderte la yugular para que te desangres.

—¡Hijo de la gran puta! —protestó el impresionado canario—. ¡Eso sí que es jugar sucio!

—Ya te he advertido que la esencia del *sakcsawua* se basa en que absolutamente todo está permitido. —El andaluz le hizo un significativo gesto apuntándole con el dedo directamente a los ojos y puntualizó—: Ten presente que si dudas un solo instante, si no haces algo, por brutal que te parezca, porque consideras que estás obrando contra tus más sagrados principios, eres hombre muerto. ¡Aquí no hay principios ni moral que valgan! O matas o mueres.

—Lo tendré en cuenta.

—Más nos vale, porque si pierdes me cortaré las venas. No quiero pasar el resto de mi vida como esclavo, o sea que no te estás jugando una vida, sino dos.

En esos momentos el muchacho lanzó un corto lamento e hizo intención de moverse, por lo que el gomero se limitó a propinarle un seco papirotazo que le sumió de nuevo en el mundo de los sueños.

—¡Jodido mocososo! —masculló furibundo—. ¡Mira la que has armado!

—¿Me lo llevo por delante si las cosas se ponen feas? —quiso saber el gaditano.

—¿Para qué? He hecho muchas cosas incorrectas a lo largo de mi vida, pero cargarse a un crío no es una de ellas y no creo que sea momento de

empezar.

—Es que el muy cabrón quería matarte. De noche y a traición.

—¿Y qué otra posibilidad le quedaba? —argumentó el cabrero en buena lógica—. No creo que fuera tan imbécil como para intentarlo de día y cara a cara.

—La verdad es que con excesiva frecuencia me desconciertas... —admitió Silvestre Andújar en un arranque de sinceridad—. Estamos sentados aquí, hablando de tonterías, cuando es muy posible que esta misma noche estemos muertos.

—No conozco a nadie que haya sobrevivido un minuto más de lo que tenía marcado por el hecho de que su último día lo dedicara a decir cosas profundas, altisonantes o trascendentes —fue la respuesta—. A la muerte, todas esas bobadas le saben a mierda; cuando decide llevarte con ella te lleva y a tomar por culo.

—En eso estoy totalmente de acuerdo.

—¿Entonces...? ¿A qué viene darle más vueltas?

El gigante, que no vestía más que un minúsculo taparrabos, se había recogido la larga melena en una especie de moño alto y se había embadurnado de grasa de pies a cabeza, lo que le confería un aspecto aún más impresionante, si es que ello era posible, e indicaba, al primer golpe de vista, que resultaría harto difícil aferrarse a él.

—¡Este cabronazo se las sabe todas! —señaló Cienfuegos pasándole el dedo por el pecho y dejando escapar una corta carcajada, sin cesar ni por un instante de sonreír puesto que había llegado a la conclusión de que el humor era lo único que tenía la virtud de poner nervioso a su enemigo—. Dile que más parece un ciervo a punto de ser asado que un valiente guerrero dispuesto a enfrentarse a la muerte. ¡Y que esta grasa está rancia y apesta a demonios!

—¡Lo vas a cabrear aún más! —le advirtió el andaluz.

—¡De eso se trata! —fue la tranquila respuesta—. El capitán Alonso de Ojeda aseguraba que había despachado a más enemigos a base de

provocarles una furia ciega, que con su diabólica habilidad con la espada. El muy jodido era tan certero y mordaz en sus comentarios burlones que sacaba de quicio a sus contrincantes, hasta el punto de que les he visto echar espumarajos por la boca.

—Espero que sepas lo que haces.

—Si lo supiera no estaría en estos momentos aquí, sino con mis mujeres y mis hijos —fue la rápida respuesta—. ¡Pero vayamos a lo que importa! —Le guiñó pícaramente un ojo al hercúleo guerrero mientras exclamaba con la mejor de sus sonrisas—: ¡A ver, caraculo, demuéstreme lo que sabes hacer!

Lo que sabía hacer era lanzar una lluvia de patadas y zarpazos, pero a la tercera intentona, cuando su dedo gordo tropezó violentamente contra la laja de piedra con que el gomero había protegido sus partes íntimas, lanzó un rugido de dolor, por unos instantes saltó a la pata coja y pareció desconcertarse aún más cuando su enemigo le hizo un significativo gesto con las dos manos ahuecadas como queriendo indicarle, sin necesidad de traducción, que allí abajo tenía un par de cojones muy bien puestos.

El piel roja tardó un par de minutos en reaccionar, rugió como un toro en celo, y se lanzó ciegamente al ataque intentando atrapar al gomero entre sus brazos con el fin de clavarle las afiladas uñas en la espalda y acabar por quebrarle las costillas.

Contra lo que cabía esperar, el cabrero no hizo intención de esquivarle o rehuir la lucha cuerpo a cuerpo, sino que permitió que se estrechara firmemente contra su pecho; pero en el momento en que se encontraban a tan sólo unos centímetros de distancia y el indígena le mostró los dientes con evidente intención de morderle el cuello, se metió los dedos en la boca provocándose una arcada con el fin de arrojarle en pleno rostro a su enemigo un chorro de verdes y malolientes vómitos.

La sorpresa del dakota no hubiera sido mayor si el mundo se le hubiera caído súbitamente encima, puesto que los ácidos de los hediondos jugos gástricos le habían penetrado hasta el fondo de la garganta, obligándole a toser, y en los ojos, cegándole, por lo que de inmediato soltó a su presa en un desesperado intento por limpiarse el rostro y recuperar la visión.

A sabiendas de que estaba actuando contra su conciencia, pero también de que lo que estaba en juego era su propia vida y la de Silvestre Andújar, Cienfuegos no le dio tiempo a reaccionar y le propinó una feroz patada en la entrepierna que le obligó a caer de rodillas llevándose las manos al lugar tan salvajemente lastimado.

Teniéndole momentáneamente ciego y por completo a su merced, le aferró por el espeso moño y le bajó violentamente la cabeza al tiempo que le golpeaba en el mentón con la rodilla.

La mandíbula se partió en dos.

El gigante quedó de bruces, con las dos manos apoyadas en la arena y dejando escapar por la nariz y la boca chorros de sangre, aunque haciendo un supremo esfuerzo por intentar levantarse.

A la vista de ello, Cienfuegos se colocó tras él para lanzarle una nueva patada en los testículos, tan brutal, que lo arrojó contra el suelo, totalmente inconsciente. A continuación, se apartó unos metros con el fin de volverse a Silvestre Andújar y señalar:

—Dile a su gente que, por mí, la lucha ha acabado.

—Dudo que acepten.

—No me agrada la idea de matar a un hombre inconsciente, y esto ha ido ya demasiado lejos.

El gaditano tradujo sus palabras; los anonadados indígenas se consultaron entre sí, y al fin uno de ellos señaló:

—Las leyes del *sakcsawua* tienen cientos de años de antigüedad y por lo tanto son sagradas; un guerrero no debe sobrevivir gracias a la compasión de su enemigo.

—¡Pero está indefenso! —protestó el canario.

—No les importa; se avergüenzan de él, y te recuerdo que se trata de su vida o la nuestra.

El cabrero Cienfuegos recordaría hasta el día de su muerte el tétrico chasquido que hicieron las vértebras del gigante en el momento en que apoyó la rodilla en su espalda y le giró bruscamente la cabeza.

Cuando se alejó por la orilla del río lloraba en silencio.

—Es lo más repugnante que he visto en mi vida.

—Pero la única forma que tenía de vencer. Era el truco predilecto de Vasco Núñez de Balboa, al que ni siquiera Alonso de Ojeda se atrevía a enfrentarse, porque el muy cerdo no necesitaba meterse los dedos en la boca; vomitaba con la misma facilidad con que otros se tiran un pedo.

—¡Menudo guarro! Ha sido una pelea de lo más rastrera y asquerosa.

—Estoy de acuerdo, y por ello te rogaría que no volviéramos a hablar de este asunto; me avergüenza.

En efecto, ni Cienfuegos ni Silvestre Andújar volvieron a mencionar jamás tan desagradable incidente, pero conscientes de que pronto o tarde nuevas partidas de pieles rojas acabarían por descubrirles, tomaron de común acuerdo una sensata decisión: lo mejor que podían hacer era dormir de día y caminar de noche.

Para ello, lo primero que tenían que establecer era el rumbo que pretendían seguir, para lo cual debían seleccionar una serie de estrellas que les sirvieran de guía en la oscuridad.

Muy pronto llegaron a la conclusión de que el mejor rumbo era el oeste, ya que de esa forma podrían comenzar a avanzar con las primeras sombras, guiados por la última claridad de poniente, y aprovechar de igual modo los amaneceres, cuando los primeros rayos se anunciaran a sus espaldas.

Aguardaron por tanto a que esa misma tarde se ocultara el sol y marcaron con una flecha extendida en el suelo el punto exacto por el que había desaparecido.

Luego observaron con mucho detenimiento cuál era la estrella que hacía su aparición en el horizonte lo más cerca posible de la punta de dicha

flecha.

Cuando esa primera estrella se elevó casi una cuarta en el horizonte, eligieron otra que surgía un poco a la izquierda y marcaron en un pedazo de piel de conejo cuántos grados tenían que desviarse con el fin de seguir siempre la misma dirección.

De ese modo, eligiendo las siete estrellas o conjuntos de estrellas que iban surgiendo una tras otra sin apartarse más de un grado a cada lado del punto de destino, podían tener la casi absoluta seguridad de que, cuanto más tenebrosa fuera la noche, mejor avanzarían en la dirección correcta.

Se trataba de un sistema muy simple, pero muy eficaz si el viaje no se prolongaba demasiado, y resultaba evidente que no corrían peligro de tropezarse con nada en la oscuridad; no había nada con lo que tropezar, dado que una capa de suave hierba cubría el suelo como si se tratase de una mullida alfombra.

Cada estrella recibió su propio nombre: Ingrid, Rocío, Araya, Catalina, Garaona, Gaditana y Postrera, que era la que al hacer su aparición les anunciaba que había llegado el momento de andarse con ojo porque muy pronto el alba haría acto de presencia, de modo que les convenía buscar un lugar que les sirviera de refugio si no querían pasarse el día durmiendo entre la hierba y bajo un sol de justicia.

Dedicaron dos días a sangrar los árboles que se alzaban junto al río, a fin de recoger la resina que rezumaba, con la que pegaron largos haces de hierba seca sobre pieles de ciervo.

Durante sus años de esclavitud entre los cazadores de la pradera, el gaditano había adquirido una gran habilidad para confeccionar ese tipo de camuflajes. Cuando un hombre, por corpulento que fuera, se tumbaba sobre la hierba y se cubría con una de tales pieles, se convertía de inmediato en parte del paisaje.

Se podría pasar a cinco metros de él sin advertir su presencia.

Convencidos de que contaban con cuanto necesitaban, el tercer día lo emplearon en dormir y con las primeras sombras iniciaron su larga caminata hacia el oeste. No tenían ni la menor idea de hacia dónde se dirigían pero, al fin y al cabo, les daba igual un lugar que otro. Lo que en

verdad importaba era abandonar cuanto antes la mayor cárcel que jamás había sido creada.

La «ruta de las estrellas» era, sin lugar a dudas, la más fiel aliada de que pudieran disponer dos desesperados fugitivos que avanzaban a ciegas por la mayor planicie conocida.

Se ataron el uno al otro por la cintura con una cuerda de unos cinco metros de largo, lo que evitaba que pudieran separarse y perderse en las tinieblas, y cada hora se alternaban en la cabecera debido a que muy pronto comprobaron que ése era el tiempo máximo que cada uno de ellos podía permanecer con la vista clavada en una distante estrella sin que los ojos acabaran por engañarlo haciéndole creer que era otra cualquiera de los millones de estrellas que constantemente hacían su aparición en la distancia.

Al gomero, nacido y criado entre montañas que determinaban con absoluta nitidez cuál era su entorno natural, le desconcertaba el hecho de que no existiera ni al frente ni a su espalda, ni a la izquierda ni a la derecha, un solo punto que sirviera de referencia, y por más esfuerzos que hacía aún no había conseguido acostumbrarse a que todo, absolutamente todo a su alrededor, fuera planicie.

Instintivamente se volvía a uno u otro lado, «buscando», y la desolación que descubría le producía una especie de angustioso vacío en la boca del estómago.

El viento era el único que de vez en cuando, y siempre de día, confería una pincelada diferente al paisaje al inclinar la alfombra de hierba en una u otra dirección, con lo que sus tonalidades variaban levemente, pero por las noches ese viento arreciaba hasta convertirse en un engorro, pues tanto los empujaba de costado como los frenaba en su avance.

Curiosamente, casi nunca soplaba llegando por la espalda, desde el este, como si también él se confabulara para impedirles la huida.

En un par de ocasiones incluso tuvieron que detenerse porque el esfuerzo que exigía luchar contra lo que acababa por convertirse en un

auténtico vendaval los agotaba hasta el punto de que eran más las fuerzas que perdían que lo que conseguían avanzar.

Al fin y al cabo, no tenían prisa.

El gaditano reconoció que nadie que le importara lo más mínimo lo esperaba en parte alguna, y el canario llegó a la conclusión de que a su numerosa familia igual le daba que regresara un año antes o un año después, con tal de que regresara.

La experiencia de sus infinitas vicisitudes le había enseñado que en los tiempos en que le había tocado vivir, y cuando el destino parecía haberlo elegido como testigo de primera fila y «adelantado» de la vieja Europa en nuevos mundos de los que hasta aquel momento ni tan siquiera se tenía noticia, lo más importante era siempre intentar conservar el pellejo intacto confiando en que el caprichoso destino que lo había arrancado de su casa tuviera a bien devolverlo a ella.

En el fondo, su casa estaba donde estuvieran sus mujeres y sus hijos, y Cienfuegos confiaba en sí mismo y en su capacidad de ingeniárselas, como se las había ingeniado hasta el presente, a la hora de reencontrarse con ellos.

Tanto el canario como el andaluz caminaban como autómatas desde que las primeras sombras se adueñaban del cielo, hasta que ese mismo cielo les anunciaba que el sol había hecho ya un primer guiño en la distancia, momento en el que esforzaban la vista buscando una laguna, un riachuelo o un simple grupo de arbustos que los pusieran a salvo de miradas indiscretas.

Cuando no lo conseguían se camuflaban entre la hierba y descansaban un par de horas; luego, atisbaban en todas direcciones con tanta paciencia y dedicación como el camaleón que aguarda, inmóvil sobre una rama, a que un desprevenido insecto se ponga al alcance de su pegajosa lengua.

Silvestre Andújar había aprendido de los nativos a ser paciente hasta el límite de la exasperación, porque en una infinita llanura en la que nada especial había sucedido durante los últimos mil años, nada especial sucedería a no ser que el ser humano lo provocara en uno de sus muchos actos de alocada precipitación.

Valorar el tiempo ha sido una de las tareas más difíciles a las que se ha enfrentado el hombre a lo largo de la historia.

El tiempo es oro en unos determinados momentos, pero en otros ese mismo tiempo debe convertirse en plomo que frene los impulsos y aplaque los ánimos.

Vidas, batallas, culturas e incluso civilizaciones se han perdido por el simple hecho de que alguien no fue capaz de determinar cuál era el momento exacto de actuar y cuál el de mantener la calma, ya que tal como Alonso de Ojeda solía decir: «El mejor espadachín no es quien mejor maneja la espada, sino quien sabe lanzar la estocada cuando está la guardia bajada».

El capitán conquense, pequeño, delgado y aparentemente frágil, había demostrado la validez de su teoría en más de un centenar de ocasiones por la sencilla razón de que la naturaleza, que no le había dotado de altura, ni de fuerza, ni de una especial resistencia, le había proporcionado sin embargo el inapreciable don de saber elegir la décima de segundo precisa en que debía avanzar un paso y penetrar como una flecha por entre las defensas de su enemigo.

Desde que hicieron su aparición sobre la faz del planeta, los hombres han sido esclavos del tiempo, no por el hecho de que éste corra y los haga envejecer, sino porque no han sabido dominarlo y por lo tanto han acabado por convertirse en dominados.

Millones de esos hombres, y de igual modo millones de mujeres, han muerto con el convencimiento de que, si hubieran sido capaces de conseguir que el tiempo volviera atrás un día, unas horas e incluso a veces tan sólo un minuto, su vida hubiera sido muy diferente, más plena, más feliz, o con toda seguridad, menos desgraciada.

Por su parte, Silvestre Andújar era de la opinión de que esa absoluta carencia de valor del tiempo en las grandes praderas era el culpable de que los pieles rojas continuaran siendo unos seres extremadamente primitivos.

—He escuchado cómo proclamaban, con innegable orgullo, que sus antepasados de hace treinta o cuarenta generaciones vivían y cazaban tal como ellos lo continúan haciendo, convirtiendo de ese modo la tradición en

la principal de sus virtudes —comentó un mediodía en el que descansaban a la sombra de un copudo roble que había crecido en mitad de la llanura por algún extraño capricho de la naturaleza o porque un ave emigrante había tenido tiempo atrás la feliz ocurrencia de aliviarse las tripas al pasar por aquel punto exacto—. Mi impresión es que nada nuevo, o fuera de lo normal, ha sucedido en estas praderas durante los últimos ochocientos años, y frente a semejante monotonía los nativos han respondido dejándose llevar por la apatía. Si les bastaba con puntas de flecha de piedra, nunca se preocuparon por mejorarlas, y si les bastaba con una tienda de piel de bisonte, nunca pretendieron construir una casa más sólida. La carencia de incentivos ha acabado por abotargar sus mentes, y sabido es que el conformismo se convierte en el peor enemigo del progreso.

—Cierto es que probablemente han ocurrido más cosas en el último siglo en Europa que aquí en ocho... —reconoció el canario—. Pero lo que cabe preguntarse es si allá son más felices que aquí.

—«La piedra es más feliz que el cactus, el cactus más feliz que la rosa, la rosa más feliz que la cabra, la cabra más feliz que el pastor y el pastor más feliz que el sabio —recitó el andaluz repitiendo la frase predilecta de su padre—. Pero yo sería más feliz siendo sabio que siendo piedra.»

—A mí no me iba nada mal como pastor hasta que conocí a Ingrid. Por ella intenté ser más sabio, con lo que se me acumularon los problemas —admitió el gomero—. Pero, en mi modesta opinión, a los pieles rojas no les queda mucho tiempo para continuar viviendo como lo han hecho hasta ahora —puntualizó—. Hemos llegado nosotros.

—¿Acaso crees que les cambiaremos la vida? —se sorprendió su interlocutor—. ¿Tan importantes nos consideras?

—¡No, por supuesto que no! Tú y yo no cambiaremos nada, de la misma manera que en la Gomera la llegada de un par de saltamontes africanos no altera la vida de los lugareños. Pero los gomeros saben que tras semejante avanzadilla acabará por llegar una plaga de langosta que devorará las cosechas y les condenará a pasar un año de penuria.

—¿Acaso nos consideras la avanzadilla de la plaga de langosta?

—Contra nuestra voluntad, sin duda alguna; al igual que el par de saltamontes que llegan a la Gomera empujados por el viento contra su voluntad. Pero ese primer paso es siempre el más importante. Y, si no, pregúntaselo a los nativos de La Española, que en diez años pasaron de ser libres y felices a su modo, a ser desgraciados y esclavos a nuestro modo.

—Eso es muy cierto —admitió el gaditano—. En los meses que pasé en La Española no encontré ni a un solo indígena que pareciera mínimamente satisfecho.

—Cuando los europeos invadamos estas praderas tampoco se podrá ver a un solo piel roja satisfecho, porque lo peor que les aportaremos no serán nuestras enfermedades o nuestras malas costumbres; lo peor es algo que desconocen y contra lo que jamás serán capaces de luchar.

—¿Y es...?

—La avaricia. No he conocido a un nativo del Nuevo Mundo que desee más de lo que puede necesitar en ese justo momento, ni a un originario de nuestro Viejo Mundo que no desee más de lo que podrá necesitar nunca. — El canario hizo un amplio gesto con las manos como si con ello quisiera dar más énfasis a sus palabras al añadir—: Ésa es, a mi modo de ver, la insalvable diferencia, que existe entre nosotros.

—De hecho, ningún sioux que haya conocido ha demostrado tenerle apego a nada que no fuera sus hijos —reconoció Andújar al tiempo que asentía con un leve ademán de cabeza—. Los adoran, se desviven por ellos, y cuando un niño muere, no sólo sus padres sino la tribu entera parece sumirse en una profunda desesperación. Lo lloran durante meses en los que casi no comen y apenas se mantienen con unos sorbos de agua.

—¿Y acaso no sienten el mismo amor por sus mujeres? —quiso saber Cienfuegos.

—Supongo que no. Y, si en verdad lo sienten, a los guerreros les está vedado manifestarlo. Un verdadero sioux debe mostrarse estoico e impertérrito ante la adversidad o el dolor, por lo que tan sólo le está permitido ser tierno con los niños. Nunca los he visto reprenderlos, y de hecho les consienten barrabasadas que un padre europeo zanjaría al instante con una buena azotaina. Sin embargo... —añadió el de Cádiz—, aquí un

hombre y su mujer pueden enzarzarse en una feroz trifulca en la que se zurren de lo lindo hasta cansarse ante la indiferencia de sus vecinos. Cuando se cansan de pegarse, pero sin utilizar nunca ningún tipo de armas, uno de ellos se marcha del poblado, se pasa una temporada fuera, y cuando vuelve todos se comportan como si nada hubiera sucedido.

—¡Sorprendente!

—¡Y tanto! A mi modo de ver, no conocen el resentimiento ni el rencor, por lo menos entre miembros de la misma tribu, porque cuando dos hombres o dos mujeres se pelean entre sí se comportan de idéntica manera. Es como si no tuvieran memoria.

—¿Pero la tienen...?

El otro asintió convencido.

—Para todo, excepto para los enfrentamientos de tipo doméstico.

—¡Curioso! —señaló el canario—. Cuando, en muy raras ocasiones, he discutido con Ingrid o con Araya, se pasan una semana de morros y sin dirigirme apenas la palabra.

—Nuevo mundo, nuevas costumbres...

Las costumbres de aquel Nuevo Mundo eran en verdad muy diferentes, y Cienfuegos pudo comprobarlo tres días más tarde, cuando, al atisbar a media mañana sobre la hierba de la pradera, distinguió sentado en mitad de la llanura, y casi a tiro de piedra de donde habían dormido, a un anciano cubierto con una piel de bisonte, tan inmóvil que más parecía una estatua de mármol que un ser viviente.

Se apresuró a despertar al andaluz con el fin de mostrarle lo que había descubierto, pero éste se limitó a comentar, como si se tratara de lo más natural del mundo:

—No te preocupes; no es más que un muerto que camina.

—¿Un qué...?

—Un muerto que camina. Un viejo que se siente ya muy cansado, no quiere seguir siendo una carga para los suyos y ha decidido alejarse del campamento para morir en paz.

—Pues éste ni siquiera camina —le hizo notar el gomero—. Y no me extrañaría que estuviera muerto, porque no mueve un músculo.

—Recuerda algo que puede salvarte la vida —puntualizó Andújar—: en las praderas nada está muerto hasta que los buitres certifican que lo está. Nunca te fíes ni de una bestia ni de un hombre tendido en la llanura a no ser que compruebes que los carroñeros le han sacado los ojos.

—Así pues, ¿crees que ese pobre viejo puede hacernos daño?

—¡No! Ése no, desde luego. Ése lo único que pretende es que la muerte lo alcance cuanto antes.

—¿Y a sus hijos no les importa que muera en mitad de la nada y como un perro?

—¿Y qué otra cosa pueden hacer? —fue la respuesta—. Éstos son pueblos nómadas que viven de seguir a las manadas de bisontes, por lo que no pueden quedarse en un mismo lugar a la espera de que un viejo impedido tarde tres meses o tres años en morir. Sería tanto como condenar al hambre a toda la tribu, y los ancianos demuestran su amor a la familia alejándose solos en mitad de la noche. Como suelen decir: «El hombre debe nacer rodeado de risas y alegrías, pero no debe morir rodeado de lágrimas y llantos. Es mejor el silencio».

—Veo que has aprendido mucho de ellos.

—Mucho. ¡Lástima que lo aprendí como esclavo!

—¿Cuál hubiera sido la diferencia?

—Que yo habría aprendido muchas más cosas de ellos, pero ellos habrían aprendido de mí cosas que les hubieran resultado tremendamente útiles.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo el uso de la rueda.

El cabrero canario tardó en responder; recorrió con la vista por enésima vez la obsesiva llanura de una hierba cuyas raíces se afirmaban firmemente al suelo hasta convertirlo en una especie de mullido tapiz interminable, y se vio en la obligación de reconocer que probablemente no existía un lugar más apropiado sobre el planeta para que un carruaje de anchas llantas avanzase casi como sobre una nube.

—¿Realmente no conocen la existencia de la rueda? —inquirió al fin como si le costase admitir semejante disparate.

—No creo que la conozcan, puesto que no la usan... —le hizo notar su compañero de fatigas—. Cuando llega el momento de seguir a una manada, desmontan el campamento, lo cargan todo a la espalda, incluidas las pesadas pieles de bisonte y los largos palos de las tiendas, e inician una lenta marcha a pie que en ocasiones se prolonga durante semanas. Cada día de viaje, con frío, con viento, con calor o con lluvia, constituye un auténtico suplicio, y te lo dice alguien que lo ha padecido en sus propias espaldas. No existe peor pesadilla que uno de esos agónicos viajes en los que, en cuanto te retrasas unos pasos, te azotan con una fusta.

—¡Lo imagino! Y ahora entiendo que ese pobre viejo prefiera sentarse ahí, a morir en paz.

—Sin embargo —añadió el andaluz—, la vida de estos mendrugos cabezotas sería muy diferente si dispusieran de carromatos que les sirvieran de viviendas, como las de los gitanos europeos. Podrían marchar tranquilamente en pos de los búfalos y no pasarían tantas calamidades. Si tienen el agua y la comida asegurada lo único que necesitarían sería un buen medio de transporte, pero han sido incapaces de procurárselo pese a que lleven en estas llanuras miles de años.

—Tal vez no hayan inventado los carromatos porque no tienen con qué arrastrarlos —le hizo notar Cienfuegos—. No he visto ni un solo burro, mulo o caballo.

—Es que no los hay —admitió el otro—. En alguna ocasión les he hablado de ellos, pero se niegan a admitir que pueda existir un animal tan grande y sobre el que se pueda montar un hombre. Cuando una vez les hice un dibujo, bastante bueno por cierto, rompieron a reír asegurando que estaba completamente loco y se estuvieron burlando de mí durante meses. Perdí mucho prestigio ese día —confesó pesaroso—. Mucho, y a partir de ese momento llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era callarme. Hace tiempo aprendí que no hay nadie más obtuso, vengativo y cruel que el ignorante que prefiere continuar siéndolo.

—Sin embargo, de poco les hubieran servido los carromatos sin mulas ni caballos —puntualizó el canario.

—En mi tierra las carretas las arrastran los bueyes —fue la rápida respuesta—. Y estoy convencido de que con tiempo, ¡cientos de años!, y su infinita paciencia, estos cretinos habrían conseguido domesticar bisontes y enseñarles a tirar de los carros.

Cienfuegos observó largo rato a su interlocutor con el ceño fruncido, tal vez un tanto confundido por sus palabras, y al fin no pudo menos que inquirir:

—¿Los odias o los admiras?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que en ocasiones hablas de los pieles rojas con respeto y admiración, y otras con un absoluto desprecio. Aún no he conseguido averiguar qué es lo que sientes por ellos.

El andaluz Silvestre Andújar, quien pese a haberse enrolado como contramaestre en una estúpida aventura a la búsqueda de la inexistente isla de Bimini y su prodigiosa Fuente de la Eterna Juventud, demostraba, no obstante, haber sabido aprovechar las enseñanzas de un cura gaditano y poseer unas notables dosis de sentido común, se tomó un tiempo antes de responder:

—Ningún pueblo, nación o raza, ni de aquí, ni de Europa, ni supongo que de cualquier otro lugar del mundo, es digno de una total admiración, ni merecedor de un absoluto desprecio. Los sioux, dakotas, pieles rojas o como queramos llamarlos, tienen, al igual que todos los demás, incluidos naturalmente los españoles, virtudes y defectos, y yo no soy tan lerdo como para no reconocerlo. —Hizo una corta pausa, para añadir luego, seguro de lo que decía—: Sin embargo, tú has dicho algo en lo que reconozco que tienes muchísima razón: en cuanto los europeos aparezcan por aquí, de esta gente no va a quedar ni el recuerdo porque son incapaces de adaptarse a cualquier tipo de cambios y por lo tanto no acertarían a enfrentarse a aquello que desconocen.

—¡Lástima!

—¡Lástima, en efecto, pero así es!

Al atardecer reiniciaron la marcha.

Se vieron obligados a cruzar muy cerca de donde se encontraba el anciano, que los observó con total indiferencia, sin demostrar sorpresa por el hecho de que dos hombres blancos y de largas barbas que contrastaban con las pieles lampiñas y cobrizas de los miembros de su raza, pasaran tranquilamente frente a él en pos del sol y rumbo a la noche.

Tal vez imaginó que ya había muerto y formaban parte del mundo del más allá.

Tal vez sus cansados ojos le impidieron distinguirlos con claridad.

Tal vez, y eso era sin duda lo más probable, ya nada le importaba.

Ingrid hizo unos instantes después su aparición en el horizonte y, con la fidelidad acostumbrada, la siguieron Rocío, Araya y Catalina, de tal modo que los dos españoles siguieron avanzando hacia el oeste en lo que constituía el viaje más desesperantemente monótono que nadie hubiera realizado jamás. Cuando en una ocasión la llanura se les acabó de pronto, no fue por culpa de encontrarse ante un abismo en el que concluyera el planeta, sino a causa de un ancho y caudaloso río que fluía rumbo al sudeste.

Aguardaron a que amaneciera y lo estudiaron, evidentemente preocupados.

—¡Jamás había visto un río tan grande! —reconoció Silvestre Andújar—. Es tan ancho como la bahía de Cádiz.

—Yo sí —dijo el canario—. Uno muchísimo mayor, allá abajo, junto al mar. Y me pregunto si puede ser el mismo.

—De este país lo creo todo —replicó el otro encogiéndose de hombros—. Pero si fuera el mismo que desemboca en el mar del que venimos, y ya aquí arrastra tanta agua, ¡imagínate dónde nacerá y cómo será de largo...!

—Prefiero no imaginármelo porque se me ponen los pelos de punta.

Dejaron pasar un largo rato observando las turbias aguas que corrían mansamente a través de la planicie arrastrando árboles y ramas, pero que no parecía constituir en absoluto una frontera entre dos regiones diferentes, puesto que lo que se distinguía allá en la otra orilla tan sólo era más de lo mismo.

Por último, el gaditano masculló con tono malhumorado:

—Si no fuera porque en ciertas ocasiones paso un frío del carajo y tengo enormes ampollas en los pies, llegaría a la conclusión de que estoy viviendo una pesadilla, por que realmente cuanto me está ocurriendo carece de lógica.

—Las pesadillas nunca han sido compartidas y te recuerdo que somos dos con el mismo maldito sueño.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿Y qué quieres que hagamos? Cruzar el río y seguir adelante. ¿Sabes nadar?

—Preguntarle eso a un gaditano que se crió en el puerto, es ofenderlo. ¿Sabes tú?

—Lo suficiente. ¿Crees que habrá caimanes?

—Lo dudo. Estas aguas deben de ser demasiado frías para su gusto y hace mucho tiempo que no vemos ninguno.

No habían visto, en efecto, caimanes, pero tampoco habían visto excesivas manadas de bisontes, y tan sólo en tres ocasiones habían podido distinguir, muy a lo lejos, partidas de cazadores no demasiado numerosas.

Resultaba en verdad difícil entender cómo era posible que tan extensos territorios ricos en agua, carne y toda clase de posibilidades para implantar una floreciente agricultura, se encontrasen, no obstante, tan escasamente poblados.

Desde el punto de vista humano, las grandes praderas constituían prácticamente un desierto.

—En cualquier otro lugar del mundo, tan magníficas condiciones de vida darían lugar a una brutal superpoblación —señaló un desconcertado Cienfuegos—. Y sin embargo, aquí no se ve a un gato. ¿Por qué?

—Porque los pieles rojas son la gente menos prolífica que existe —fue la rápida y segura respuesta.

—¿Y eso?

—Cuestión de costumbres.

—¡Venga ya! Todo el mundo tiene la divertida costumbre de reproducirse lo más rápidamente posible. ¿O me vas a decir que a los sioux no les gusta hacer el amor?

—Naturalmente que les gusta —admitió Silvestre Andújar, convencido de lo que decía—. Pero tienen mucho cuidado a la hora de reproducirse porque saben que una de cada cinco mujeres suele morir durante el parto, y aquí las mujeres no abundan. Debido a ello la costumbre ordena que desde el día en que se quedan embarazadas no vuelvan a tener relaciones, digamos «normales», con su marido hasta los dos años de haber dado a luz.

—¿Dos años...? —se sorprendió el gomero—. ¡Qué barbaridad! De esa manera, entre unas cosas y otras, y con mucha suerte, no podrán tener un hijo más que cada cuatro.

—Lo cual quiere decir que, en el mejor de los casos, una mujer sólo tendrá un máximo de cinco hijos a lo largo de toda su vida fértil, de los cuales prácticamente la mitad no llegarán a adultos puesto que la mortalidad infantil es muy acusada por culpa de las infecciones intestinales y las serpientes.

—En la Gomera hay mujeres que tienen hasta doce hijos.

—Y en Andalucía... Y en muchos lugares del mundo. Pero entre los pieles rojas lo normal es que por término medio una pareja tan sólo aporte a la tribu dos adultos en disposición de procrear. Eso quiere decir que su población se puede mantener estable, pero en cuanto uno de esos hijos ya adultos muere en una guerra, en un accidente de caza o por cualquier otra causa fortuita, disminuye.

—¿Y no hacen nada por evitarlo?

—¡Nada! Para ellos las tradiciones son sagradas y jamás las rompen. Cuando en alguna ocasión les dije que me parecía una barbaridad que las madres amamantaran a los niños hasta que cumplieran diez años, casi me matan.

—¡No puedo creer que nadie amamante a un niño durante diez años! —señaló el canario, al que cada vez desconcertaban más las cosas que su compañero de viaje le contaba—. ¡Eso es un auténtico disparate! Todo el mundo sabe que la leche materna es buena hasta una cierta edad, pero que luego se debe permitir que el crío se fortalezca por sí mismo.

—Todo el mundo, exceptuando a los sioux —replicó el otro—. Ya te he dicho que a los niños les permiten hacer lo que les da la gana, por lo que, si les apetece mamar, maman. Son esa serie de curiosas circunstancias las que consiguen que estas fértiles y gigantescas praderas continúen prácticamente deshabitadas.

—¡De acuerdo! —dijo el gomero—. Lo entiendo y acepto gran parte de lo que has dicho, pero a mi modo de ver hay algo que está por encima de tales argumentos, y son las necesidades fisiológicas. Cuando las ganas de joder aprietan, nadie se detiene a pensar en tanta pendejada.

—¡Desde luego que no! Pero para esos casos tienen una fácil solución; desde muy jovencitos se aficionan al sexo oral, que tanto ellos como ellas practican con auténtica maestría. De hecho, estoy convencido de que casi disfrutan más de ese modo, que del que nosotros consideramos «natural». Especialmente las mujeres.

Al pobre Cienfuegos, entusiasta partidario y asiduo practicante de las relaciones entre hombre y mujer que el andaluz había calificado de «naturales», todas aquellas aclaraciones sobre juegos amorosos mucho más sofisticados tenían la virtud de romperle los esquemas, por lo que se sumió en un profundo y reflexivo silencio hasta el momento en que su compañero le recordó que había llegado la hora de tomar una decisión respecto al río.

—¿Nadamos o no nadamos? —inquirió indicando con un ademán de la barbilla las turbias aguas.

—Nadamos.

—¿Pues a qué esperamos?

—A nada esperamos...

—¡Cobarde el último!

Si hay algo que ha permitido al ser humano sobreponerse a todas las adversidades y convertirse a la larga en el rey de la creación, ha sido su portentosa capacidad de adaptarse a cualquier circunstancia por dura y difícil que pueda parecer.

Tan indestructible especie sobrevive de igual modo en los helados polos que en las ardientes arenas del desierto, y de igual modo se alimenta de grasa de ballena que de leche de camella.

Tras atravesar el Missouri —que, como el gomero sospechaba, era el mayor de los afluentes de aquel portentoso Mississippi que había conocido en su desembocadura meses atrás—, la pareja de incansables andarines decidió continuar su peregrinación con la naturalidad de quien ha convertido el hecho de viajar de noche y esconderse de día, en una rutina que no ofrece ningún tipo de alternativa.

Antes de reemprender la marcha se zamparon, eso sí, mano a mano y sin dejar más que los huesos, una de aquellas extrañas aves negras a las que colgaba un rojo y largo moco que el canario había visto en un corral del campamento indígena, y al que Andújar daba el nombre de «pavipavo», alabando entusiasmado la excelencia de su carne, ya que era el manjar predilecto de los pieles rojas a la hora de celebrar un banquete con el que dar gracias por algún acontecimiento feliz.

Los llamados pavipavos no sólo se dejaban atrapar sin el menor esfuerzo, sino que tenían la estúpida costumbre de anunciar su presencia entre la maleza con un cántico monótono y chirriante.

Al parecer, su insistente llamada estaba destinada a atraer a una pareja en celo, pero con demasiada frecuencia lo que solía atraer era a un

hambriento depredador.

Pavipavos, liebres, perrillos de las praderas, peces, serpientes, huevos de todo tipo y algún que otro venado constituían principalmente el régimen alimenticio de los expedicionarios, que preferían evitar aproximarse a los bisontes, conscientes de que no disponían de armas lo suficientemente potentes para abatirlos.

La vieja ballesta no podía compararse, ni remotamente, a los poderosos arcos de los sioux, ni sus pequeñas flechas de punta de hierro a las largas y pesadas flechas de punta de piedra pulimentada.

El andaluz admitía que, pese a considerarse un hombre de evidente corpulencia, jamás había sido capaz de tensar un arco dakota hasta el punto de que la flecha llegara a más de veinte metros, y no por el hecho de que los indígenas fueran más fuertes, sino porque aprendían desde niños la forma de concentrar toda esa fuerza en el movimiento de los brazos y especialmente en la presión de los dedos.

—Cuando un guerrero dakota aprieta el pulgar contra el índice es como si cerrara una tenaza —aseguraba—. ¡Nada se les escapa! Estoy convencido de que hubiera sido capaz de tensar al máximo uno de esos malditos arcos, pero antes de que llegara a la mitad del recorrido la jodida flecha se me escapaba de entre los dedos y los muy cabrones se partían de risa. En una ocasión le hice una muesca a la flecha en la que encajar la uña del dedo gordo, y me quedé sin uña.

A Cienfuegos le encantaba escuchar las historias de Silvestre Andújar, no sólo porque le amenizaran un viaje asaz aburrido, sino especialmente porque le enseñaban cosas de unos nativos que sin duda habitaban desde hacía siglos en aquellas tierras, pero que en cierto modo se comportaban como fantasmas que rara vez se dejaran sorprender.

Resulta relativamente fácil ocultarse entre intrincadas montañas o espesas selvas, pero se necesita una especial habilidad para permanecer prácticamente invisible en la desolada inmensidad de unas llanuras en las que no crece más que la hierba.

El gaditano aseguraba que, en tiempos difíciles, cuando se encontraban en guerra con otras tribus o transitaban por zonas en las que la seguridad no

estaba absolutamente garantizada, los pieles rojas solían montar sus campamentos a la orilla de una laguna, pero en ellos tan sólo dormían las mujeres, los ancianos y los niños.

Los guerreros cavaban fosas a una cierta distancia, se ocultaban en su interior y se camuflaban con hierba y ramas, para luego permanecer allí toda la noche, despiertos y al acecho, porque de ese modo sorprendían por la espalda a cualquier intruso que se dispusiera a atacarlos.

—Tienen extraordinariamente desarrollados la vista, el oído y el olfato; los he visto pasarse todo un día sin mover un músculo, pero de improviso atacan con la velocidad del rayo. Por eso sus enemigos los llaman «los hombres serpiente».

Recordando el maravilloso recibimiento que les habían hecho los nativos de la isla de Guanahaní, y hasta qué punto sus gentes eran abiertas, amistosas y apasionadas, el gomero no pudo menos que preguntarse cómo era posible que en el mismo Nuevo Mundo, descubierto hacía apenas diecisiete años, pudieran convivir gentes de costumbres tan diferentes.

Si la memoria no le fallaba, la isla de Guanahaní, o San Salvador, como había preferido llamarla el Almirante, se encontraba al este de Cuba, es decir, casi equidistante entre la isla de La Española y las costas de aquella especie de enorme continente al que lo habían arrastrado las corrientes mientras se encontraba inconsciente. No obstante, los nativos de Guanahaní se parecían mucho a los de La Española, pero nada en absoluto a los pieles rojas de aquellas inmensas praderas.

¿Acaso no establecían contactos entre sí pese a que sus respectivas playas no estuvieran separadas más que por un par de jornadas de navegación?

Ni siquiera Silvestre Andújar, que tanto sabía sobre los habitantes de la llanura, se sentía capaz de dar una respuesta convincente a semejante pregunta.

—Los sioux únicamente hacen referencia a las siete familias en que se divide su pueblo, que son las que hablan su misma lengua y practican sus mismos ritos y costumbres. El resto son «extraños», el solo hecho de mencionarlos constituye una especie de ofensa, y lo único que admiten de

ellos es el maíz y la sal, pero ni tan siquiera se rebajan a comerciar directamente. Siempre se hace a través de una *tippba*.

—¿Y eso en qué consiste?

—En unas enormes cabañas, o «casas de intercambio», que se alzan en un territorio que se considera neutral y que están consideradas como una especie de refugio al que únicamente se acude a comerciar.

—Parece algo muy civilizado e impropio de pueblos primitivos — señaló el canario.

—El comercio es lo único que en ocasiones puede hacer que los pueblos más primitivos se comporten de una forma civilizada —le hizo notar el gaditano—. ¡Ojalá tropezáramos con alguna de esas benditas *tippbas*!

Por primera vez desde el malhadado día en que, por una u otra razón, tanto el gomero Cienfuegos como el gaditano Andújar tuvieron la desgracia de recalar en aquel desconocido territorio, se hizo realidad uno de sus deseos: cinco días más tarde, y cuando el sol comenzó a iluminar con sus primeros rayos la desesperante llanura, hizo su aparición allá a lo lejos, elevada sobre gruesos pilares de nogal y a la orilla de una laguna poco profunda, una sólida construcción de madera de unos veinte metros de largo por diez de ancho.

De inmediato, el andaluz comenzó a dar tantos gritos y saltos de alegría que cabría imaginar que acababa de distinguir en la distancia la mismísima bocana del puerto de Cádiz.

La más elemental prudencia aconsejaba no obstante esperar, y tan sólo decidieron aproximarse cuando el sol estuvo muy alto y se cercioraron de que frente a la puerta de la gran cabaña aparecía clavada una larga lanza adornada con plumas de múltiples colores.

Según Silvestre Andújar, aquella lanza indicaba que en esos momentos no había visitantes en el interior, por lo que quien lo deseara podía acudir a comerciar sin ningún temor.

A la vista de ello se acercaron, desclavaron la lanza y, tras llamar a la puerta con ella, la colocaron extendida sobre la balaustrada.

Al rato hizo su aparición un indígena que no lucía más que un minúsculo taparrabos y un gran penacho de plumas rojas, pero que, como compensación a tan escueto atuendo, se encontraba exageradamente pintarrajeado.

Observó con innegable sorpresa a los recién llegados, gritó hacia el interior, y casi al instante surgió un personaje algo más alto aunque con un aspecto muy semejante, que se mostró igualmente desconcertado ante la presencia de dos hombres blancos y barbudos.

El andaluz les explicó en su idioma, que al parecer hablaba con notable fluidez, que acudían en son de paz y que su única intención era realizar algunos «intercambios».

El que había surgido en segundo lugar se limitó a preguntar a qué tribu pertenecían, y cuando le respondió que eran «españoles de allende los mares» meditó unos instantes, penetró en la cabaña y regresó a poco con un cuenco de pintura negra y una especie de rústica brocha. Exigió que

dibujaran sobre la fachada de la cabaña el símbolo totémico de su tribu como señal inequívoca de que respetaban el refugio de paz.

El gaditano se volvió a Cienfuegos para inquirir, un tanto desconcertado:

—¿Y qué símbolo pinto? ¿La enseña de Castilla?

—¿De color negro? ¡No jodas! Límitate a pintar una cruz.

—¡Buena idea...!

Lo hizo trazando una gran cruz junto a un sinnúmero de dibujos de bisontes, pumas, ciervos, lanzas cruzadas, escudos, manos o estilizadas figuras humanas que al parecer conformaban los símbolos representativos de las diferentes tribus o familias que habían aceptado anteriormente la neutralidad de la denominada «casa de intercambios».

La segunda imposición, al parecer ineludible, a la que los sometieron fue la obligación de abandonar sus armas en el porche. Pero, antes de decidirse a hacerlo, el gomero comentó visiblemente amoscado:

—Estos dos tipos me dan muy mala espina. Para mí que son algo...

—¿Afeminados? —concluyó la frase su compañero de fatigas—. ¡Naturalmente! Son *sicsquaws*, lo que viene a significar algo así como «los que juegan a ser mujeres» o tal vez «los que aspiran a ser mujeres», y que son siempre los encargados de valorar las mercancías que aportan quienes pretenden comerciar. No son los dueños del lugar ni de lo que contiene; únicamente actúan como intermediarios que intentan que los tratos sean lo más justos posible.

—¿Y no corremos peligro? —inquirió Cienfuegos, que evidentemente no las tenía todas consigo ante las miradas un tanto libidinosas de los amanerados personajes.

—Eso depende de lo apurado que te encuentres —replicó el otro sonriendo, claramente divertido—. Jamás osarían hacerte una proposición deshonesta, pero supongo que en cuanto les hicieras la menor insinuación se pondrían a dar saltos de alegría.

—¡Déjate de bromas!

—¿Bromas? —rió el otro—. El más bajito tiene ojos picarones, una linda sonrisa y una boquita de lo más excitante. ¡No te digo yo que para un

caso de apuro...!

—¡A que te doy un guantazo!

Abandonaron las armas para penetrar en un espacioso local en el que no pudieron menos que impresionarse ante la ingente cantidad de objetos que se amontonaban por todas partes, puesto que aquel lugar parecía ser realmente una especie de «grandes almacenes» de las infinitas praderas.

Por doquier había pieles de bisonte, lobo, oso, castor, nutria y marta cibelina, al igual que cientos de tocados de plumas de todos los colores junto a cestos repletos de mazorcas de maíz, bayas, higos tunos e infinidad de frutos que el canario jamás había visto con anterioridad.

Abundaban también las piedras de muy diversos colores, algunas toscamente talladas, y un rincón parecía destinado casi en exclusividad a hierbas medicinales y a extraños amuletos para ahuyentar a los malos espíritus.

Grandes calabazas hermosamente talladas y decoradas ocupaban el centro de la estancia como si constituyeran la más preciada de cuantas mercaderías se exhibieran en el lugar, y cuando el canario quiso saber la razón de tal deferencia, Silvestre Andújar señaló:

—No se dan por estas tierras, pero de vez en cuando los ríos las traen flotando y los chamanes aseguran que son regalos que los dioses les envían desde el lejano lugar en que habitan. Las usan como maracas en las grandes ceremonias religiosas.

Los amables, untuosos y sonrientes anfitriones se habían apresurado a llenar cuatro cuencos de una bebida oscura, espesa y maloliente que el andaluz no dudó un instante en ingerir. Ante la evidente desconfianza de su compañero de viaje, se apresuró a señalar:

—¡Bebe y no los ofendas! Es una especie de aguardiente hecho de hierbas con el que los guerreros se emborrachan después de una batalla o una gran cacería. Las mujeres no pueden probarlo, y cuando los hombres lo están preparando no se atreven a aproximarse porque corren el riesgo de que las muelan a palos. Los hombres aseguran que si una mujer se acerca, la bebida se agría en el acto.

—Eso también se suele asegurar en mi tierra cuando el vino está fermentando.

—Y en la mía. Pero allí se refiere únicamente a cuando las mujeres se encuentran menstruando. Aquí no; aquí es en cualquier día del mes.

El canario bebió y al instante tuvo la impresión de que los ojos se le salían de las órbitas y la sangre se le subía a la cabeza.

—¡Dios bendito! —no pudo menos que exclamar—. ¡Esto es fuego!

—¡Fuertecillo sí que es! —admitió sonriendo el gaditano—. He visto a los nativos coger unas cogorzas que les duran una semana, y lo más curioso del caso es que cuando se emborrachan, en lugar de ponerse a cantar o bailar, lo que hacen es gemir y llorar como si se les acabaran de morir todos los hijos.

—¡País de locos! —El gomero indicó con un ademán de cabeza un desvencijado cesto que se distinguía en un rincón, para inquirir desconcertado—: ¿Eso que hay ahí no es oro?

—Lo es.

—Pues o yo ya estoy borracho, o estoy viendo pepitas del tamaño de un puño.

—No estás borracho y en efecto son pepitas del tamaño de un puño —repuso el otro—. Si quieres puedes llevártelas.

—¿Llevármelas? —se horrorizó el gomero—. ¿Es que pretendes que nos maten?

—¡En absoluto! —respondió tranquilo el andaluz—. Para esta gente el oro carece de valor. Prefieren esas otras piedras porque el oro se les antoja demasiado blando para tallar hachas o puntas de flecha.

—¿Y no han aprendido a fundirlo?

—No; no tienen ni la menor idea de en qué consiste la fundición de los metales. Y además, ¿para qué iban a fundir oro si no les serviría para nada práctico? —fue la respuesta, no carente de una cierta lógica—. Una punta de flecha de oro se aplastaría al tropezar contra las costillas de un bisonte. Lo único que podrían hacer con el oro es adornos, pero prefieren engalanarse de pies a cabeza con plumas de muchos colores y que pesan menos.

Los *sicsquaws* habían comenzado a preparar amorosamente un banquete a base de mazorcas de maíz a la brasa, hojas de tuna también a la brasa, lengua de bisonte seca —que estaba considerado y con razón el manjar más exquisito de las praderas— y huevas de pescado, todo ello aderezado con un poco de auténtica sal que extrajeron, como si se tratara del más preciado de los tesoros, de un cuerno de búfalo primorosamente tallado.

—¡Sal! —exclamó el andaluz, al que le brillaron los ojos de incontenible entusiasmo—. ¡Auténtica sal! ¡Hace tres años que no la pruebo!

Los afeminados sonrieron orgullosos del efecto que había tenido su ofrecimiento y se dispusieron a guardar con sumo cuidado tan preciado elemento, pero de improviso el más joven cuchicheó algo con su compañero, éste asintió sonriente y al poco comentó algo en su idioma.

Tras dudar unos instantes, Silvestre Andújar se decidió a traducirlo.

—El de los ojitos picarones ofrece regalarnos un puñado de sal si aceptas enseñarle lo que ocultas bajo los calzones, porque no puede creer que algo natural abulte tanto.

El gomero lo observó auténticamente estupefacto, para acabar exclamando visiblemente nervioso:

—¿Acaso me estás insinuando que le enseñe la polla?

—Estos dos juran que eso seguro que no puede ser una polla —puntualizó el gaditano—. Opinan que ocultas algo más y les gustaría verlo.

—¡Anda y que les den por el culo!

—No cabe duda de que es lo que ellos quisieran, pero no se trata de eso —fue la divertida respuesta—. Es simple curiosidad y prometen solemnemente que se limitarán a mirar.

—¡Pero bueno! —masculló el indignado Cienfuegos—. ¿Es que también te has vuelto afeminado?

—¡En absoluto! Pero ten en cuenta que aquí un puñado de sal constituye una auténtica fortuna. ¿Enseñarías tu polla por diez doblones de oro? —inquirió—. Que yo sepa casi la mitad de las mujeres de La Española la han visto gratis.

—¡Mujeres! —protestó muy airadamente el gomero—. ¡Solamente mujeres! ¡No unos mariquitas emplumados!

—Ninguna mujer, por muy necesitada que estuviera, te ofrecería un puñado de sal en mitad de la pradera sólo por verla. —El andaluz juntó las manos en inconfundible ademán de súplica al insistir—: ¡Por favor...!

—¡Ni hablar!

—¡Sólo un poquito!

—He dicho que no, y es que no.

Los nativos permanecían muy atentos a la discusión y parecieron comprender perfectamente en qué punto se encontraba, por lo que abrieron de nuevo el cuerno y doblaron en silencio la cantidad de sal ofrecida.

El gaditano se llevó las manos a la cabeza para exclamar casi entre sollozos de desesperación:

—¡Dios bendito! ¡Fíjate! ¿Tú sabes lo que significa esto? ¡Déjate de ridiculeces y enseña de una vez el puñetero pito, que no te lo van a comer!

—No estaría yo tan seguro...

—¡Por favor...! ¡Necesitamos esa sal!

El canario Cienfuegos dudó ante la firme actitud de su compañero y al fin no le quedó más remedio que ponerse en pie, desanudar la cuerda que mantenía los calzones en su sitio y dejarlos caer.

Los tres testigos permanecieron un largo tiempo en silencio, y al cabo uno «de los que jugaban a ser mujeres» hizo un comentario que el andaluz se apresuró a traducir:

—Éste opina que tú sí que eres un auténtico «hombre serpiente» y no los sioux.

—¿Puedo guardarla ya?

—Sí, hijo, sí, no vaya a ser que te la roben. —El gaditano lanzó un resoplido para añadir sonriente—: ¡Menos mal que yo no tengo algo así, porque en ese caso las malditas viejas hubieran acabado conmigo!

Concluido el almuerzo, que fue en realidad excelente y casi pantagruélico, los nativos cuchichearon entre sí como siempre y luego uno de ellos señaló que les interesaría mucho conocer la opinión de tan distinguidos visitantes respecto a un extraño artilugio que llevaba dos años

en la *tippba*, pero que nadie había conseguido averiguar para qué demonios servía.

Se retiró a una estancia vecina, que debía de ser el lugar en el que dormían y probablemente guardaban los objetos más valiosos, para regresar poco después con un envoltorio de piel de marta que colocó en el suelo con sumo cuidado.

Al dejar al descubierto su contenido dio la impresión de que sentía un profundo respeto e incluso un cierto temor, y de inmediato alzó el rostro con objeto de observar la reacción de los «hombres barbudos».

Silvestre Andújar y Cienfuegos se miraron, y el primero comentó en tono de profundo pesar:

—Es el arcabuz del capitán Barroso. Nunca se separaba de él, lo que a mi modo de ver significa que ha muerto.

—¿Seguro que es el suyo?

—Ahí están sus iniciales: «V-S», Vasco Barroso. Más de una vez he disparado con ese trasto.

Se volvió a preguntar a los nativos cómo había llegado a su poder, y éstos le respondieron que al parecer un grupo de sioux se lo habían cambiado por pieles a los criks, una tribu que habitaba muy al sur, pero que cuando los sioux se cansaron de cargar con algo tan inútil y pesado decidieron cambiarlo por sal.

—¿Para qué sirve? —quisieron saber.

La respuesta del andaluz fue tan rápida que podía engañar a cualquiera:

—Es la representación del más poderoso de nuestros dioses.

Los *sicsquaws* intercambiaron una larga mirada de desconcierto, y el más alto no pudo menos que inquirir sorprendido:

—¿Un dios con ese aspecto?

—¿Y qué aspecto tienen los dioses, si no se sabe de nadie que los haya visto? —replicó el astuto gaditano.

La respuesta debió de resultarles convincente, puesto que tras cuchichear entre sí tal como tenían por costumbre, «el de los ojos picarones» señaló el arma con un ademán de cabeza al tiempo que preguntaba:

—¿Qué nos dais a cambio de vuestro dios?

Silvestre Andújar se volvió hacia el canario.

—¿Nos interesa?

—Parece en bastante buen estado y contamos con un pequeño barril de pólvora —replicó el interrogado observando el arma más de cerca—. En un lugar como este un arcabuz nos puede ser de mucha utilidad.

—¿Y dónde conseguiremos la munición?

Su compañero de penalidades hizo un gesto con la barbilla hacia el cesto del rincón.

—De ahí.

—¿Del oro? —se asombró el otro—. ¿Pretendes hacer balas de oro?

—¿Y por qué no? Es el único metal que tenemos a mano, y si no sirve para otra cosa, bueno es.

El andaluz no pudo menos que echarse a reír al tiempo que agitaba la cabeza con gesto de profunda incredulidad al exclamar:

—¡Manda cojones! Si pudiéramos cargar con todo ese oro seríamos los hombres más ricos de Andalucía, y ahora resulta que pretendes que lo convirtamos en balas. —Agitó una y otra vez la cabeza negativamente y añadió—: ¡Cuando yo digo que tenemos la suerte de espaldas!

Pero una cosa era pretender quedarse con el arcabuz, y otra muy diferente convencer a sus propietarios para que se lo cediesen, porque en buena lógica los pintarrajeados nativos exigían algo a cambio y ciertamente no era mucho lo que sus huéspedes podían ofrecerles.

Como transcurrió un largo rato de inútiles regateos sin que el gaditano consiguiera resultados positivos, Cienfuegos se decidió a intervenir para señalar:

—Di que se lo cambiaremos por la magia que aleja para siempre a los malos espíritus.

—¿De qué carajo hablas? —quiso saber el desconcertado Silvestre Andújar.

—Tú límitate a ofrecerles cuatro poderosas magias que luego podrán intercambiar por sal o por lo que les apetezca, y yo me ocuparé del resto.

Silvestre Andújar trasladó la sorprendente propuesta, y tras las consultas de costumbre los pieles rojas argumentaron que, si la magia era realmente poderosa y los convencía, estarían de acuerdo en el trato.

El cabrero canario salió al exterior, buscó una gruesa caña de casi una cuarta de largo, la rellenoó de pólvora, la cerró con barro por ambos extremos y al regresar tomó asiento frente al fuego con el fin de comenzar a salmodiar palabras ininteligibles con gesto de profunda concentración.

Cuando consideró que el ambiente se encontraba lo suficientemente «caldeado», y justo antes de que el andaluz comenzara a partirse de risa, lanzó el canuto de caña al fuego al tiempo que alzaba los brazos al cielo clamando la ayuda de los dioses.

La explosión, que hizo volar pedazos de caña en todas direcciones y fue seguida de una columna de humo negro, espeso y agrio, tuvo la virtud de que «los que juegan a ser mujeres» prorrumpieran en gritos de espanto, abandonaran la estancia para correr como locos por la explanada y acabaran lanzándose de cabeza al agua, sin parar de nadar hasta alcanzar la otra orilla.

El gaditano precisó toda su capacidad de persuasión para convencerlos de que «el dios del trueno» no volvería a hacer su aparición hasta que ellos lo mandaran llamar, y al cabo de casi media hora de charla consiguió que regresaran mohínos y aún temblorosos, con los cabellos lacios y empapados, las pinturas corridas por todo el cuerpo y un aspecto harto lamentable.

Cuando se encararon al gomero lo observaron entre aterrorizados y arrobados, y no pudieron menos que reconocer que la magia del hombre serpiente era tan digna de admiración como sus increíbles atributos masculinos.

Sus últimas palabras fueron casi una súplica:

—Si se quedara a vivir con nosotros le convertiríamos en un auténtico rey de las praderas.

A partir de ese día, cada vez que el gaditano tenía ganas de tomarle el pelo a Cienfuegos, alargaba los labios como lanzándole un provocativo beso, al tiempo que lo llamaba «mi dulce rey de las praderas».

El arcabuz de Vasco Barroso resultó ser un armatoste pesado, engorroso, incómodo de manejar y bastante más propenso a desgraciar, arrancando una mano, un ojo o una oreja, a quien intentara utilizarlo, que a cumplir con su obligación de herir aunque tan sólo fuera levemente, al enemigo que se pusiera a su alcance.

No hacía mucho daño, pero sí mucho ruido.

Apenas mataba, pero asustaba.

Lejos ya de la mirada de los desconsolados *sicsquaws*, que los habían despedido con lágrimas en los ojos agitando las manos desde el porche de la cabaña tras colmar de regalos a unos «dueños del dios Trueno» que eran tan crueles como para abandonarlos cuando todavía no se habían conocido «a fondo», tomaron asiento al borde de uno de los incontables riachuelos de la zona dispuestos a convertir aquel trasto herrumbroso e inútil en algo que mereciera la pena ser cargado durante semanas o tal vez meses de viaje.

Lo primero que hicieron fue limpiarlo, lijarlo con arena del río y engrasarlo con grasa de venado.

A continuación, sangraron un árbol e impregnaron con su pegajosa resina una delgada cuerda que espolvorearon con pólvora, de forma que ésta se adhirió de tal modo que cuando estuvo seca había adquirido completamente la consistencia y las propiedades de una rústica mecha.

Mientras tanto habían buscado una rama cuyo diámetro coincidiera exactamente con el ánima del arma y la afilaron por uno de los extremos, que introdujeron y volvieron a sacar con suma delicadeza y más de una docena de veces en una masa de barro espeso que se iba secando al sol.

Concluidos los moldes, y tras comprobar con sumo cuidado que las medidas seguían siendo las correctas, encendieron una hoguera sobre la que colocaron su única cazuela, en cuyo interior brillaban tres gruesas pepitas de oro.

Necesitaron mucho tiempo, mucha leña de los árboles cercanos y mucho soplar avivando la llama, hasta conseguir que el metal se fundiera hasta alcanzar el punto de poder derramarlo sobre los huecos practicados en el barro.

Al romper el molde obtuvieron varias masas más o menos informes, así como ocho balas aprovechables que concluyeron de pulir con ayuda de piedras rugosas.

El andaluz no pudo menos que comentar:

—Dudo que consigamos acertarle a nadie con esto, pero de lo que no cabe duda es de que, si lo matamos, será un muerto muy rico; se irá a la tumba con unas tres onzas de oro en el cuerpo.

Como el día había resultado especialmente duro decidieron pasar allí mismo la noche, por lo que durmieron a pierna suelta hasta que, cerca ya del amanecer, un intenso olor que se extendía sobre la llanura como una silenciosa amenaza obligó a despertarse al gomero, que de inmediato comenzó a ventear el aire como un perro de caza.

Desconcertado, optó por sacudir a quien roncaba apaciblemente a su lado.

—¡Silvestre...! —susurró—. ¡Despierta, Silvestre! ¿A qué carajo apesta?

El otro se puso en pie de un salto, olfateó a su vez el aire y al poco exclamó excitado:

—¿Carajo? ¡La leche! No apesta a ningún carajo, cretino... ¡Apesta a búfalo!

Permanecieron muy quietos, atisbando en silencio en todas direcciones, y al cabo de unos minutos y a la tenue luz de las últimas estrellas advirtieron cómo una auténtica muralla de reses, la mayoría de las cuales los superaban en altura, avanzaba lentamente hacia ellos y se encontraba en aquellos momentos a menos de veinte metros de distancia.

Hicieron lo único que podían hacer en tan apuradas circunstancias: recoger en un santiamén todo cuanto poseían para trepar como monos al árbol más alto y más grueso de las proximidades.

El alba los sorprendió sentados a horcajadas sobre sendas ramas, descubriendo, atónitos, cómo bajo ellos el mundo se había convertido en una interminable alfombra viva, mugiente y pestilente, de muy distintas tonalidades de castaño oscuro.

Para el gomero, su situación era algo parecido al hecho de acomodarse en la cofa de un barco a observar cómo las olas cruzaban bajo la quilla para ir a perderse de vista en el horizonte.

Y de vez en cuando una de esas olas golpeaba con fuerza contra el casco, en forma de un bisonte de setecientos kilos que se rascaba furiosamente el lomo, obligando a quienes se encontraban en la copa a agarrarse con todas sus fuerzas si no querían ir a parar entre los cuernos de la bestia.

—¿Cuántos calculas que habrá? —quiso saber el gomero en un momento dado.

—Es fácil averiguarlo —fue la humorística respuesta—. Cuenta las patas y divide por cuatro.

—¿Y si hay alguno cojo?

—Se suma uno más.

—¿Es así como has aprendido a hacerlo de los pieles rojas?

—¡No! Los pieles rojas tan sólo saben contar hasta los dedos de las manos; a partir de diez es «muchos».

—¿Y tendremos que quedarnos aquí todo el día?

—Y toda la noche, a no ser que bajemos y les pidamos permiso para que nos dejen pasar.

Al poco rato, y en vista de que no había gran cosa que hacer allí trepados, el andaluz comenzó a canturrear en voz alta una vieja canción que solía circular por las tabernas de Santo Domingo:

*La reina Anacaona era,*

*según cuenta Alonso de Ojeda,  
que la conoció muy bien:  
«Una diosa hecha por Dios,  
la mujer hecha mujer,  
la dueña de mi corazón,  
la belleza hecha belleza,  
la luz donde la luz brilla  
la pasión hecha pasión,  
un auténtico putón  
y más lista que una ardilla».  
Y el mango de Anacaona,  
más que un sabroso manjar,  
era un extenso poema  
que me encanta recitar.  
Era dulce, era sabroso,  
era tibio y perfumado,  
era muy terso por fuera  
y por dentro sonrosado.  
Hendido por la mitad  
por una sencilla raya,  
juran quienes lo cataron  
que más bien sabía a papaya.*

Al concluir inquirió interesado:

—¿Fuiste uno de los que consiguieron comprobar que tan fastuoso mango sabía a papaya?

—Por desgracia no, pese a que conocí personalmente a la princesa y a mi modo de ver era una de las mujeres más hermosas y excitantes que han existido —admitió el canario—. El día en que el hijo de la gran puta del gobernador Ovando la mandó ahorcar, comprendí que si no éramos capaces de respetar tanta gracia y belleza, no respetaríamos nada, y los Ovando de turno, que suelen ser legión, acabarían por destrozarse el paraíso.

—Pues a mí Santo Domingo no me pareció en absoluto un paraíso.

—Porque en menos de diez años lo habíamos convertido en un auténtico infierno. —El canario hizo un gesto hacia abajo al añadir—: ¿Ves todos estos animales pastando tranquilamente? Te garantizo que cuando llevemos aquí algún tiempo habremos acabado con ellos.

—No creo que nadie sea capaz de acabar con tanto bicho ni aun a propósito —sentenció el andaluz.

—Los hombres blancos sí —fue la decidida respuesta—. O intentarán apoderarse de ellos, o los destruirán, porque ése es su sino. Lo vi en la Gomera, lo vi en La Española, y espero no verlo aquí, pero estoy seguro de que así ocurrirá.

Ocurriera o no algún día, lo cierto fue que, tal como el gaditano había pronosticado, los bisontes permanecieron bajo el árbol todo el día y gran parte de la noche, pero cuando, ya con el nuevo amanecer, los dos viajeros se disponían a descender de su incómodo refugio, se vieron obligados a permanecer en el mismo lugar, e incluso a ascender aún más para ocultarse entre la espesura, pues descubrieron que una partida de más de treinta pieles rojas merodeaban por los alrededores en pos de los bisontes.

—¡Mierda! ¡Lo que nos faltaba...!

Los espionaron sin poder menos que admirarse una vez á más ante la astucia, paciencia y habilidad de que hacían gala para abatir a sus presas sin asustar al resto de la manada, y tan sólo cuando se cercioraron de que se habían perdido de vista rumbo al sur cargando con cinco enormes animales despedazados, se decidieron a poner de nuevo el pie en tierra.

Les dolían los huesos, les dolían las manos, les dolían las articulaciones, y si no les dolían incluso las ideas era porque en esos momentos no se sentían capaces de tener ninguna.

Tres días más tarde, Silvestre Andújar se sorprendió al advertir que su amigo llevaba más de una hora inmóvil, con la vista clavada en el horizonte, en dirección a poniente.

—¿Te ocurre algo? —quiso saber.

—¡Calla!

—¿Pero qué diablos te pasa?

El gomero alargó el brazo señalando con el dedo hacia el punto en que tenía clavada la vista, al tiempo que inquiría:

—¿Ves aquellas nubes negras?

—¡Naturalmente! ¿Qué les sucede?

—Que se mueven rápidamente hacia el norte.

—¡Suerte la nuestra! Si se dirigen al norte no nos mojaremos.

—¡Desde luego! Pero el caso es que hay una, a la que vengo observando hace casi una hora, que no se mueve.

—¡Estará cansada!

—¡No seas idiota y piensa un poco! —lo reprendió su compañero de viaje dirigiéndole ahora una larga mirada de reproche—. ¿Qué es lo que puede hacer que una nube no se mueva de su sitio cuando las demás lo hacen empujadas por el viento?

—¿Que esté tropezando con algo?

—¡Exactamente! —dijo el canario en un tono que mostraba la magnitud de su entusiasmo—. Y si está tropezando con algo no puede ser más que una montaña; y si es una montaña tiene que tener por lo menos ochocientos metros de altura, o de lo contrario la nube no tropezaría con ella... ¡Dios bendito! —casi sollozó—. ¡Al fin se acabarán las malditas praderas! ¡Al fin!

Según Silvestre Andújar, a «las malditas praderas» sucedieron «las puñeteras montañas», con lo cual salía perdiendo en el cambio.

Por el contrario, el gomero se sentía tan a gusto como en su isla natal, probablemente el lugar más accidentado del mundo y por cuyas quebradas y precipicios había aprendido a moverse incluso bastante antes de aprender a hablar.

Hijo y nieto de pastores aborígenes, aquellos míticos guanches cuya principal fuente de riqueza eran unas cabras de las que al parecer habían aprendido los trucos que les permitían trepar por los más agrestes parajes, el canario saltaba y brincaba de una roca a la siguiente con el desparpajo y la

alegría de quien está disfrutando alegremente de las olas en una soleada playa tropical.

Mientras el infeliz gaditano sufría, sudaba y resoplaba trepando por una ladera o cerraba los ojos horrorizado al alcanzar el borde de un abismo, su compañero de viaje se entusiasmaba hasta el punto de que en ocasiones decidía dar «un pequeño paseo» hasta la cima de una montaña de casi mil metros con el único fin de contemplar el paisaje.

—Tú no eres guanche —protestaba el andaluz—. Tú eres el resultado del cruce de un mono y una cabra.

Y es que las técnicas empleadas por el canario para trepar a una pared de roca, o descender por un barranco, hubieran puesto los pelos de punta al alpinista más experimentado.

Mientras los escaladores tradicionales ascendían muy despacio y con sumo cuidado procurando asentar firmemente los pies y una de las manos antes de alargar la otra en busca de un saliente o una grieta que les sirviera de punto de apoyo con el fin de progresar unos centímetros, afirmarse bien e intentarlo de nuevo, el gomero prefería utilizar en sus subidas la larga garrocha de la que jamás se separaba.

Para ello sujetaba firmemente en su parte superior una gruesa cuerda en forma de lazo, tal como suelen emplear los perreros.

Desde dondequiera que se encontrase iba elevando la pértiga hasta que descubría, la mayor parte de las veces a dos o tres metros sobre su cabeza, un saliente de roca que se le antojaba apropiado, y que enlazaba con sorprendente habilidad. A continuación, tiraba varias veces de la pértiga hasta cerciorarse de que la cuerda se encontraba fuertemente asentada en el saliente de roca.

Una vez comprobado ese punto, ascendía a pulso por la garrocha como pudiera hacerlo un buen gimnasta, aunque en ocasiones apoyaba los pies en la pared.

Una vez acomodado arriba repetía la operación con tanta naturalidad, limpieza, rapidez y seguridad, que a los ojos de cualquier testigo parecía un juego de niños pese a que lo cierto era que llevarlo a cabo exigía una sangre

fría y una preparación física que no estaba al alcance de quien no fuera, como el canario, «el resultado de la unión de un mono y una cabra».

Los descensos resultaban aún más espectaculares.

En estos casos utilizaba la garrocha clavándola justo debajo de donde se encontraba para dejarse deslizar por ella sin que se inclinara lo más mínimo ni a un lado ni a otro.

También la usaba como pértiga que le permitía saltar a través de un abismo o de una roca a la siguiente como si no se encontrara sometido a las rígidas reglas de la gravitación universal, y asombraba advertir cómo era capaz de caer violentamente en un punto para quedarse clavado en él con una simple flexión de piernas o como si los pies se le hubieran atornillado al suelo.

En los tiempos actuales, el canario Cienfuegos hubiera sido un excelente gimnasta olímpico; a principios del siglo XVI no era más que el fruto de las circunstancias que le había tocado vivir, y en las que su supervivencia había dependido demasiado a menudo de tan excepcionales condiciones físicas.

Y de una absoluta carencia de miedo a las alturas.

Para los habitantes de la isla de la Gomera, la palabra «vértigo» no tenía razón de ser porque de lo contrario dejaban automáticamente de ser gomeros.

Si habían llegado a ello por costumbre o era algo que estaba ya en sus genes, nadie podría saberlo, pero lo cierto era que al andaluz Andújar, criado en una tranquila playa gaditana, se le revolvían las tripas y le daban vahídos tan sólo de observar cómo Cienfuegos llegaba hasta el borde de un terrorífico precipicio para detenerse a admirar el paisaje con la naturalidad con que lo contemplaría desde el centro de una pradera.

—¿Qué pasará si en una de esas te caes y te rompes la crisma? — protestaba mohíno—. Me quedaré solo en esta maldita tierra que se diría la antesala del infierno. ¿Habías visto alguna vez algo parecido?

—Ni por lo más remoto —fue la sincera respuesta—. Cuando decidí retirarme a una isla de las costas de Cuba lo hice convencido de que ya el mundo no tenía nada nuevo que enseñarme, pero en estos últimos meses no

ha parado de reservarme sorpresas. Primero aquel increíble río, más tarde las praderas, y ahora esta asombrosa meseta roja que tampoco parece tener fin. ¡Mira aquella formación rocosa! Recuerda un castillo erizado de almenas. A veces me da la impresión de que este lugar es como el cuarto de juegos de unos gigantescos niños que lo hubieran dejado todo desordenado.

Razones tenían el canario y el gaditano al asombrarse, puesto que su larga caminata los había llevado directamente desde las casi infinitas praderas del Medio Oeste a la portentosa meseta del río Colorado, una extensión de terreno tan grande como España, desolada y prácticamente desierta pero en la que la naturaleza se había mostrado más caprichosa que en cualquier otro rincón del planeta.

Les costaba un enorme trabajo admitir que aquel rugiente río de aguas fangosas que apenas era un poco más ancho que el Guadalquivir, hubiera sido capaz de excavar un cañón de más de mil metros de profundidad, por muy blando que fuera el terreno que conformaba la mayor parte de la prodigiosa meseta.

Sin duda alguna el viento había acudido en ayuda del agua, ya que si bien esa agua era bastante escasa, el viento se encontraba siempre presente aportando ingentes cantidades de arcilla y arenisca que trazaban dibujos que parecían fruto de la imaginación de un pintor desquiciado.

El salitre, pequeñas conchas y algún que otro fósil de extraños peces llevaban a pensar que la región había sido millones de años atrás el fondo de un mar que se había retirado sin razón aparente.

—Éste debe de ser el final de la Tierra —repetía una y otra vez Silvestre Andújar, cada vez más convencido de sus teorías—. Esto es el caos, y más allá acaba todo.

—¿En un abismo? —se sorprendía el gomero.

—En la inmensidad del espacio, semejante a la que tenemos sobre nuestras cabezas —era la recurrente explicación—. Esto que estamos pisando es el suelo, pero a partir de aquí comienza el vacío hasta llegar a la Luna, que es el planeta más cercano. ¡El suelo es un límite! De igual modo, cuando lleguemos al final de la Tierra habremos alcanzado otro de sus límites. Tan sencillo como eso, y mucho más sencillo que aceptar que el

mundo es redondo y podemos caminar sobre él sin caer al vacío por nadie sabe qué extraño milagro.

En ocasiones, y dependiendo del estado de ánimo del canario, la discusión se prolongaba durante horas, pero ante la evidencia del auténtico «caos» en que parecía haberse convertido ese mundo, Cienfuegos empezaba a aceptar que tal vez su exaltado compañero tuviera razón.

Según le había enseñado en su día el sabio cartógrafo Juan de la Cosa, las estrellas que se encontraban en aquellos momentos sobre su cabeza correspondían a un punto en el que, de acuerdo con las teorías de don Cristóbal Colón, debía de estar situado el mismísimo corazón de China, pero resultaba evidente que los dichosos chinos continuaban sin aparecer por parte alguna.

A la vista de ello, la lógica obligaba a aceptar que tal vez el error no estuviera en unos cálculos excesivamente conservadores, sino en que toda la teoría fuera un error en sí misma.

Sentados sobre enormes piedras en el corazón de la agreste meseta de un río de aguas fangosas, sin tener ni la menor idea de dónde se encontraban o hacia dónde se dirigían, todo invitaba a reconocer que efectivamente la dichosa Tierra era condenadamente plana.

Y es que, por si fuera poco, las cosas se les estaban complicando más y más día tras día, puesto que cabría pensar que el eventual anuncio del final de esa tierra significaba de igual modo el final de sus habitantes, fueran éstos seres humanos, animales o plantas.

La marcha se fue haciendo cada vez más lenta, no sólo a causa de lo abrupto del terreno, sino en especial debido al hecho incuestionable de que el agotado Silvestre Andújar se hallaba al borde del colapso total.

Escasa comida, aguas sucias, semanas caminando y un calor asfixiante habían tenido la «virtud» de convertir a un muchacho animoso y dispuesto a luchar por su vida, en un personaje derrotado y huraño que en ciertos momentos incluso parecía a punto de lanzarse por uno de los incontables precipicios que encontraban a su paso, decidido a acabar definitivamente con tan insufribles padecimientos.

—¡Demasiado lejos de Cádiz! —musitaba en ocasiones—. ¡Demasiado lejos de todo! ¿Qué sentido tiene llegar hasta el fin de la Tierra para darnos cuenta de que tenemos que volver atrás?

Cienfuegos se esforzaba intentando encontrar argumentos que lo animasen a seguir, pero lo cierto era que tales argumentos escaseaban e iban perdiendo eficacia a medida que se sucedían las fatigosas jornadas de avanzar sin rumbo, seguidas por nuevas jornadas de igual modo fatigosas y desesperantes.

Ya ni siquiera la «ruta de las estrellas» les servía de ayuda, puesto que resultaba del todo imposible dar un solo paso en la oscuridad por una región en la que incluso a plena luz del día corrían peligro de despeñarse.

—¿Qué rumbo llevamos?

—No lo sé.

—¿Y qué rumbo deberíamos llevar?

—Tampoco lo sé.

—En ese caso, ¿a qué viene seguir caminando?

—A que quedarnos quietos es tanto como condenarnos a morir como perros asustados, y el hijo de mi madre no nació para morir como un perro asustado.

—Empiezo a creer que el hijo de mi madre sí.

—No, mientras yo pueda impedirlo.

Redujeron las horas de marcha a las primeras de la mañana y las últimas de la tarde, cuando el calor disminuía, pero debido a ello y a lo abrupto del terreno apenas progresaban, por lo que en ocasiones transcurrían casi tres días desde el momento en que divisaban en el horizonte una de aquellas inmensas rocas rojas que semejaban dedos que acusaran al cielo, hasta que la perdían de vista a sus espaldas.

Y cuando soplabla con fuerza el viento se veían obligados a detenerse porque traía tal cantidad de arena y la empujaba con tanta violencia que amenazaba con destrozarles los ojos.

—¿Por qué...? —casi sollozaba en esos momentos el gaditano—. ¿Por qué, Señor? ¿Qué te hemos hecho para merecer semejantes castigos? ¿En qué te hemos ofendido?

El canario trataba de explicarle que no era necesario ofender al Señor para que éste decidiera enviar los mayores sufrimientos imaginables porque, como le había dicho Ingrid en cierta ocasión: «Su gran problema estriba en que siempre está mirando demasiado lejos y por lo tanto no puede ver ni la belleza ni el horror de lo que ha creado».

La grandiosa belleza del lugar en que se encontraban no admitía descripción posible, como tampoco la admitía el horror de verse forzados a atravesarlo sin tener ni la menor idea sobre cuánto tiempo podrían tardar en hacerlo, si es que finalizaba en alguna parte.

Una mañana en la que llegaron al pie de una de aquellas impresionantes columnas de roca de casi cuatrocientos metros de altura que parecían haber surgido desde el fondo de la tierra como si una monstruosa mano las hubiera empujado de improviso, Cienfuegos decidió escalarla con el fin de intentar orientarse desde la cima, por lo que indicó al andaluz que continuara avanzando hasta un grupo de rocas que se distinguían más

adelante y que conformaban una especie de gran caverna poco profunda en la que podría descansar a la sombra.

Andújar obedeció sin rechistar puesto que parecía haber dejado todas las decisiones en manos de quien aún mantenía íntegra su entereza, por lo que el canario dejó al pie de la montaña todo cuanto le estorbaba y, sin más carga que la pértiga, la cuerda, el odre de agua y un poco de carne seca, inició una de aquellas sorprendentes ascensiones que tenía por costumbre, lo que le permitió alcanzar una ancha explanada desde la que podía atisbar un horizonte libre y despejado hacia los cuatro puntos cardinales.

La belleza deja de ser belleza cuando se torna tan agresiva y amenazante que quien la contempla ya no puede admirarla porque empieza a temerla.

El agreste y caótico infierno de rocas rojas consiguió angustiar incluso a quien se había enfrentado a todos los peligros conocidos. En cualquier otro lugar por el que el canario hubiera transitado, incluso en situaciones harto difíciles, existía vida animal, mientras que en el corazón de la gigantesca meseta del Colorado se tenía la abrumadora impresión de que aquél era un reino mineral con muy ligeros toques de vida vegetal.

Rocas, piedra, polvo y tierra, todo ello en las más infinitas gamas de rojos que cupiera imaginar, y todo ello bajo un sol de fuego y un cielo de un azul añil en el que no se distinguía ni tan siquiera una nube.

El mundo había muerto.

¡Dios nos asista!

El mismo paisaje mirando en dirección norte, sur y oeste, mientras que hacia el este quedaba el lugar por el que habían venido, sin que se distinguiera ya ni el menor asomo de las interminables praderas que tanto les había costado atravesar.

—¡La puta...! —masculló en voz alta el desolado canario—. ¿Qué le digo yo ahora al pobre Silvestre?

Se aproximó al borde de la explanada con intención de buscar a su amigo con la vista, y fue en ese justo momento cuando descubrió que algo se movía en la distancia.

Aguzó la vista y a poco dejó escapar un amargo lamento: una treintena de semidesnudas figuras humanas se aproximaban con sigilo al punto en el que el gaditano dormía, ajeno al peligro.

Su primera intención fue gritar intentando advertirle de la presencia de los salvajes, pero al instante comprendió que no lo oiría mientras que tal vez llamase la atención de alguno de los guerreros, que cruzaba en esos momentos casi al pie de la columna de roca en cuya cima se encontraba.

Optó por tanto por echarse a tierra, asomar apenas la cabeza y observar, confiando en que tal vez los guerreros de piel roja no se hubieran percatado de la presencia del andaluz y pasaran de largo.

Durante casi diez minutos mantuvo la esperanza mientras rezaba todo cuanto sabía, pero al cabo de ese tiempo resultó evidente que los salvajes sabían muy bien lo que hacían y hacia dónde se encaminaban, pese a que continuaban avanzando con infinitas precauciones.

El agotado Silvestre Andújar ni siquiera se enteró de lo que estaba ocurriendo hasta que cuatro hombres cayeron sobre él y lo despojaron de sus armas antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

Desde su privilegiado mirador, el canario pudo observar cómo los indígenas giraban en torno a su prisionero, lo tocaban, le tiraban de la barba y estudiaban como a un animal nunca visto anteriormente, para obligar por último a recoger sus pertenencias y reiniciar su marcha rumbo al sudeste llevándose atado por el cuello como a un preciado trofeo o animal peligroso.

En un momento dado, el gaditano dirigió una larga mirada a la cima de la montaña, y, pese a hallarse demasiado lejos, al gomero no le cupo duda de que había sido una mirada de súplica.

Siguió con la vista al numeroso grupo hasta que desapareció tras una pequeña colina de piedras, pero prefirió mantenerse inmóvil puesto que no podía estar absolutamente seguro de que algún piel roja no se hubiera quedado rezagado y al acecho.

Comenzaba a caer la tarde, y con la llegada de las primeras sombras el canario comprendió que no podía iniciar el descenso sin correr el riesgo de precipitarse al abismo.

Se tumbó por lo tanto cara al cielo, mientras las tinieblas se apoderaban del firmamento; luego, aparecieron miríadas de estrellas, que parecían estar allí más cerca que en ningún otro lugar del mundo, y por último una luna de un color amarillo rabioso.

Bañado por la luz de esa luna, el canario Cienfuegos se preguntó cómo era posible que un ser humano se encontrara absolutamente solo y desamparado en la cumbre de un dedo de piedra roja, a miles de millas del lugar en que había nacido.

«Quizás sea éste el mejor lugar para morir —se dijo—. Quizás lo que debería hacer es quedarme en lo alto de este gigantesco túmulo funerario y, como opina Silvestre, permitir que concluyan mis sufrimientos. Si el destino pretendía empujarme hasta el límite de mis fuerzas, lo ha conseguido.»

Incluso los hombres como el gomero, inasequibles al desaliento, estaban expuestos a experimentar en determinados momentos una profunda crisis emocional que solía ser, por lógica, mucho más difícil de superar que en personas consideradas «normales».

La tensión acumulada durante largos meses de continua huida y peligros sin cuento comenzaba a resquebrajar un espíritu que hasta esos momentos había dado muestras de una sorprendente fortaleza.

Y es que el canario había llegado a la dolorosa conclusión de que, al dejarlo una vez más absolutamente solo, le exigían demasiado.

Silvestre Andújar había sido en primer lugar un compañero de viaje, luego un entrañable amigo, y por último una especie de hermano menor al que se había sentido en la obligación de proteger cuando amenazaba con derrumbarse.

Habían aprendido mucho el uno del otro y se habían apoyado mutuamente durante aquella interminable caminata, por lo que en aquellos momentos el cabrero se sentía como si le hubieran cortado una pierna o le hubieran arrancado la mitad del cerebro.

Cuando Cienfuegos dormía, Silvestre velaba; cuando Cienfuegos marchaba en cabeza, Silvestre lo seguía atado a una cuerda, y cuando Silvestre flaqueaba, Cienfuegos aportaba una visión positiva.

En cierto modo se sentía traicionado por la dejadez del andaluz, que se había quedado dormido en el corazón de una tierra desconocida e inhóspita, y en cierto modo él mismo se sentía culpable por no haberse quedado a velar el sueño de quien se encontraba física y moralmente destrozado.

«¿Qué más puedo hacer? —se preguntó cuando la, primera claridad del día se anunciaba muy vagamente en el horizonte—. Lo ayudé a escapar y le permití sentirse libre durante varios meses; luego comenzó a rendirse y han vuelto a esclavizarlo. Tal vez sea ése su verdadero destino y yo no esté en disposición de hacer nada por evitarlo.»

El ciclo se había completado: el gaditano había caído de nuevo en manos de los pieles rojas, mientras que él se encontraba solo una vez más.

Y la experiencia le enseñaba que siempre se las había arreglado mejor sin ningún tipo de compañía, porque nadie era capaz de soportar los sacrificios que él soportaba, ni poseía los recursos de que siempre había hecho gala.

—Nunca conseguiré regresar a casa cargando con alguien tan derrotado y pesimista —musitó tratando de convencerse a sí mismo de que no conseguiría ayudar a su compañero de viaje—. ¡Nunca! De ahora en adelante es mejor que me las apañe como siempre.

Cuando el sol le dio de lleno en el rostro llegó a la conclusión de que tenía que elegir entre tres opciones: lanzarse de cabeza al vacío, quedarse allí y morir de sed puesto que en el odre apenas quedaban unos sorbos de agua, o iniciar el arriesgado descenso y continuar su desesperante peregrinación hacia el lugar en el que, según Silvestre Andújar, terminaba la Tierra.

—¡Valdrá la pena ver ese lugar! —masculló—. Si allí acaba el mundo debe de ser un abismo del carajo.

Era en verdad «un abismo del carajo», pero la Tierra tampoco acababa en aquel lugar.

Por el fondo del increíble cañón corría un río de aguas rojizas, porque todo tenía que ser lógicamente escarlata, carmín, ocre, rojo, rosado,

magenta o colorado en el extraño mundo por el que llevaban semanas deambulando. Pero, por suerte o por desgracia, en la otra orilla un paisaje de idénticas cadenas montañosas de idénticos colores se perdía de vista en la distancia.

—¡No es posible! —se lamentó el gomero tomando asiento sobre una roca—. ¡No es posible! ¡Nada puede ser tan grande...!

Había perdido la cuenta de cuántos días, cuántas semanas o cuántos meses llevaba caminando desde que había naufragado, y no tenía ni la menor idea de cuántas miles de leguas podría haber recorrido en ese tiempo; pero, fueran las que fueran, cada vez que alzaba los ojos lo que alcanzaba a ver parecía querer indicarle que ni siquiera había dado aún el primer paso en la dirección correcta.

A su modo de ver, harto ignorantes debían de ser don Cristóbal Colón, todos los sabios que lo habían precedido, e incluso el mismísimo Juan de la Cosa, al que siempre había querido y respetado, si no tenían la más remota idea de que, antes de llegar a la tan cacareada China, se toparían con el gigantesco territorio con que él, pobre cabrero canario, se había topado.

Aún recordaba al Almirante oteando el horizonte desde el castillo de proa de la *Santa María*, convencido de que de un momento a otro harían su aparición en la distancia los tejados, ¡de oro puro!, de los palacios del Gran Khan.

—¡La madre que te parió! —masculló indignado—. ¡Aquí querría verte yo, hijo de una cabra tuerta! ¿Dónde coño están los malditos palacios de techos de oro? ¿Dónde coño están aunque sean chozas de techo de paja pero con chinos dentro?

Si las praderas se le habían antojado la mayor cárcel sin rejas que el Creador pudiera haber inventado, la altiplanicie por la que ahora vagaba como alma en pena se le antojaba el mayor laberinto que al mismo caprichoso Creador se le hubiera podido ocurrir.

A casi mil metros bajo sus pies, el río de aguas rojizas giraba y volvía a girar retorciéndose sobre sí mismo una y otra vez, como si se tratara de un intrincado muro que en lugar de elevarse hacia el cielo se hundiera en los infiernos.

Incluso para él, acostumbrado a subir y bajar montañas desde que tenía uso de razón, el reto era excesivo porque todo, absolutamente todo en aquel maldito rincón del planeta, era excesivo.

Tras meditar largamente sobre sus escasas posibilidades de éxito escalando colinas, barrancos y montañas durante el resto de su vida, llegó a la conclusión de que lo único que podía sacarlo de aquella trampa infernal eran las aguas que corrían por el fondo del escarpado y asombroso cañón.

No le gustaba en absoluto la idea de dejarse arrastrar por una corriente que en cualquier momento podía precipitarse al vacío; pero, como no encontraba ninguna otra solución aceptable, decidió buscar un punto por el que descender hasta sus orillas con unas ciertas garantías de no romperse la crisma, cargado como iba con el arcabuz, el barril de pólvora, los odres de agua, la garrocha, la vela de la barca, el saco de provisiones, la cuerda y el afilado machete.

Avanzó por tanto, bordeando el precipicio y con la vista puesta en cada detalle del terreno, hasta que al cabo de dos horas reparó en que algo brillaba con sorprendente intensidad a unos trescientos metros de distancia.

Al llegar a ese punto no pudo menos que sonreír.

Clavada sobre un pequeño montón de excrementos humanos se encontraba una bala de oro.

No le costó demasiado entender a qué se debía tan sorprendente hallazgo: sin duda el astuto gaditano había pedido permiso para quedarse atrás con la disculpa de hacer sus necesidades, a fin de indicarle que habían pasado por aquel lugar.

Unos cincuenta metros más allá descubrió un estrecho sendero casi invisible desde lo alto, pero sembrado de huellas humanas, que serpenteaba hasta el cauce del río.

Permaneció largo rato al acecho, cerciorándose de que no se advertía presencia humana de ninguna clase por los alrededores, y antes de que comenzara a caer la tarde inició el peligroso descenso.

El sendero concluía en una especie de tranquilo playón en el que se distinguían los surcos dejados en el fango de la orilla por tres largas y

delgadas embarcaciones y también había restos de una hoguera, huesos de animales y media docena de deposiciones humanas.

Sobre una laja de piedra, dibujada con un pedazo de madera carbonizada, alcanzó a ver una pequeña cruz.

Evidentemente el andaluz le suplicaba que no le abandonara.

Incluso en el caso de que el gomero Cienfuegos se mostrara absolutamente decidido a poner en peligro su libertad, y tal vez su vida, en un desesperado intento de ayudar a su compañero de viaje, el primer obstáculo se centraba en una simple pregunta: ¿dónde demonios se encontraba en aquellos momentos Silvestre Andújar?

Por lo que cabía deducir del estado del fuego y los excrementos humanos, secos ya a causa del sol y el viento, el grupo de guerreros indígenas y su prisionero debían de haber acampado en aquel lugar tres o cuatro noches antes, pero no existía la menor señal razonable de que las embarcaciones en las que habían llegado y en las que evidentemente se habían marchado, lo hicieran navegando aguas arriba o aguas abajo.

Lo mismo podía tratarse de una partida de cazadores nómadas que se habían dejado empujar por la corriente, como de otra que se dedicara a explorar el gigantesco y desértico territorio que siglos más tarde se llamaría «meseta del Colorado» remontando el río a fuerza de remos.

También podían ser los guerreros de un poblado establecido no lejos de allí, y que tuvieran por costumbre realizar de vez en cuando correrías por las proximidades.

En ese caso el problema seguía estribando en decidir si el supuesto poblado lo habían levantado en una dirección o en la opuesta.

Tras meditar largamente sobre ello, el canario llegó a la única decisión que consideró oportuna en semejantes circunstancias:

—No estoy en condiciones de remontar este jodido río sin una embarcación apropiada —comentó como si le estuviera hablando directamente al gaditano—. Y tengo la casi absoluta seguridad de que las

aguas vienen de las montañas que dejamos atrás hace semanas. Por lo tanto, lo único que puedo hacer es dejarme llevar por la corriente y, si te encuentro por el camino, te prometo que intentaré echarte una mano, pero si te han llevado aguas arriba lo siento por ti.

Nadie, ni tan siquiera un superviviente nato como el gomero, podía hacer milagros en un lugar en el que conservar la propia vida era ya de por sí un auténtico milagro.

Si no pasaba hambre se debía únicamente a que era capaz de comerse todo lo que saltara, nadara, volara, se arrastrara o se moviera, e incluso muchas de las cosas que no se movían pero que su especial olfato y una larga experiencia le indicaban que podían proporcionarle algún alimento sin poner en peligro un estómago que se diría capaz de digerir piedras.

Lagartos, lagartijas, serpientes, topos, ratones, aves, polluelos, huevos, peces, tunas, bayas y hasta gran cantidad de insectos contribuían a mantenerlo con vida, visto que, desde el momento en que decidió no arrojarlo desde lo alto de la columna de roca, había puesto todo su empeño en regresar a su casa o alcanzar el punto en que según las teorías del andaluz concluía la Tierra.

Por fortuna, y ése era quizás uno de los pocos golpes de suerte que llegó a tener a todo lo largo de su interminable periplo a través de un ilimitado y desconocido continente, se trataba del verano de un año especialmente seco, por lo que el río bajaba con muy poco caudal.

Tal vez debido a ello, los indígenas se habían aventurado a navegarlo, lo cual debía de resultarles harto difícil en épocas de crecida. Así pues, tras estudiar detenidamente la situación, Cienfuegos llegó a la conclusión de que cabía arriesgarse a dejarse llevar por la corriente, procurando, eso sí, no alejarse excesivamente de la orilla.

Recurrió al manido truco de llenar de aire el odre, afirmó a él con ayuda de la red y las cuerdas sus cada vez más escasas posesiones e, introduciéndose en un agua barrosa, permitió que la corriente lo arrastrase mansamente.

Impresionaba mirar hacia lo alto y descubrir que en algunos momentos se encontraba encajonado entre paredes que superaban los mil metros de

altura.

Más que impresionar, acojonaba.

Nunca, ni en la inmensidad del océano durante una interminable noche de tormenta, se había sentido tan minúsculo.

La Creación original lo rodeaba por todas partes.

Continuaba sin poder entender cómo aquel pequeño cauce de agua había conseguido erosionar el terreno de una forma tan espectacular, y con el rostro alzado hacia los altivos picachos no pudo menos que preguntarse cuántos millones de años habría necesitado semejante ridiculez de río para descender hasta donde ahora se encontraba.

¡País de locos!

A media tarde distinguió en la distancia espuma blanca, de modo que se apresuró a aproximarse a la orilla para avanzar por tierra calculando el peligro.

Se trataba de un rápido que descendía unos cinco metros de nivel, y cuyo único peligro estribaba en la posibilidad de ser golpeado contra las rocas, por lo que prefirió bordearlo, descansar un rato y continuar «navegando» desde el punto en que las aguas volvían a mostrarse tan tranquilas como de costumbre.

Esa noche durmió sobre la arena, arrullado por el murmullo de la corriente.

Al día siguiente descubrió que en la mayor parte de las laderas o en el fondo de los incontables cañones que se formaban ahora a uno y otro lado del cauce principal, y que en aquellos momentos aparecían casi secos, crecía una abundante vegetación de arbustos, monte bajo e incluso algún que otro bosquecillo en los que anidaban infinidad de aves de todo tipo, y resultaba sencillo encontrarse con alguna liebre o una familia de ardillas.

Dedicó por tanto un par de días a cazar, atracarse a gusto y ahumar carne para los momentos de apuro, al tiempo que cortaba y trenzaba ramas con el fin de construirse una rústica balsa que le permitiera continuar río abajo sin necesidad de mojarse más que las posaderas y los muslos.

Su inseparable garrocha le sirvió más tarde para apartar la almadía de las rocas o cambiar de rumbo clavándola en el fondo, de tal forma que la

larga travesía comenzó a resultar, si no cómoda, al menos soportable.

Soportable, sí, pero infinita.

Si a la desmesura de las praderas sin horizontes había sucedido la desmesura de la meseta de rocas rojas, la nueva desmesura de aquel universo absolutamente desmesurado se concretaba ahora en las mil vueltas y revueltas de un río que discurría por entre inconcebibles picachos como si su única misión en este mundo fuera la de retrasar lo más posible su llegada al mar o a donde diablos tuviera que llegar.

Se dirigía al sudeste pero de pronto giraba al norte, dudaba, volvía hacia el este, hacía un quiebro entre dos montañas, y tomaba de nuevo el primitivo rumbo, tan desesperadamente lento y enrevesado que el indignado Cienfuegos no podía menos que exclamar a voz en cuello:

—Pero ¿a dónde coño vas ahora, hijo de la gran puta? ¿Es que te has propuesto que me haga viejo con el culo en remojo? ¡Decírete de una condenada vez!

Pero el Colorado parecía empeñado en demostrar desde un principio que era, y sería siempre, el río más indeciso del planeta, y el que más recorrido necesitaba para unir entre sí dos puntos concretos.

El cabrero llegó a la conclusión de que cuando había nacido aquel maldito río aún no se había inventado la línea recta.

Perdió la noción de los días que llevaba con el trasero empapado, porque al fin y al cabo poco le importaba el tiempo teniendo en cuenta que había perdido ya toda esperanza de regresar junto a su familia.

«Si por casualidad Silvestre estuviera equivocado y es Colón quien tiene razón y la Tierra es redonda —se dijo en un momento de absoluto desconcierto—, más posibilidades tengo de llegar a pie a Barcelona que de regresar a Cuba.»

Pero personalmente empezaba a sospechar que la Tierra no era ni plana ni redonda; era pura y sencillamente enrevesada.

«Quien la creó, si es que en verdad hubo alguien que perdió su tiempo en tan disparatada obra, no tenía el menor sentido de las proporciones —se dijo—. En un lugar puso montañas a puñados, en otro llanos hasta aburrir, más allá océanos sin fin, en un rincón áridos y calurosos desiertos, y ni él

mismo sabe dónde, selvas en las que no para de llover. —Lanzó un reniego de los que tenían la virtud de tranquilizarlo un rato—. ¡Y para colmo este maldito río! La verdad es, señor Creador, que siendo sincero contigo mismo deberías admitir que has demostrado ser un inepto. Mi hijo menor hubiera distribuido mejor las cosas.»

Se esforzó por no pensar en sus hijos, ni en Ingrid, ni en Araya, ni en lo hermosa y placentera que era su vida hasta la malhadada noche en que se le había ocurrido salir a pescar, consciente de que en cuanto comenzaba a hacerlo la mente se le quedaba en blanco.

No sólo había empezado a perder la noción del tiempo; también estaba perdiendo la noción del espacio y de quién era en realidad.

Llegó serpenteando sobre la superficie del río, apenas a unos metros sobre el nivel del agua, invisible en la oscuridad de la noche, silencioso e imperceptible para quien no tuviera, como Cienfuegos, todos los sentidos alerta, sabedor de que de cada uno de esos sentidos dependían sus posibilidades de continuar en el mundo de los vivos.

Años de esquivar a la muerte, de presentir los peligros, o de advertir el más mínimo cambio en el entorno le alertaron de inmediato y le hicieron erguirse y prestar atención.

Humo y olor a leña quemada, pero no olor a fuego descontrolado, fruto del capricho de la naturaleza, sino un olor en el que podía captarse un ligero punto de carne asada, casi imperceptible para un olfato menos agudo que el suyo.

El fuego de los hombres.

Y el fuego que tantas veces lo había avisado de la presencia de quienes en este caso se sentían del todo seguros puesto que permitían que el escandaloso olor de su fuego se extendiera con absoluta libertad por los alrededores.

Ocultó bajo un montón de piedras la mayor parte de sus pertenencias, así como la pequeña balsa, y, armado únicamente con su inseparable

garrocha, el cuchillo y el machete, se dejó llevar por la corriente aunque continuó manteniéndose muy pegado a la orilla.

Al poco trecho el río giró, continuó serpenteando unos trescientos metros y torció de nuevo, esta vez a la izquierda, para acabar por desembocar en un ensanchamiento que conformaba una tranquila laguna cuya verdadera extensión no consiguió calcular en la oscuridad.

En la orilla opuesta brillaban varias hogueras, en torno a las cuales se distinguían gran cantidad de figuras humanas que poco después comenzaron a cantar y danzar al ritmo de sonoros tambores, y por un momento Cienfuegos temió que aquella pandilla de salvajes se encontraran celebrando un banquete en el que el «invitado especial» fuera su buen amigo Silvestre Andújar.

Le vinieron a la mente no obstante las afirmaciones del andaluz, que en más de una ocasión había insistido en el hecho de que ninguna de las familias sioux ni las tribus vecinas habían practicado nunca el canibalismo, que estaba considerado por los pieles rojas como una de las peores aberraciones en que podía caer un ser humano.

—Confío por tu bien en que no te equivocarás —musitó como si el gaditano pudiera escucharle—. Y confío en que esos salvajes sepan que se trata de una aberración porque, como nadie se lo haya advertido, me temo que estás perdido.

Tras un largo rato de observar los cantos, los bailes y las idas y venidas de hombres y mujeres, que comían, reían y bebían, el canario llegó a la conclusión de que el animado y ruidoso sarao iba para largo y que no estaba en disposición de hacer nada de provecho hasta que la luz del día le permitiera formarse una clara idea de cuál era la situación del poblado y en qué forma se encontraba vigilado o protegido.

Salió por tanto del agua por la orilla opuesta de la laguna, a poco menos de quinientos metros del poblado, para ascender sigilosamente y casi a tientas por la escarpada ladera hasta que localizó un grupo de rocas tras las que, a su modo de ver, podía mantenerse fuera del campo de visión de los nativos cuando llegara el día.

Durmió a pierna suelta, pese a que los cantos y bailes continuaron casi hasta el amanecer y cuando las primeras sombras comenzaron a diluirse descubrió a su izquierda, a unos treinta metros de distancia, una pequeña cueva, por lo que no dudó en arrastrarse hasta ella.

No era muy profunda, apenas el largo de su cuerpo, pero constituía un magnífico refugio, y desde la altura en que se encontraba disfrutaba de una perfecta visión sobre el poblado indígena.

Éste estaba constituido por seis amplias cabañas de madera, sin paredes pero con un grueso techo de paja, y ocho o diez grandes cuevas distribuidas a todo lo largo de una escarpada ladera y comunicadas entre sí por medio de anchos senderos y cortas escalinatas talladas en la roca.

De momento no se advertía más presencia humana que una pareja que dormía a la orilla del agua, no lejos del punto en que aparecían varadas en tierra una docena de canoas pintadas de vivos colores entre los que predominaba el rojo.

A la derecha del poblado se distinguía la entrada de un ancho cañón que aparecía recubierto por una compacta plantación de maíz a punto de madurar, y poco más allá el punto por el que el río se estrechaba nuevamente para perderse de vista en dirección sur.

Mediada la mañana, cuando el sol coronó la montaña que se alzaba a espaldas del cabrero y dejó caer sus rayos directamente sobre el techo de las cabañas, los somnolientos nativos comenzaron a dar señales de vida y resultó evidente que lo hacían con la desgana propia de quien ha pasado una larga y agitada noche de parranda.

Algunos se alejaron río abajo a hacer sus necesidades y dejaron que la corriente se llevara sus excrementos y algún que otro vómito; al poco rato, hizo su aparición en la entrada de la mayor de las cavernas un grupo de cautivos atados los unos a los otros, a los que empujaban dos guerreros que los condujeron hasta un punto en el que se distinguían montones de piedras de todos los tamaños. Los obligaron a tomar asiento, y muy pronto tanto las mujeres como los hombres se pusieron a golpear unas piedras contra otras.

Cienfuegos lanzó un hondo suspiro de alivio al descubrir que el gaditano se encontraba entre ellos.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó en voz alta—. ¡Mil veces bendito! Por lo menos está vivo.

Prestó atención a lo que estaban haciendo y al cabo de un largo rato llegó a la conclusión de que al parecer los cautivos se dedicaban a la pesada tarea de partir piedras, tallándolas y afilándolas con objeto de convertirlas en hachas y puntas de flecha.

—¡Qué jodidos! —no pudo menos que exclamar—. Siempre imaginé que ése era un trabajo de guerreros, y ahora resulta que los muy cabrones se lo traspasan a los esclavos.

Poco después, un joven piel roja armado de un largo arco trepó desganadamente por la colina, tropezando y dando muestras de que aún no se había recuperado de la sonada juerga, para ir a tomar asiento en la cima de un otero desde el que al parecer dominaba una gran extensión de terreno en todas direcciones, en especial el cauce del río, tanto aguas abajo como aguas arriba.

Quien había elegido el emplazamiento del poblado sabía lo que hacía, ya que un puñado de arqueros apostados en la cima de la montaña y en la entrada de las cuevas lo convertían en prácticamente inexpugnable.

Difícil desafío para un solo hombre armado de un viejo arcabuz y una única bala.

Por más que esa bala fuera de oro.

El día se le hizo infinitamente largo debido a que la noche anterior no había tenido la precaución de cargar con el odre del agua, por lo que la sed empezó a martirizarlo a media tarde.

Ver la laguna tan cerca y no poder aproximarse a ella por miedo a ser descubierto desde la otra orilla aumentaba su desazón, y la necesidad de beber comenzó a hacerse perentoria cuando los rayos del sol de poniente penetraron hasta el fondo de la diminuta cueva, lo que la convirtió en poco tiempo en una especie de horno en el que el mero hecho de respirar exigía un notable esfuerzo.

Se maldijo en voz baja por haberse metido sin ayuda de nadie en tan absurda ratonera, lo que resultaba a todas luces impropio de su experiencia en situaciones difíciles. Se sabía capaz de resistir varios días sin comer, pero sabía de igual modo que el agua resultaba imprescindible, especialmente en un lugar tan árido y caluroso como aquel.

Se acurrucó en posición fetal y, sudando a mares y deshidratándose por minutos, y se esforzó en un vano intento de dejar la mente en blanco con el fin de no permitir que lo venciera la tentación de echar a correr ladera abajo para lanzarse de cabeza a un agua que parecía estar, llamándolo a gritos.

La angustiada sensación que experimentaba podía compararse a la de quien se está ahogando en el fondo del mar, pero a pesar de ello lucha con todas sus fuerzas por no ascender a una superficie en la que sabe que le espera la muerte.

Una vez más el tiempo vino a demostrar cuán caprichoso puede llegar a ser cuando decide alargarse a su antojo.

Una hora en el interior de una sofocante cueva abrasada por el sol en pleno corazón del cañón del río Colorado podía convertirse en un año, y dos horas en toda la eternidad.

La oscuridad no acababa de llegar y aquél fue, probablemente, el día más largo en la vida del canario.

Ninguna tortura puede compararse de ningún modo a la sed, puesto que cada tipo de tortura, por sofisticada que sea, actúa sobre uno o varios puntos muy concretos del cuerpo, mientras que la sed actúa sobre todos ellos, incluida la última célula del último rincón del cerebro.

Y cuando ese cerebro ordena lanzarse de cabeza a un agua que se encuentra a tan sólo unos metros de distancia, resulta muy difícil desobedecer.

Aquella tarde, el gomero padeció en carne propia el suplicio de Tántalo.

Cierto que no había sido tan soberbio como el mítico rey de Lidia, que sacrificó a su hijo con el fin de ofrecérselo a los dioses en un exclusivo banquete, por lo que Zeus castigó su prepotencia obligándolo a sufrir eternamente el tormento de la sed mientras tenía el agua al alcance de la mano; pero igualmente cierto era que Cienfuegos había sobrevalorado sus

fuerzas, y ahora no era el severo Zeus sino su padre, el vengativo Cronos, quien castigaba su soberbia por el sencillo procedimiento de avanzar por la bóveda del cielo mucho más lentamente de lo que tenía por costumbre.

Las tinieblas debían de tener una cita importante en cualquier otro lugar de una Tierra plana, puesto que ni siquiera daban señales de vida. Mientras tanto, el sol semejaba un doblón de oro incandescente clavado en un cielo de un azul impoluto.

El canario siempre juró que aquella tarde le sudaron hasta los dientes y las uñas.

Advirtió que comenzaba a renacer con el tardío ocaso, pero tan sólo regresó a la vida en el momento en que, ya noche cerrada, se dejó caer de bruces en el río para beber con tanta ansiedad que casi se atraganta.

Luego permaneció largo rato contemplando el poblado, en el que ahora no brillaba más que una pequeña hoguera que se consumió al poco rato, y cuando las tinieblas se adueñaron por completo del mundo comenzó a nadar muy lentamente aguas arriba en busca del punto en el que había ocultado su diminuta balsa.

El día siguiente lo dedicó a reflexionar sobre cuanto había visto, tratando de calcular las posibilidades que tenía de volver a arrancar al andaluz de manos de sus captores, y tras darle muchas vueltas llegó a la dolorosa conclusión de que no es que se le antojaran escasas: es que no existía ninguna.

En caso de intentarlo tendría que enfrentarse a casi medio centenar de guerreros armados de largos arcos, afiladas lanzas y contundentes hachas de piedra, parapetados en lo que podía considerarse un fortín al que todo un regimiento de arcabuceros le hubiera costado un notable esfuerzo asaltar.

—Aquí me gustaría ver a don Alonso de Ojeda —murmuró entre dientes—. Cuando capturó a Canoabo tenía un caballo y una armadura, mientras que yo ando semidesnudo y descalzo.

Tras reflexionar largamente decidió que lo más sensato que podía hacer era aproximarse de noche al poblado, apoderarse de una de las muchas canoas que se encontraban varadas justo al borde del agua, y continuar con ella su viaje río abajo lo más aprisa posible.

Con suerte obtendría unas ocho horas de ventaja antes de que los pieles rojas advirtieran que les faltaba una embarcación, y ésta era sin duda una notable ventaja si sabía aprovecharla.

El plan resultaba a su modo de ver bastante lógico, aunque presentara, eso sí, un notable inconveniente: no le apetecía en absoluto la idea de alcanzar el confín de la Tierra a solas.

Una y otra vez acudía a su mente la imagen del grupo de esclavos sentados al sol, e imaginaba lo que significaría pasarse el resto de la vida golpeando una piedra contra otra hasta que fallaran las fuerzas, por lo que admitió a regañadientes que tenía que buscar una forma de intentar ayudar al andaluz.

Pero ¿cómo?

No contaba más que con un viejo arcabuz capaz de realizar un solo disparo, una herrumbrosa ballesta poco fiable y alrededor de una libra de pólvora.

Ni aunque consiguiera sentar a todos los guerreros del poblado sobre el triste barrilito de explosivos lograría acabar con ellos.

Esa noche cerró los ojos convencido de que tenía que pensar.

Y mucho.

Ocultó entre los arbustos la balsa y el arcabuz, que en semejantes circunstancias constituía más un engorro que una ayuda, y ascendió sin prisas hasta la extensa meseta, a la búsqueda de lo que estaba necesitando y de cuya existencia había reparado durante sus largas caminatas por aquellos lugares desolados e inhóspitos.

Pese a tener constancia de que abundaba, tardó día y medio en encontrar un yacimiento que, a su modo de ver, pudiera proporcionarle la suficiente materia prima, y casi otro tanto en recoger, moler y limpiar de escoria unos dos kilos de azufre que consideró de aceptable calidad.

Mucho más fácil de conseguir le resultó el salitre, en un lugar que millones de años atrás debía de encontrarse en el fondo del océano, y, aunque no existían por los alrededores tilos o sauces, sustituyó su madera por la de un arbusto que se le antojó apropiado.

Cortó diez o doce troncos de aproximadamente medio metro de largo por diez centímetros de ancho, los apiló tal como había visto hacer de niño a los carboneros de la Gomera y tras cubrirlos de tierra, practicó cuatro o cinco respiraderos por los que introdujo fuego con el fin de que ardieran muy lentamente durante toda la noche.

A la mañana siguiente raspó con sumo cuidado la parte exterior de los troncos hasta reunir unos tres kilos de un polvo de carbón vegetal que se parecía, al menos exteriormente, al que tantas veces había utilizado en la Escondida.

Con todo ello se instaló en una de las innumerables cuevas de las proximidades y se concentró en la tarea de medir con el mayor rigor posible las partes exactas que la milenaria fórmula china exigía.

Siete y media de salitre, una y media de carbón, y una de azufre.

Las primeras pruebas resultaron, a decir verdad, harto decepcionantes: la mezcla chisporroteaba y en ocasiones incluso parecía estar dispuesta a arder con alegría, pero al poco rato lanzaba una especie de suspiro de aburrimiento y se quedaba tan inerte como un puñado de arena.

Algo fallaba.

Y mucho.

Decidió tomarse las cosas con calma para intentar descubrir dónde radicaba la raíz del problema y al fin llegó a la conclusión de que tanto el azufre como el salitre parecían ofrecer garantías de calidad, por lo que el fallo debía encontrarse en un carbón que había obtenido de madera recién cortada, razón por la cual la combustión no debía resultar tan correcta como era de esperar.

Así pues, fue aumentando poco a poco la proporción de carbón hasta que al fin la mezcla se comportó como si se tratara de auténtica pólvora, pese a que resultaba arriesgado confiar ciegamente en su eficacia.

Cuando al día siguiente la comprimió en varios pedazos de caña hueca advirtió que, al prender fuego a las mechas, en ocasiones reventaban, pero en otras se limitaban a lanzarle una ridícula pedorreta.

—¡Magnífico! —exclamó—. Si el explosivo falla no me quedará otro recurso que insultar a los guerreros, pero no creo que sirva de mucho porque ni siquiera me entenderán.

Se planteó una vez más que un arcabuz para el que no tenía más que una sola bala recuperada de un montón de mierda, y unos ridículos «fuegos artificiales» propensos a lanzar pedorretas, no constituían en verdad un armamento apropiado para enfrentarse a medio centenar de salvajes pieles rojas.

—David contaba con una buena honda, una piedra digna de toda confianza, y un enemigo grande y lento al que resultaba muy fácil atinarle en plena cabezota. ¡Así cualquiera!

Personalmente, el cabrero siempre había opinado que el famoso rey David, también pastor como él, no debía haber sido en absoluto un personaje heroico y valiente, sino más bien por el contrario un maldito y

cobarde ladino que había abusado de la buena fe de un pobre hombre dispuesto a luchar según las reglas de honor de su tiempo, pero al que ni siquiera le había dado la oportunidad de desenvainar la espada.

Estaba convencido de que, en el caso de haber fallado con la honda, el escurridizo David no hubiera parado de correr hasta Samaria, donde el buenazo de Goliat aún lo andaría buscando.

Una cosa era plantar cara al enemigo, y otra muy distinta darle con un pedrusco en la cara sin darle tiempo a presentarse.

Resultaba evidente que la historia la escribían los vencedores, sin importar qué clase de sucias estratagemas hubieran empleado a la hora de conseguir la victoria.

—¡Necesito encontrar una estratagema! —concluyó convencido—. ¡Por sucia que sea...!

Descendió una vez más a la orilla del río, cargando con las cañas rellenas de pólvora, para pasar el resto del día descansando, pero apenas hicieron su aparición las primeras sombras lo colocó todo con sumo cuidado sobre la balsa.

A continuación se introdujo en el agua sin subirse a la frágil embarcación, que prefirió ir empujando suavemente.

En el momento de partir había tomado una firme resolución que se prometió a sí mismo respetar: tan sólo actuaría si consideraba que existía una aceptable posibilidad de éxito; en caso contrario, continuaría su viaje río abajo e intentaría olvidar para siempre al infeliz Silvestre Andújar.

La oscuridad era total en el momento en que alcanzó el poblado, en el que tan sólo brillaba una tímida luz en el fondo de una de las cuevas, pero a los pocos minutos incluso ésta se extinguió por completo.

Aguardó dentro del agua, con los antebrazos apoyados en la almadía, la vista clavada en la orilla y el oído atento al más mínimo rumor.

Le constaba que el sigilo y la paciencia eran sus únicos aliados en una larga noche en la que cualquier movimiento en falso lo conduciría a un irremediable desastre.

Ni el centinela más atento que fuera capaz de permanecer absolutamente inmóvil y con la vista clavada en el río podría haber

advertido cómo media hora después el gomero avanzaba centímetro a centímetro sin agitar el agua, con la suavidad de movimientos del felino que se aproxima a su presa conteniendo el aliento.

Tan pausado era su avance que tardó casi otra media hora en aferrarse a la proa de la más cercana de las canoas que permanecían varadas en tierra.

Comenzó a tirar de ella muy lentamente, y lo primero que le sorprendió fue comprobar lo poco que pesaba. No tardó en comprender la razón: pese a lo que hubiera imaginado al verlas desde lejos, no se trataba de embarcaciones talladas en un grueso tronco de árbol al estilo de las consistentes piraguas de los indígenas del Caribe o Tierra Firme, sino que, por lo que de inmediato comprobó al tacto, habían sido construidas tensando pieles muy bien curtidas sobre un ligero armazón de ramas flexibles.

Gracias a ello resultaban extraordinariamente livianas, pero por la misma razón eran increíblemente inestables.

Cuando consiguió que una de ellas flotara a un par de metros de la orilla comprendió que le resultaría imposible embarcarse ascendiendo desde el agua, puesto que de intentarlo la «bailarina» canoa se voltearía a las primeras de cambio.

Aquél constituía un primer imponderable con el que no había contando ni por lo más remoto.

¡Piraguas de piel!

¿A quién se le ocurre?

¡País de locos!

—Está claro que estos zoquetes no han visto el mar en su puta vida —masculló el canario para sus adentros—. La primera ola mandaría a estas cáscaras de nuez a tomar por culo.

A la postre se vio obligado a admitir que quienes las habían construido no eran en absoluto unos zoquetes, ya que tales embarcaciones estaban pensadas para navegar por lagos y ríos de aguas tranquilas o para ser cargadas al hombro y atajar por tierra a la hora de enfrentarse a una pequeña cascada o a un rápido salpicado de peligrosas rocas.

Su principal problema estribaba, no obstante, en que se hacía necesario convertirse en una especie de funámbulo profesional desde el momento mismo de subir a ellas hasta el de acomodar las posaderas en el fondo, dado que a partir de ese momento se pasaba de funámbulo profesional a simple equilibrista aficionado.

¡Mierda!

Hacía ya casi tres horas que se había metido en el agua por lo que empezaba a sentirse incómodo, agarrotado y confuso.

Las cosas se le estaban complicando, puesto que incluso se veía obligado a desechar aquella última opción que se centraba en apoderarse de una de las pintarrajeadas piraguas y continuar solo río abajo. Ahora, al observarlas de cerca, le constaba que no llegaría muy lejos antes de quedar con la quilla —y el culo— al aire.

Decidió por tanto salir a tierra, ocultarse entre las canoas, entrar en calor y darse un tiempo para reflexionar la mejor manera de salir de semejante atolladero.

No resultaba en absoluto tarea sencilla pensar con claridad sentado en mitad de la noche a la orilla de un sucio río encajonado en un profundo cañón, y a unos cincuenta metros del lugar en que dormían una pandilla de salvajes que no dudarían en esclavizarlo y ponerlo a partir piedras por el resto de su vida.

No, no resultaba en absoluto sencillo concentrarse en encontrar una solución al inesperado problema de que aquel tipo de embarcación resultaba demasiado inestable para llevar a cabo el plan que llevaba días preparando con especial esmero.

Silvestre Andújar era un buen amigo y un cristiano que necesitaba ayuda, pero Cienfuegos tenía esposas e hijos que también lo necesitaban y que probablemente se pasarían las horas pidiéndole a san Cristóbal que lo ayudara a encontrar el camino de regreso, por lo que no podía permitirse el lujo de que con el nuevo amanecer aquellos puñeteros pieles rojas lo capturaran.

La conciencia suele ser una mala consejera egoísta, no piensa más que en su propia satisfacción sin tener en cuenta que en ocasiones exige sacrificios que luego sufrirá el resto del cuerpo mientras ella permanece oculta en su rincón, tranquila y satisfecha.

La conciencia tiene demasiados muertos sobre su conciencia.

Cuando al cabo de un rato el canario hubo reflexionado y entrado en calor, llegó a la conclusión de que no podía hacer nada a favor del gaditano, de modo que se introdujo de nuevo en el agua y comenzó a empujar la rústica balsa de ramas unidas entre sí hacia el punto en que el río volvía a estrecharse para continuar su larga andadura.

Pero, cuando ya se disponía a dejar que la corriente lo arrastrara corriente abajo, lanzó una corta exclamación:

—¡Estúpido de mí! ¡Naturalmente!

Seis horas más tarde amaneció despacio porque, pese a que allá arriba, en la meseta, un violento sol brillaba hacía ya largo rato, en el fondo del cañón los altos riscos jugaban a intentar que la claridad llegara lo más tarde posible hasta la superficie de las aguas.

Una anciana que caminaba torpemente surgió de su cueva, alcanzó el lugar de la laguna en que acostumbraba hacer sus necesidades y se acuclilló trabajosamente; pero, al fijar la mirada a su derecha, agitó repetidamente la cabeza como si le costara admitir que lo que estaba viendo fuera cierto, y al fin dio un salto y echó a correr, olvidando por el momento sus achaques, al tiempo que lanzaba desesperados aullidos en demanda de auxilio.

A los pocos minutos, la totalidad de los semidesnudos habitantes del poblado contemplaban atónitos cómo una extraña balsa construida con media docena de sus propias canoas unidas borda con borda, permanecía anclada en el centro de la laguna, a unos cincuenta metros de distancia de la orilla.

En su interior, y con un pie en el fondo de dos de las embarcaciones, que ahora habían ganado en consistencia y estabilidad, se destacaba la figura de un hombre muy alto y extraordinariamente fuerte, que lucía una llamativa melena rojiza que le caía sobre los hombros, al igual que una larga barba del mismo color.

Como si semejante visión no bastara para que la mayoría de ellos, en especial las mujeres y los niños, se hubieran quedado embobados y con la boca abierta, el extraño personaje elevó lentamente lo que parecía ser un extraño arco horizontal con el fin de lanzar sobre sus cabezas una pequeña flecha que cruzó el cielo dejando tras sí una delgada columna de humo.

Mientras seguía con la vista la flecha cuya punta había sustituido por un canuto de caña relleno de la pólvora de su propia cosecha, Cienfuegos rezó para que la mecha, en la que había empleado la poca pólvora «auténtica» que le quedaba, no se apagara en el aire y cumpliera su cometido, por lo que, a decir verdad, fue el primero en asombrarse al comprobar que el artilugio funcionaba y que, cuando se encontraba sobre una de las cabañas, explotaba como si se tratara de un verdadero cohete de feria.

Se escucharon gritos de espanto y varios indígenas se arrojaron al suelo cubriéndose la cabeza con las manos.

Pasado el desconcierto y acallados los gritos y lamentos, un guerrero armado con un hacha de piedra avanzó hasta el borde del agua para dirigirse al pelirrojo agresor inquiriendo algo en su incomprensible idioma.

El aludido se limitó a alzar el brazo señalando la cueva de la que días antes había visto salir a los cautivos y a continuación se llevó la mano a la barba mesándosela varias veces.

El otro pareció entender lo que pretendía decirle y emitió una seca orden. Dos hombres treparon hasta la cueva y poco después regresaron conduciendo a Silvestre Andújar, quien no pudo evitar un grito de alegría para a continuación echarse a llorar, agradecido.

Cienfuegos le gritó de inmediato:

—¡Deja de hacer el tonto y diles que te suelten o les aniquilaré con todos los truenos y rayos del infierno!

El andaluz intercambió unas palabras con el guerrero que parecía comandar el grupo, quien negó de inmediato con desconcertante firmeza.

El andaluz tradujo lo que le había dicho, aunque a decir verdad poca traducción necesitaba:

—Asegura que me matará antes de dejarme marchar.

—¡Como quiera...!

Cienfuegos cargó de nuevo la ballesta, prendió la mecha con las brasas que ardían en el fondo de la cacerola que se encontraba bajo uno de sus pies y apuntó con sumo cuidado hacia la mayor de las cabañas.

La flecha surcó el aire seguida por la atemorizada mirada de los pieles rojas y golpeó en efecto contra el techo de la choza, pero se limitó a lanzar un chisporroteo y una pequeña columna de humo, para quedar inerte definitivamente.

—¡La madre que te parió! —murmuró por lo bajo el decepcionado y a todas luces preocupado cabrero—. ¡Por favor, no me falles ahora!

Lo intentó de nuevo, esta vez con absoluto éxito. Retumbó una sonora explosión y enseguida la paja comenzó a arder ante el asombro de los presentes, incluido él mismo, que no pudo evitar dejar escapar una exclamación de entusiasmo:

—¡La leche! ¡Si no lo veo, no lo creo!

Por toda respuesta el guerrero obligó al gaditano a arrodillarse y, alzando el hacha, hizo inequívocos signos de que estaba dispuesto a descargarla sobre la cabeza del cautivo si el intruso no cesaba en sus agresiones.

Silvestre Andújar hizo gestos con la mano indicando al canario que se alejara de allí al tiempo que gritaba:

—¡Déjalo! ¡Márchate o este hijo de puta me mata! Has hecho todo lo que has podido y te lo agradezco, pero vete.

Cienfuegos se lo tomó con calma, cargó de nuevo la ballesta, y en esta ocasión la volvió ostensiblemente hacia la enorme plantación de maíz que se extendía a todo lo largo del cañón que se encontraba a la derecha del poblado.

Luego declaró con firmeza:

—¡Adviérteles que si te matan le prenderé fuego al maíz y tendrán que comer carbón durante un año!

Silvestre Andújar tradujo la amenaza en voz lo suficientemente alta para que pudieran oírla hasta en el último rincón del poblado, por lo que al instante se elevó un murmullo mientras la mayor parte de las mujeres

elevaban los brazos al cielo o se llevaban las manos a la cabeza, gimiendo y gritando.

Evidentemente la pérdida de una cosecha de maíz a punto de madurar debía de significar una auténtica catástrofe para la tribu.

En respuesta a las súplicas de las mujeres, tres ancianos avanzaron algunos metros, y el de más edad interpuso la mano abierta entre el hacha y la cabeza del andaluz.

Desde el punto en que se encontraba, Cienfuegos pudo asistir a lo que parecía ser una acalorada discusión entre un impulsivo guerrero que por lo visto se empeñaba en cumplir su amenaza, y un prudente anciano de cuyos gestos se deducía que intentaba hacerle comprender que el bienestar de la comunidad debía prevalecer sobre la vida de un miserable esclavo.

Poco después, el andaluz se irguió para intervenir en una conversación que se prolongó durante tanto tiempo, que el desconcertado gomero acabó por decir nerviosamente:

—¡Que se decidan de una vez porque se me están consumiendo las brasas y en ese caso sí que nos veremos en aprietos!

El gaditano le hizo un claro gesto pidiéndole que tuviera un poco de paciencia, habló de nuevo con el anciano y al cabo echó a correr hacia la cueva de la que lo habían sacado.

Apenas tardó un par de minutos en reaparecer empujando ante sí al grupo de esclavos, a los que animaba para que se encaminaran lo más rápidamente posible hacia la orilla.

Cienfuegos no podía dar crédito a lo que estaba viendo, por lo que rugió furioso:

—Pero ¿qué haces? ¿Es que te has vuelto loco?

No recibió respuesta y se vio obligado a presenciar cómo una docena de hombres y mujeres seguían las indicaciones de Silvestre Andújar y echaban a correr hacia el punto donde la laguna se estrechaba nuevamente, más allá de los límites de la plantación de maíz.

Por su parte, el andaluz se lanzó de cabeza al agua, nadó como si lo persiguiera una docena de caimanes y acabó por aferrarse a la borda de una de las canoas.

—¡Gracias! —fue lo primero que dijo—. ¡Una vez más te debo la vida! y ahora suelta el lastre, que yo te empujo hacia allí.

—¡Pero no podemos cargar con toda esa gente! —le hizo notar su amigo—. ¡Nos retrasarán!

—¡No te preocupes! —respondió el otro, seguro de lo que decía—. ¡Sé lo que me hago!

—¡Pues serás el único!

Minutos después todas las canoas habían sido separadas de las centrales, que continuaban unidas borda con borda formando una especie de catamarán de dos cascos.

La mayor parte de los cautivos habían trepado a las que quedaban libres y se alejaban aguas abajo remando como alma que lleva el diablo.

Andújar rogó a un hombre de aspecto altivo que tomara asiento en la parte delantera del costado de la doble embarcación que él ocupaba, y a una muchachita de unos trece años que lo hiciera delante del canario, y sin perder más tiempo aferró un canaleta y comenzó a remar al tiempo que exclamaba:

—¡Larguémonos de aquí!

Ya en el centro de la corriente, y tras volverse un instante a observar cómo las gentes del pueblo habían comenzado a correr de un lado a otro, su compañero de andanzas inquirió molesto:

—¿Me puedes explicar a qué demonios viene todo esto?

—¡Luego!

—¡Ahora! —insistió—. ¿Quiénes son estos dos y por qué los llevamos con nosotros?

—Un cacique de la tribu de los navajos, que por lo que he podido averiguar son gente pacífica, y su hija. Se me ha ocurrido que salvándolos conseguiremos un par de aliados que conocen perfectamente el territorio.

El gomero señaló las canoas que desaparecían en el siguiente recodo del río, para inquirir de nuevo:

—¿Y esos que pierden el culo y ni siquiera se han detenido a darnos las gracias?

El gaditano se limitó a encogerse de hombros.

—Simples esclavos a los que no me sentía con fuerzas para permitir que los obliguen a partir piedras el resto de su vida. Se las arreglarán como puedan. ¡Y ahora calla y rema que dentro de diez minutos tendremos a una pandilla de hijos de la gran puta pisándonos los talones!

—No te preocupes —replicó con una sonrisa el canario—. Rajé el fondo de las piraguas que dejamos en tierra.

—¡Sí que me preocupo! —replicó el otro sin dejar de bogar como un poseso—. Guardan muchas más en la mayor de las cuevas.

—¡No jodas!

—No jodo, pero ellos sí que nos van a joder si nos agarran. ¡Y ahora calla y rema!

Remaron con todas sus fuerzas ayudados por el cacique navajo y su hija, pero al llegar al final de una de las escasas rectas del sinuoso río y volverse a mirar hacia atrás advirtieron que, en efecto, varias canoas, ocupada cada una de ellas por cinco guerreros, se encontraban a unos dos kilómetros de distancia, y ganaban terreno a ojos vista.

Resultaba empeño inútil intentar competir con jóvenes guerreros acostumbrados desde siempre a bogar en aquel tipo de embarcaciones, y así parecieron entenderlo los indígenas fugitivos, por lo que abandonaron las canoas y treparon por las laderas de los acantilados, o buscaron refugio en la espesura de los pequeños cañones que surgían a uno y otro lado del cauce principal.

Evidentemente, a la hora de huir confiaban más en sus piernas que en sus brazos.

—Tal vez deberíamos imitarlos e intentar hacernos fuertes en alguno de esos desfiladeros —aventuró un jadeante Silvestre Andújar—. Con el ritmo que llevan y el viento a favor, pronto empezarán a lanzarnos flechas, y en mitad del río no tendremos salvación.

Sin dejar de remar ni un solo instante, el canario comprobó que los temores de andaluz parecían plenamente fundados, pero aun así no hizo comentario alguno hasta el momento en que divisó entre unas rocas una de las canoas que habían dejado en su huida los esclavos que les precedían.

—¡Dirígete hacia ella! —ordenó—. ¡Deprisa!

—¿Para qué?

—¡Ya lo verás!

Vararon a menos de tres metros de distancia del punto indicado; el gomero saltó ágilmente a tierra armado de su afilado machete y, abalanzándose sobre la embarcación abandonada, la cortó a todo lo ancho justo por la mitad.

Tras arrojar al agua la parte de popa, comenzó a saltar como un poseso sobre la de proa hasta que consiguió quebrar las ramas de tal forma que

poco después abrió lo que había quedado de canoa como si se tratara de un libro o un pez rajado por la mitad.

Sus perseguidores se aproximaban a marchas forzadas, y el canario calculó que se encontraban ya a unos quinientos metros de distancia, pero pese a ello no pareció perder la calma, cargó con lo poco que quedaba de la destrozada embarcación original y lo atravesó sobre los dos cascos de aquella en la que navegaban.

A continuación ató a la punta de la proa uno de los extremos de su inseparable pértiga y tiró de ella hacia atrás alzándola a modo de mástil, de tal modo que el fondo de delgadas pieles se convirtió en una especie de rústica y estrafalaria vela que captaba con cierta facilidad el viento que llegaba de río arriba.

—¡Tienen que sujetarla con fuerza! —aulló el gomero dirigiéndose a Andújar pero haciendo claros gestos para que los indígenas entendieran lo que pretendía de ellos—. ¡Con todas sus fuerzas!

Empujó al agua la embarcación, saltó dentro y remó hasta que se colocaron de nuevo en el centro de la corriente.

Una primera flecha cayó a menos de cincuenta metros a sus espaldas.

El antiestético y destartalado artilugio recibió el viento de costado y amenazó con venirse abajo volcando al propio tiempo el inestable catamarán, pero con un brusco golpe de canaleta el gomero consiguió variar el rumbo de tal forma que ese mismo viento tomara de frente el tosco armazón de pieles, que al recibir el impulso traspasó su fuerza al casco, el cual comenzó a avanzar a mayor velocidad.

—¡Funciona! —no pudo menos que exclamar un atónito Silvestre Andújar—. ¡Dios sea loado! ¡Funciona!

—¿Y qué te habías creído? —replicó su amigo—. Recuerda que aprendí a navegar con el mismísimo almirante de la Mar Océana, don Cristóbal Colón. ¡Aguanta firme a estribor! ¡Ahí no, burro! ¡A la derecha! Y dile a estos dos que se agarren con toda su alma a esas pieles porque les va en ello la vida.

En realidad padre e hija no necesitaban que se les repitiera lo que tenían que hacer, puesto que muy pronto habían llegado por sí mismos al

convencimiento de que la única forma que tenían de evitar que volvieran a esclavizarlos era procurar por todos los medios a su alcance que el estrambótico remedo de vela no se les escapara de las manos.

La velocidad que conseguían alcanzar no resultaba en absoluto espectacular, pero bastaba para conservar la distancia que los separaba de sus perseguidores sin necesidad de que sus ocupantes se vieran obligados a remar como posesos.

Los guerreros eran fuertes, pero el viento era constante.

Cienfuegos comprendió que mientras ese viento no cediera serían los guerreros los que acabarían por ceder, ya que en la lucha del hombre con la naturaleza casi siempre acaba venciendo esta última.

En efecto, al cabo de media hora, y al comprobar que no conseguían ganar terreno, el desaliento comenzó a cundir entre los que bogaban y, pese a que quienes los comandaban no cesaban de gritar animándolos o amenazándolos, llegó un momento en que los brazos no dieron más de sí y el corazón amenazó con salirseles del pecho.

La derrota suele ser tanto más dolorosa cuanto más cerca se ha estado de la victoria.

Cuando el río viró de improviso a la izquierda, el gomero temió que el viento dejara de empujarles, pero pronto llegó a la conclusión de que, aunque allá arriba, en la meseta, ese viento pudiera soplar siempre en una misma dirección, allá abajo, encajonado en el cañón, solía seguir la dirección de la corriente, girando y volviendo a girar como si se encontrara prisionero entre las altas paredes de los acantilados.

A mediodía alcanzaron un rápido que se vieron obligados a salvar trasladando la embarcación a lo largo de la orilla, pero las horas que siguieron hasta el atardecer les permitieron ganar terreno alejándose cada vez más de sus perseguidores.

Con una oscuridad casi impenetrable como dueña absoluta del fondo de una hondonada a la que casi no alcanzaba la débil luz de las estrellas, Silvestre Andújar opinó que debían detenerse pues, por más que se limitaran a dejarse arrastrar por la corriente, corrían el riesgo de precipitarse por uno de los muchos rápidos del río.

Fue en este caso el cacique navajo quien lo sacó de su error.

—Los que nos persiguen no se detendrán ni un solo instante —señaló en el dialecto de las tribus sioux, que hablaba con notable fluidez—. Se dejarán llevar a oscuras, y recuperarán durante la noche la ventaja que hemos obtenido durante el día.

—Pero ¿y si no tenemos tiempo de advertir que nos aproximamos a unos de esos rápidos y volcamos?

El otro negó con un gesto al tiempo que colocaba la palma de la mano sobre el armazón de la canoa.

—Cuando se aproxima un rápido el agua se agita, la piel del fondo de la piragua lo percibe, y debido a ello vibra y resuena como un tambor anunciando el peligro. Basta con estar atentos y, en cuanto la canoa comienza a «cantar», se boga rápidamente hacia la orilla y se sortea el obstáculo por tierra.

El incrédulo gaditano le tradujo a Cienfuegos tan sorprendente explicación para inquirir a continuación:

—¿Tú qué opinas acerca de que una canoa «cante»?

—Que como ya te dije en cierta ocasión, «más sabe el tonto en su casa que el listo en la ajena». Y aquí tu amigo, no parece tener un pelo de tonto. Si está acostumbrado a navegar en esta mierda de embarcaciones por esta mierda de ríos y asegura que una piragua puede cantar, más vale que le hagamos caso y bailemos a su ritmo.

—¡Pues menuda noche nos espera!

Acertó de pleno el de Cádiz.

Tres veces se vieron obligados a saltar a tierra, encender antorchas, estudiar a su luz las características del rápido, descargar el catamarán, transportarlo aguas abajo, acarrear luego todo su contenido, cargar de nuevo, embarcarse y continuar la navegación.

Al amanecer se encontraban exhaustos, pero con la claridad del día y sin el agobio de tener a sus enemigos pisándoles los talones, pudieron afirmar mucho mejor la peculiar vela de piel al casco de la canoa, de tal forma que mientras un indígena y un cristiano dormían los otros dos se bastaban para encargarse de la navegación.

Mediada la mañana, el paisaje comenzó a cambiar a ojos vista, y mientras los acantilados perdían altura y las montañas pasaban de su peculiar color rojizo a tonalidades grises o verdes, el cauce del río se ensanchaba formando lagunas cada vez más extensas, lo que permitía que los horizontes fueran cada vez más amplios.

Gracias a ello alcanzaron un punto desde el que dominaban una gran extensión de terreno a sus espaldas, razón por la que decidieron hacer un alto, reponer fuerzas y comer algo sin miedo a ser sorprendidos por sus perseguidores, si es que no habían cejado ya en su empeño.

Desde donde se encontraban podían distinguir con toda claridad el punto en que el agreste cañón empezaba a abrirse y las aguas se ensanchaban como si respirasen tras permanecer demasiado tiempo encorsetadas.

La vegetación abundaba ahora en ambas orillas, y de igual modo lo hacía la caza, por lo que apenas necesitaron media hora para abatir a un imprudente cervatillo que se había aproximado a abrevar.

A la vista de ello, el gomero inquirió, sorprendido, por qué razón los indígenas que con tanto ahínco los perseguían habían preferido establecer su poblado en un lugar tan agreste como el interior del cañón, en lugar de hacerlo en un paraje tan frondoso e idílico como el que ahora los rodeaba.

Cuando Andújar le trasladó la pregunta a Sheetta, que así se llamaba el cacique navajo, éste señaló que se trataba de una simple cuestión de seguridad; cada cuatro o cinco años, salvajes partidas de nómadas de una tribu a la que denominaba «los comanches sin sombra», bajaban desde el noroeste en busca de esclavos y mujeres. Lógicamente, en un lugar como el que en aquellos momentos se encontraban no existía forma alguna de defenderse de ellos, pero en el interior de un cañón tan abrupto y tan sencillo de vigilar como el del río los ataques por sorpresa raramente surtían efecto.

Según él mismo contaba, Sheetta había sido tiempo atrás un hombre de cierta importancia; un cacique llamado a suceder algún día al jefe supremo

de todas las familias que componían el conjunto de las tribus de los navajos, pero un rival en sus aspiraciones al futuro mando lo había traicionado, vendiéndolo, junto a su mujer y a su hija, a un grupo de aquellos comanches sin sombra, quienes se llevaron al norte a su mujer, que estaba embarazada, y lo revendieron, con la pequeña, a sus actuales propietarios.

Llevaba por tanto cinco largos años tallando puntas de flecha y hachas de piedra, y sus maltratadas manos daban fe de ello; cinco años durante los cuales no había hecho otra cosa que ver crecer a su hija y meditar sobre sus escasas posibilidades de vengarse de quien había destrozado su vida.

Cuando Cienfuegos quiso saber el nombre de la niña, la respuesta del andaluz lo dejó realmente perplejo.

—El que más te guste-dijo.

—¿Y eso?

—Al liberarla te has convertido en su dueño y su futuro esposo, y por lo tanto tienes derecho a llamarla como te apetezca.

—Pero ¿qué tonterías dices? —exclamó el escandalizado canario—. Ni soy su dueño, ni mucho menos su futuro esposo.

—Es la ley... —fue la tranquila y casi humorística respuesta—. Además, y por lo que veo, está encantada con la idea de convertirse en la mujer de una especie de semidiós reencarnado en un hombre tan alto, tan guapo, tan valiente y tan pelirrojo. Al igual que los *sicsquaws*, debe considerarte un auténtico hechicero de las praderas.

—Déjate de bobadas y hazles comprender, ¡a los dos!, que yo ya estoy casado y no necesito más esposas.

—En este caso no se trata de una necesidad, sino de una obligación —puntualizó el otro—. La ley es la ley, y si rechazas a la muchacha la ofendes a ella, a su padre y a todos los navajos de quinientas leguas a la redonda. Y te garantizo que lo que menos nos conviene en estos momentos es relacionarnos con gente ofendida.

—¡Tú estás loco!

—En absoluto —le contradijo el andaluz—. Recuerda el viejo lema: «Nuevos lugares, nuevas costumbres». Y el hecho de que establezcas un firme lazo de parentesco con un importante cacique, pese a que por lo visto

ahora se encuentra en horas bajas, nos garantiza una protección de la que estamos tan necesitados como de comer.

—¡Pero no es más que una niña!

—Que muy pronto se convertirá en mujer, y a partir de ese día su obligación es traer hijos al mundo. Como te expliqué hace un tiempo, la vida fértil de estas mujeres es muy corta, por lo que desde que tienen uso de razón las preparan para ser madres a una edad en la que en nuestro país aún andarían jugando con muñecas.

El canario observó con mayor atención a la chicuela, pequeña, delgada hasta parecer esquelética, con unos enormes ojos muy negros que hacían juego con dos largas trenzas igualmente negras que le caían hasta unos pechos que no eran más que un par de incipientes botones, y que al advertir que reparaba en ella le dedicó la más deslumbrante de las sonrisas.

—¿Lo ves? —insistió el andaluz guiñando un ojo—. ¡Resulta evidente que está loca por ti!

—¡Déjate de joder y mírala bien! —masculló el malhumorado cabrero—. Abulta la mitad que mi hija mayor... —De improviso bajó la voz como si lo que fuera a decir no pudiera escucharlo la chiquilla, pese a que resultaba evidente que no entendería ni una sola palabra—. Y a ti te consta que yo soy un poco, digamos... exagerado, lo cual significa que si me fuera a la cama con una criatura de su constitución la destrozaría a las primeras de cambio.

El otro asintió convencido.

—Visto lo que tengo visto, reconozco que sería tanto como empalarla en vida, pero lo que tienes que hacer es fingir que aceptas lo que dictan las leyes y rezar para que no le baje la primera menstruación antes de que nos encontremos muy lejos.

—¿Y si no es así? —protestó el otro—. ¿Qué hago? ¿Me arriesgo a matarla?

—¡Escucha...! —replicó con evidente sorna el gaditano—. Si, como aseguran, es posible que en determinadas circunstancias un camello pase por el ojo de una aguja, ya te las arreglarás cuando llegue ese día. —Rió divertido—. ¡Cosas más raras se han visto...!

No pudo añadir nada más porque en esos momentos Sheetta lo golpeó suavemente en el antebrazo con el fin de indicarle que mirara hacia una de las montañas que habían dejado atrás.

En su cima, tres gruesas columnas de humo, dos negras y una blanca, ascendían hacia el cielo, aunque muy pronto se inclinaban en la dirección del viento.

Unos instantes después, las columnas se interrumpieron una tras otra, para volver a ascender de golpe; resultaba evidente que alguien hacía señales con el humo tal como las había hecho Silvestre Andújar tiempo atrás. Fue éste el primero en exclamar:

—¡La madre que los parió! Con eso no contábamos.

—¿Qué ocurre ahora? —se inquietó el canario.

—Visto que no nos pueden alcanzar, los muy hijos de puta están pidiendo a las tribus de la orilla del río que nos maten.

—¡Pues sí que estamos buenos! No salimos de una para meternos en otra.

—Continuar por el río significa una muerte segura —señaló poco más tarde Sheetta hablando lo suficientemente despacio como para que el andaluz pudiera ir traduciendo sus palabras sin esfuerzo—. Una petición de muerte por medio de señales de humo significa que quien presente los cadáveres obtendrá como recompensa su peso en maíz.

—¡Vaya por Dios...! —no pudo menos que comentar con evidente sorna el canario—. Siempre había oído decir que alguien vale su peso en oro y por lo tanto me ofende que esos salvajes consideren que tan sólo valgo mi peso en maíz.

—Te recuerdo que el maíz es uno de los pocos alimentos que se conservan durante largo tiempo sin estropearse, y en un clima tan caluroso como este vale más que un oro que apenas sirve para fundir unas balas que a los pieles rojas para nada les valen, visto que no conocen las armas de fuego. Aquí el maíz lo es todo porque se guarda o transporta fácilmente, y durante los inviernos, o cuando la caza escasea por cualquier circunstancia,

se convierte en su mejor seguro de vida. Los niños y los ancianos se alimentan con gachas de maíz y los adultos los comen de cien formas distintas, o sea que tu peso en carne, pelo, uñas y huesos, no vale ni la centésima parte que tu peso en maíz.

—¿Y el peso de mi alma no cuenta?

—¿Tu alma? —rió el otro—. ¡Ni un grano más darían por ella! Y ahora en serio —añadió—: aquí nuestro amigo Sheetta, que es el que sabe cómo son las cosas por estas tierras, opina que los arqueros nos pueden estar esperando en cualquier recodo, y bastará con que una flecha atravesase la canoa para que quedemos mal parados. ¿Qué opinas?

—¿Y qué quieres que opine? —repuso el cabrero, sorprendido por la pregunta—. Razón tiene, y si el río se ha convertido en una trampa, no nos quedará más remedio que seguir a pata.

—¿Hacia dónde?

—Lo más lejos posible del jodido lugar en que nos pueden estar esperando. —El gomero se encogió de hombros al añadir como si lo que acababa de señalar resultara obvio—: Digo yo...

—Opino lo mismo, y por lo visto Sheetta está de acuerdo.

—En ese caso, como el río viene del nordeste y da la impresión de que sigue hacia el sudoeste, nos quedan dos opciones: o cruzarlo y regresar hacia el este volviendo a las praderas, o continuar hacia el oeste hasta que nos encontremos con el confín de la Tierra o con los chinos a los que se refería el Almirante.

—Sheetta admite que jamás ha oído hablar de chinos, ni de gente con la piel amarilla.

—Lo suponía. ¿Y sabe algo sobre el confín de la Tierra?

—Tampoco lo tiene claro.

—O sea que estamos como al principio.

—¡Vamos mejorando! —fue la humorística respuesta—. En las praderas nadie daba un maravedí por nuestro pellejo; ahora valemos nuestro peso en maíz.

—¡Siempre es un consuelo! ¡Pues andando y no perdamos más tiempo!

Llenaron las canoas de piedras y les rajaron los costados, para empujarlas a continuación río adentro y observar cómo desaparecían lentamente en el agua fangosa. Sin dejar rastro alguno del punto exacto en que las habían abandonado, borraron todas las huellas de su paso que pudieran haber quedado por los alrededores, y se alejaron rumbo al oeste, procurando pisar siempre sobre las rocas.

La noche los sorprendió en el fondo de un recóndito valle cubierto de espesa vegetación, pero aun así no se arriesgaron a encender fuego, limitándose a cenar las sobras del cervatillo. Al poco rato se dejaron caer vencidos por la fatiga, y tan pesado fue el sueño del canario que ni siquiera advirtió que a media noche la muchacha había acudido a acurrucarse junto a él.

Al despertar, lo primero que vio fueron dos ojos muy negros que lo miraban a menos de una cuarta de distancia y unos dientes muy blancos que le sonreían de un modo encantador.

—¡Que Dios me ayude! —murmuró para sus adentros—. ¡Menudo lío!

Al abandonar el valle y coronar la primera cresta les sorprendió de forma harto desagradable descubrir que en la mayor parte de las cumbres que se divisaban, tanto al norte como al sur y al este, ardían hogueras que dejaban escapar un humo negro y denso que se interrumpía de modo intencionado en lo que evidentemente constituía un particular código de señales.

—¿Qué dicen? —quiso saber el gomero.

—Que hemos abandonado el río pero aún no han encontrado nuestro rastro —replicó Silvestre Andújar traduciendo las palabras del navajo, que no perdía detalle de los cambios que iban sufriendo las columnas de humo. Pero continúan buscándonos.

—¿Y por qué razón no se distingue ninguna fogata ante nosotros, hacia el oeste?

—No lo sé. Y Sheetta tampoco.

—¿Crees que se trata de una trampa? —insistió Cienfuegos—. ¿Que lo hacen con el fin de que nos dirijamos hacia allí?

—No tengo ni idea —admitió con toda honestidad el andaluz—. Pero lo que está claro es que en cualquier otra dirección hacia la que nos dirijamos estarán esperándonos.

Cuando demandaron la opinión del navajo, al que se advertía profundamente preocupado, tardó en responder, pero al fin señaló, aunque no parecía muy seguro sobre lo que iba a decir:

—En alguna ocasión he oído hablar de una tierra muerta y cubierta de sal; nunca he sabido dónde se encuentra exactamente, pero en caso de que se extendiera allá a lo lejos, ante nosotros, se entiende que nadie encienda hogueras en ese punto. Ni siquiera tendrían con qué hacer fuego.

—¿Te refieres a un desierto? —quiso saber el gaditano.

—¡No! —fue la rápida respuesta—. Desiertos hay muchos, y tanto los comanches como los apaches, e incluso los sioux o nosotros mismos, los navajos, estamos acostumbrados a atravesarlos, por lo que no nos preocupan demasiado; sabemos cómo sobrevivir en ellos durante largas temporadas. Pero, por lo que me han contado, esa tierra muerta es diferente; es el desierto dentro del desierto.

—Pero ¿no estás seguro de que se encuentre ahí delante?

El otro negó en silencio, por lo que tras traducir el contenido de la conversación al canario, Silvestre Andújar preguntó:

—¿Qué opinas?

—Opino una vez más que agradecería que me dieran a elegir entre una opción difícil y otra ligeramente más sencilla, pero resulta evidente que nunca voy a conseguirlo —masculló un malhumorado Cienfuegos—. El dilema es siempre el mismo: o me jodo o me joden.

—No es momento de hacer frases ni de enredarse con filosofías baratas, sino de adoptar una decisión —le hizo notar el de Cádiz—. ¿Qué coño hacemos?

Cienfuegos, que había tomado asiento en una roca, se volvió a observar una vez más las hogueras que humeaban en la distancia y por último clavó la vista en el horizonte, hacia poniente.

—Da la impresión de que allá abajo, a lo lejos, se abre una gran llanura —dijo al fin—. Y si el terreno es lo suficientemente plano podríamos regresar al viejo sistema de la ruta de las estrellas, que tan buenos resultados nos dio en las praderas.

—¿Caminando de noche y ocultándonos de día?

—¡Exactamente! Sin montañas que se interpongan entre las estrellas y nosotros, en cuanto aparezcan en el horizonte continuarán marcándonos el camino del oeste, que es lo que por lo visto andamos buscando.

—¿Y crees que habrá algo que valga la pena aún más al oeste? —quiso saber el gaditano—. Porque a veces tengo la amarga impresión de que esto no se va a acabar nunca.

—¡Acláramelo tú! —repuso el canario—. Estamos en lo de siempre: si el Almirante tenía razón pronto llegaremos caminando a China; si eres tú quien tiene razón, lo que alcanzaremos es el precipicio en el que se acaba el mundo.

—¿Y si el lugar en que acaba el mundo es en esa «tierra muerta» a la que se refiere Sheetta?

—En ese caso habremos salido de dudas, querido —contestó el gomero en un tono de absoluta resignación, para añadir enseguida—: Lo que tengo muy claro, es que no podemos pasarnos la vida preguntándonos hacia dónde vamos y qué es lo que vamos a encontrar al final de nuestro camino. Hace tiempo que acepto que lo único que podemos hacer es seguir adelante y confiar en que llegue un momento en que el Señor se apiade de nosotros.

—A veces tengo la impresión de que el Señor ni siquiera sabe que este lugar existe —sentenció Silvestre Andújar—. Y si lo sabe, se perdió en él porque a fe mía que nunca imaginé que pudiera haber creado algo tan disparatadamente grande. —Hizo una pausa antes de añadir—: En ocasiones llego a pensar que no es que la Tierra sea plana, es que es infinita; entra dentro de lo posible que exista un mundo de hombres amarillos, otro de blancos, otro de negros, otro de cobrizos, y más allá, siempre hacia el oeste, otro de hombres verdes o tal vez azules. Puestos a elegir colores, ¿por qué no?

Su compañero de fatigas acabó por encogerse de hombros como queriendo indicar con ello que ya todo le daba absolutamente igual y que no se sentía con fuerzas para intentar discutir tan peregrinas teorías.

—Eso digo yo —replicó con gesto de hastío—. ¿Por qué no? Lo que tenemos que hacer es continuar hacia el oeste intentando mantener el pellejo intacto, sea del color que sea. —Hizo un gesto con la cabeza indicando a la chiquilla que había acudido a sentarse a sus pies y añadió con una leve sonrisa—: Y por si no tenía ya bastantes problemas, ahora me ha salido esta especie de garrapata con trenzas que no me deja en paz ni a sol ni a sombra.

—¿Aún no le has puesto nombre?

—¿Qué tal Ladilla?

—¡No seas cabrón! —lo recriminó el otro—. ¿Qué daño te ha hecho la pobre cría?

—Ninguno, pero no me negarás que el nombre le va al pelo. —Guardó silencio durante unos momentos para añadir luego, como si acabara de tener una brillante idea—: ¡También puedo llamarla Lady Ya, que es sonoro y rotundo pero más fino! ¡Lady Ya! Al fin y al cabo, por estas tierras nadie sabe lo que es una ladilla. ¿Tú has visto alguna?

Silvestre Andújar meditó largamente y acabó por agitar la cabeza negando convencido.

—¡No! La verdad es que no he visto ninguna pese a que he tenido infinidad de oportunidades de verlas muy de cerca. Pero, aunque no existan, se me antoja una absoluta falta de respeto para con tu futura esposa. ¿Cómo vas a decirle a nadie que te has casado con una ladilla?

A decir verdad, el estrafalario apelativo de Ladilla o Lady Ya le duró muy poco a la muchacha debido a la inquieta naturaleza de su carácter, la casi increíble agilidad con que se movía, y su sorprendente capacidad para trepar hasta las más altas copas de los árboles con el fin de camuflarse entre las ramas. A la vista de ello, el gomero decidió añadirle una «r» a su nuevo «nombre», cambiándoselo por el mucho más apropiado de L'ardilla.

Y es que, si bien en un principio tanto él como el andaluz llegaron a temer que una criatura de apariencia tan frágil que daba la impresión de que en cualquier momento iba a sufrir un síncope se convertiría en un engorro, ella misma se ocupó de demostrarles lo equivocados que estaban.

L'ardilla era, a decir verdad, un puro nervio, y podría creerse que un nervio de acero, con la arrolladora vitalidad de una niña capaz de agotar a cualquier adulto que quisiera seguir sus pasos, pero con la mentalidad de una mujer que tenía muy claro qué era lo que se exigía de ella en todo momento.

La naturaleza de su raza, y sobre todo el hecho de haberse criado como esclava con muy escasas probabilidades de sobrevivir si no se despabilaba, la habían convertido en una sorprendente criatura que parecía estar dotada de la vista de un águila, el oído de un jaguar, el olfato de un perdiguero, el sigilo de un puma y la astucia de un zorro.

Se acostaba la última, se despertaba con el primer anuncio del alba y, antes de que los demás hubieran abierto un ojo, ya había inspeccionado los alrededores cerciorándose de que no los acechaba enemigo alguno.

Su padre, perfecto conocedor de sus cualidades, no dudaba en permitir que marchara siempre en avanzadilla, consciente de que era capaz de detectar la presencia de un enemigo mucho antes de que éste reparara en el hecho de que una absurda cosa escurridiza y flaca, que se movía como una sombra, deambulaba por las proximidades.

Su verdadero peligro se centraba en que aparentaba ser la criatura menos peligrosa del mundo.

La primera vez que Silvestre Andújar la vio trepar hasta la copa de un frondoso pino de casi treinta metros, no pudo menos que comentar:

—Si algún día llegáis a tener hijos, serán una extraña mezcla de mono, cabra y ardilla. ¡Esa chica está loca!

Loca o cuerda, la muchacha parecía empeñada en demostrarle al gigantesco semidiós de los cabellos rojos que el día de mañana no sería tan sólo una dulce y apasionada amante, sino también una entusiasta y activa compañera capaz de contribuir eficazmente en la tarea de sacar adelante a una familia por difíciles que fueran las circunstancias en que se vieran obligados a hacerlo.

Fue L'ardilla la primera en detectar que los seguían. Regresó con la primera luz del día de una de aquellas excursiones en las que acostumbraba encaramarse a los más altos árboles con el fin de otear el horizonte, y, tras mostrar las palmas de las manos, indicó hacia el nordeste.

—Son más que mis dedos y descienden por aquella ladera —señaló el andaluz traduciendo lo que la muchacha dijo a continuación—. Calcula que tardarán unas tres horas en llegar.

—¿Crees que saben dónde estamos? —inquirió el canario.

—Espero que no, pero resulta evidente que imaginan que nos encontramos por esta zona puesto que se trata de la única salida que nos han dejado.

—¿Qué opina Sheetta?

—Confía plenamente en la fuerza de tus «truenos». —Hizo un gesto significativo hacia la muchacha—. Al igual que ella.

—Pues te agradecería que les hicieras comprender que aquí no hay truenos que valgan. Una cosa es quemar el techo de una choza o una plantación de maíz, y otra muy diferente enfrentarse a un grupo de guerreros armados. ¿Cuántos son exactamente?

—Ya te advertí que no saben contar más que hasta los dedos de las manos; de ahí en adelante son «muchos».

—Muchos pueden ser doce o cuarenta, aunque para el caso es lo mismo porque basta con cinco para jodernos. ¿Alguna idea?

—Correr.

—No es mala.

—¿Pues a qué estamos esperando?

Iniciaron una rítmica carrera, siempre en dirección al oeste, en un desesperado intento por mantener las distancias al menos hasta que llegara la noche convencido de que si para entonces habían alcanzado las llanuras que se divisaban a lo lejos podrían continuar la marcha guiándose por las estrellas, lo cual probablemente les concedería una mayor ventaja.

Ello significaba no detenerse durante más de veinticuatro horas, pero les constaba que se trataba de una cuestión de vida o muerte.

El sol caía a plomo cuando alcanzaron la orilla de un río de unos treinta metros de ancho y escasa profundidad que fluía mansamente en dirección sur, y que aparecía flanqueado por una espesa vegetación, lo que los invitó a refrescarse, comer algo y descansar unos minutos.

La infatigable L'ardilla aprovechó no obstante para trepar a un árbol, y sus noticias no fueron en absoluto reconfortantes: sus perseguidores habían ganado terreno a ojos vista.

Al oírlo, su padre comentó que por su parte se daba por vencido; era el de más edad, se encontraba agotado a causa de la larga carrera y entendía que por su culpa se estaba retrasando la marcha del grupo.

—Si me enseñaran cómo se encienden esos «truenos» podría alejarme en otra dirección y los haría explotar cuando los guerreros estén a punto de

cruzar el río, para llamar su atención —dijo—. De ese modo los atraería hacia mí haciéndoles perder tiempo.

—Como idea no es mala —admitió el gomero cuando Andújar le hubo traducido lo que el navajo proponía—. Si consiguiéramos desviarles aunque tan sólo fuera una legua en cualquier otra dirección, caería la noche antes de que nos dieran alcance.

—Pero no considero justo que se sacrifique por nosotros —le hizo notar el andaluz—. Y tampoco creo que la chica acepte dejar atrás a su padre a sabiendas de que le van a matar.

—Tal vez no sea necesario que se sacrifique —señaló Cienfuegos mientras observaba con especial detenimiento el paisaje circundante.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Andújar.

—En que otro haga ese trabajo...

—¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Cuando una partida de salvajes pretenden cortarte en pedacitos, o se te ocurren ideas o acabas troceado. —El cabrero indicó con un gesto el machete al tiempo que añadía—: Enciende una hoguera y ve cortando unas cuantas ramas gruesas, que ahora vuelvo.

Se alejó aguas arriba hasta que calculó que una de las muchas colmenas que colgaban de los árboles que bordeaban las orillas reunía las condiciones apropiadas para lo que se había propuesto, por lo que súbitamente echó a correr, se lanzó sobre ella aferrándola en el aire como si se tratara de una pelota y fue a caer al río antes de que las abejas tuvieran tiempo de comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

Se mantuvo sumergido dejándose llevar por la corriente hasta que consideró que los insectos que ocupaban la colmena se habían ahogado, pero aun así cuando emergió de nuevo aún la mantuvo largo rato bajo el agua.

A los pocos instantes ponía el pie en la orilla, justo en el punto en que se encontraban sus compañeros de viaje, y comentaba con una leve sonrisa:

—Miel para merendar y cera para velas —guiñó un ojo con picardía—. Es un viejo truco que me enseñó mi buen amigo Papepac, un indígena de

Tierra Firme; si eres lo suficientemente rápido a la hora de lanzarte al agua no recibes ni una sola picadura.

Puso a calentar la cera y con un pedazo de cuerda que hacía las veces de pabilo fabricó en pocos minutos un grueso velón, aunque bastante antiestético, de unos veinte centímetros de altura por diez de diámetro.

A continuación unió con lianas los troncos que el andaluz había cortado, y le colocó encima una rústica caseta construida a base de ramas y un pedazo de piel de ciervo.

Por último situó la vela en el centro, relleno la caseta con hierba seca hasta media altura y depositó en el fondo cuatro de los «truenos» que había preparado días atrás con pedazos de caña.

—¿Me quieres explicar para qué coño sirve todo esto? —no pudo menos que inquirir un intrigado Silvestre Andújar, que había seguido todos sus movimientos con la misma curiosidad y desconcierto que el navajo y su hija.

—Es muy sencillo —fue la inmediata respuesta—. Cuando encendamos la vela, que estará muy bien protegida del viento por la caseta, dejaremos que la corriente arrastre la balsa río abajo. Calculo que la llama tardará un par de horas en consumir la cera lo suficiente como para llegar a la altura de la hierba seca y prenderle fuego; ese fuego se transmitirá a las mechas, y éstas harán, ¡con suerte!, que al menos un par de «truenos» exploten. El ruido y el humo provocará que los pieles rojas se desvíen en aquella dirección, con lo que ganaremos un tiempo precioso.

—¡Caray!

—Calculo que si, al menos por una vez, las cosas salieran como deberían salir, obtendríamos tres o cuatro horas de ventaja.

—¿Esto también te lo enseñó tu amigo Papepac? —quiso saber el sorprendido gaditano.

—No, querido, no. Esto es el fruto de veinte años de tener que ingeniármelas para conseguir que no me maten. Otros, mucho más fuertes o más valientes, se quedaron en el camino porque no supieron sacar provecho de lo que tenían a mano, o no fueron capaces de reaccionar con la suficiente

celeridad. Sobrevivir en este Nuevo Mundo no es tarea sencilla ni que esté al alcance de los torpes; o te despabilas o acabas bajo tierra.

Le prendió fuego a la vela, aguardó hasta cerciorarse de que había prendido con fuerza, y a continuación colocó la balsa en el agua y vadeó hasta el centro de la corriente con el fin de dejarla allí.

Observó cómo se alejaba lentamente rumbo al sur, para acabar por alzar la mano y gritarle como si se tratara de un ser vivo:

—¡Recuerda que nos jugamos la vida! ¡No me falles...!

Minutos después, los cuatro habían atravesado el río, pero no lo abandonaron hasta encontrar una zona de piedra y rocas en la que podían salir del agua sin dejar sus huellas en la orilla.

Sheetta hizo especial hincapié en que procurasen no romper las ramas, que se esforzaran por pisar sobre rocas que no corrieran peligro de moverse, y que no se les ocurriera hacer ningún tipo de necesidad fisiológica.

—Lo que diferencia a un hombre perseguido de un animal perseguido, es que este último caga y mea sin tener en cuenta que al hacerlo está dejando tras sí un rastro que un buen cazador encuentra e interpreta de inmediato —dijo—. Y si han llegado hasta aquí es de suponer que esos guerreros son buenos cazadores.

Continuaron por tanto la marcha, no a la carrera, pero sí a buen ritmo, hasta que la muchacha se detuvo de improviso, prestó atención y se volvió hacia el sur.

—Han sonado los truenos... —dijo.

—Yo no he oído nada —reconoció el andaluz.

—Yo tampoco.

No obstante, aguzaron la vista en la dirección que indicaba, y al fin pudieron advertir cómo a unos cinco kilómetros de distancia se elevaba una columna de humo que nada tenía en común con las que solían encender los guerreros en la cima de las montañas.

—¿Seguro que ha sido una explosión? —preguntó el gomero.

—L'ardilla afirma que la ha oído claramente.

—En tal caso, los que nos siguen, que están mucho más cerca, también la habrán oído, correrán hacia allí y no encontrarán nada porque lo que

quede de la balsa, si es que queda algo, se lo habrá llevado el río. ¡Me gustaría ver su cara!

—¡A mí, no! —replicó el de Cádiz—. Ya les he visto la cara más que suficiente.

Al atardecer comenzaron a descender hacia un pequeño valle atravesado por un riachuelo y cubierto de una espesa vegetación, que desde la altura no se diferenciaba en absoluto de los otros muchos valles semejantes que habían encontrado en su recorrido por las estribaciones de la meseta del Colorado, pero que en el momento de alcanzar el nivel del suelo los dejó mudos de asombro; los árboles que lo poblaban superaban los cien metros de altura por casi doce de diámetro y presentaban todo el aspecto de contar mil años de antigüedad.

Se trataba del bosque más meridional de secuoyas californianas del que jamás se hubiera tenido noticias, formado tan al sur gracias a las especiales características climáticas del peculiar valle, mucho más húmedo y frío que la región circundante a causa de las corrientes de aire.

Sheetta comentó que su padre le había contado que muy al norte, en las tierras dominadas por la tribu de los cheyennes, existían enormes árboles sagrados en los que moraban los dioses, pero que siempre había considerado que aquélla era una leyenda infundada, fruto de la imaginación de un padre deseoso de deslumbrar a sus hijos con fantásticas historias de hadas y duendes.

De igual modo le había contado que en el país de los cheyennes existían enormes osos que vivían en montañas cubiertas de nieve, y que lo mismo se alimentaban de salmones que pescaban en las cascadas de los ríos, que de seres humanos que mataban de un solo zarpazo, pero resultaba evidente que nadie estaba dispuesto a aceptar que algo así pudiera ser verdad.

¡Un oso de las nieves que igual come peces que hombres! ¿A quién se le ocurre?

Pero ahora resultaba que aquellos fabulosos árboles existían realmente y que, por si fuera poco, algunos de ellos se encontraban mucho más próximos de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Cuando el canario se cansó de mirar hacia lo alto, a riesgo de partirse el cuello, no pudo menos que comentar:

—¡En este condenado lugar todo lo han hecho a lo bestia...! Los ríos son más grandes, las praderas más extensas, los cañones más profundos, las manadas de vacas más numerosas, y ahora los árboles más altos. ¿Habías visto alguna vez algo semejante?

—Ni en sueños; el mayor pino de Andalucía no alcanza ni la cuarta parte de la altura de cualquiera de estos monstruos. Con un hacha, un cincel y un martillo sería capaz de vaciar el tronco y construirme en su interior una cabaña de tres pisos.

Cienfuegos dirigió una nueva mirada a su alrededor regodeándose en la belleza del lugar, que semejaba una inmensa catedral de columnas de madera rojiza por entre las que penetraban los verticales rayos del sol sin alcanzar nunca un suelo por el que serpenteaba un riachuelo de aguas cristalinas. Al fin comentó con gesto pesaroso:

—Es uno de los lugares más hermosos que he visto nunca, y daría cualquier cosa por detenerme a descansar aquí unos días, pero me temo que esos cabrones continúan empeñados en tocarnos las pelotas y no nos dejarán en paz. ¡Mejor nos vamos! Es preciso que alcancemos la llanura antes de que caiga la noche.

Abandonaron el lugar con la sensación de pesadumbre de quien se sabe expulsado a la fuerza del paraíso, porque en verdad era aquél un bosque encantado en el que se diría que cualquier prodigio tendría lugar en el momento más inesperado.

Y sabían que lo que les esperaba era el desierto.

Lo alcanzaron al oscurecer, a la hora bruja, cuando mil tonalidades de grises se habían apoderado del paisaje difuminando sus contornos y convirtiendo en seres fantasmagóricos los enormes cactus que en la distancia semejaban gigantes con los brazos en cruz.

La desolada llanura impresionaba más en aquellos descoloridos momentos que a pleno sol.

Y aparentaba no tener fin.

—¡Dios santo! —se vio obligado a exclamar el andaluz—. Hemos pasado por la prueba del océano, las praderas, los ríos, las montañas y el cañón más prodigioso que nadie pudiera imaginar. Nos faltaba el desierto y aquí lo tenemos.

—Y el principal problema estriba en que en esa tierra tan seca no existe forma alguna de ocultar nuestras huellas. Dejaremos un rastro que hasta un ciego podría seguir. —El gomero hizo un gesto hacia Sheetta y su hija, que discutían acaloradamente a pocos metros de distancia, e inquirió desconcertado—: ¿Qué les ocurre?

—¡No lo sé! —reconoció el otro—. Cuando hablan entre ellos no entiendo ni una palabra; su dialecto no se parece en nada a los de los sioux, los apaches o cualquiera de las tribus vecinas. Los navajos conocen otras lenguas, pero por lo visto no existe nadie que sea capaz de hablar la suya.

—¡No me extraña! —comentó el gomero—. ¡Suenan a galimatías!

Concluida la discusión, que en realidad no lo era aunque pudiera parecerlo a causa de tan peculiar forma de expresarse, el cacique se volvió a Silvestre Andújar para comentar en el dialecto que éste conocía:

—Mi hija ha tenido una idea que apruebo, pero que resulta larga de explicar en todos sus detalles, sobre todo si se la tienes que traducir a tu amigo. Perderíamos mucho tiempo, y el tiempo escasea. Lo que ahora importa es que quienes nos vienen siguiendo crean que tan sólo somos tres hombres los que nos hemos adentrado en el desierto y lleguen a la conclusión de que mi hija ha tenido miedo y ha preferido esconderse en el bosque.

—¿Y si la buscan?

—No se molestarán en hacerlo; pesa muy poco, por lo que su valor en maíz no merece la pena. Les interesamos nosotros, y lo que pretendemos es que continúen siguiéndonos, convencidos de que a ella la hemos dejado atrás.

—¿Y cómo esperas conseguirlo?

—Cargándola —fue la sorprendente respuesta, al tiempo que indicaba con un gesto la inseparable garrocha del gomero y la hamaca que éste siempre llevaba consigo—. La colgaremos del palo y nos turnaremos para transportarla entre dos. —Como advirtió que Andújar hacía ademán de protestar, añadió—: Confía en nosotros; hasta ahora nos habéis ayudado, pero éste es nuestro territorio y sabemos cómo desenvolvernó en él.

Tanto el andaluz como Cienfuegos estuvieron plenamente de acuerdo en que no era momento de pedir explicaciones, de modo que se limitaron a aceptar el desconocido plan de quienes parecían convencidos de lo que hacían.

Al caer la noche se alejaron, por tanto, desierto adelante con la muchacha suspendida en el aire, y si algo resultaba evidente era que no dejaban tras sí más que las huellas de tres hombres adultos.

Las estrellas se mostraron fieles a una cita a la que acudían hacía millones de años, y tanto Ingrid como Rocío hicieron su aparición con el fin de indicarles el camino del oeste pese a que las praderas hubieran quedado atrás hacía ya mucho tiempo.

Cargada alternativamente por dos de los tres hombres, L'ardilla se balanceaba en la cómoda hamaca, por lo que al cabo de un rato dormía profundamente, lo cual hizo que su padre asintiera con una leve sonrisa de satisfacción:

—¡Es bueno que descanse! —dijo—. Mañana tendrá que hacer un gran esfuerzo.

Los españoles se limitaron a encogerse de hombros, pese a que resultaba evidente que sentían una lógica curiosidad; se encontraban demasiado cansados como para dedicarse a pedir explicaciones en unos momentos en que marchaban por el desierto, a paso ligero y llevando cargada a una criatura que a cada metro parecía ir ganando peso.

Pasada la medianoche, el navajo, que de vez en cuando se detenía para mirar hacia atrás, lanzó lo que debía de ser un malsonante reniego en su incomprensible dialecto, al tiempo que señalaba un grupo de luces que se movían en la distancia.

—Nos siguen-dijo.

—¿En la oscuridad? —se asombró el andaluz.

El indígena asintió.

—En el desierto resulta bastante sencillo distinguir una huella con la ayuda de antorchas —señaló—. Algunos rastreadores incluso lo consideran la mejor manera de perseguir cerdos salvajes, pumas o venados porque cuando los sorprende la luz se quedan muy quietos y se les puede cazar con mayor facilidad.

—¡Joder! —masculló el gomero cuando Andújar le hubo traducido las palabras del piel roja—. ¡Qué tipos tan pesados! ¡Si salgo de esta no vuelvo a probar un grano de maíz en mi vida!

Aceleraron la marcha aun a riesgo de darse de bruces contra un cactus hasta que al fin la estrella a la que apodaban la Postrera alcanzó poco más de una cuarta en el horizonte, con lo que comenzó a anunciarse a sus espaldas un nuevo día. Al despuntar éste, Sheetta oteó el horizonte y señaló un extenso promontorio de rocas de escasa altura que se divisaba delante de ellos, ligeramente a la derecha.

—¡Hacia allí! —gritó, seguro de sí mismo.

En cuanto lo hubieron alcanzado despertó a la muchacha, que lo primero que hizo fue sonreír a su «futuro esposo» como si acabara de disfrutar de una plácida noche en un lecho de pétalos de rosa.

—¡Buenos días! —saludó en un perfecto castellano.

A continuación saltó a tierra, esforzándose por pisar siempre sobre las rocas, escuchó con atención las últimas recomendaciones de su padre y, tras sonreír alegremente una vez más, echó a correr con su agilidad de siempre, de tal forma que a los pocos instantes había desaparecido tras el promontorio, rumbo al noroeste.

—¿Adónde diablos va? —se alarmó un desconcertado Cienfuegos.

—¡Ni la más remota idea! —replicó el andaluz—. Y no creo que sea hora de pedir explicaciones; es hora de correr.

Libres de la carga que significaba la muchacha aceleraron el paso, pero era evidente que se encontraban agotados; la huida estaba resultando excesivamente larga y una hora después, cuando el sol comenzó a recalentar

la llanura haciéndolos sudar a mares, el gaditano se detuvo de improviso mientras comentaba jadeante:

—¡Es inútil! ¡Acabarán cogiéndonos!

—¡Un esfuerzo más!

—¿Para qué? —protestó—. ¡Míralos! Cada vez están más cerca. Es sólo cuestión de tiempo.

—¡Ya falta poco!

Silvestre Andújar se volvió al navajo, que era quien había hecho semejante aseveración, para inquirir desconcertado:

—¿Poco para llegar adónde? ¡No se distingue más que desierto por todas partes! Ni tiene fin, ni existe un maldito lugar en que ocultarse.

—Confía en mí... —insistió el otro.

Continuaron durante media hora larga, ya casi a trompicones, hasta que de improviso Sheetta se detuvo para señalar con gesto de triunfo un punto a sus espaldas, a poco más de una legua hacia el noroeste.

—¡Allí! —exclamó alborozado—. ¡Allí!

Los dos españoles se volvieron en la dirección que indicaba, y al instante pudieron advertir cómo dos columnas de humo muy negro ascendían en paralelo. A diferencia de las que habían visto durante los últimos días, no se interrumpían, sino que se limitaban a subir rectamente hacia el cielo, cada vez más oscuras y siempre muy cerca la una de la otra.

—¿Lo ves?

—Lo veo... —repuso confuso el de Cádiz, que no parecía entender la razón del entusiasmo que manifestaba el piel roja—. Vuelven a ser columnas de humo. ¿Qué diablos significan ahora?

—¡Comanches!

—¿Comanches? —repitió, sorprendido—. ¿Los crueles sin sombra de los que siempre hablas con tanto miedo? ¿Los guerreros más sanguinarios de estas tierras?

—Comanches sin sombra —admitió el otro sin perder la calma—. Dos columnas de humo cada vez más negro y que nunca se interrumpen indican a todas las tribus de los alrededores que se aproxima una partida de saqueadores.

—¿Y eso te alegra? Por lo que has contado son mucho peores que los que nos han tenido esclavizados.

—¡Mucho peores, en efecto, pero en esta ocasión acuden en nuestra ayuda! —Alargó el brazo señalando directamente al este—. Como puedes ver, los que nos perseguían también han visto el humo y ya han empezado a correr en dirección contraria intentando proteger a sus mujeres y a sus hijos.

Cienfuegos, que permanecía a la expectativa, aguardó a que Andújar lo pusiera al corriente de lo que el nativo decía, y al comprobar que, efectivamente, sus enemigos se alejaban regresando por donde habían venido, inquirió:

—Pregúntale si cree que esos jodidos sin sombra nos van a respetar por el simple hecho de ser enemigos de sus enemigos.

—¡Por supuesto! —fue la firme respuesta.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque el único comanche sin sombra que se puede encontrar en estos momentos en tres días a la redonda, es mi hija.

—¿Qué pretendes decir?

—Que esas hogueras las ha encendido ella.

—¡Hijo de la gran puta! —no pudo menos que exclamar abrazándolo el entusiasmado andaluz, que se apresuró a traducirle al gomero lo que el otro decía—. ¡Todo ha sido un truco! ¡Un fabuloso engaño! ¿De modo que para eso la hemos cargado toda la noche?

—¡Exactamente! —asintió el indígena—. Quienes nos perseguían andaban tras las huellas de tres fugitivos, y siempre nos han tenido a la vista a los tres, por lo que no han podido sospechar que ha sido un cuarto, al que creían escondido en el valle, el que ha prendido fuego a esas hogueras. Ahora huyen convencidos de que sus peores enemigos les vienen pisando los talones.

—¿Y cuando se den cuenta del engaño ya estaremos lejos? ¡Astuto! Muy astuto —admitió Silvestre Andújar, que se dirigió ahora a Cienfuegos—. Me da la impresión de que vas a tener una nueva esposa digna de ti.

—¡Déjate de bobadas! Ya sabes lo que pienso con respecto a eso, aunque sinceramente reconozco que ha demostrado que merece su nombre;

tal como aseguraba Ojeda de la princesa Anacaona: «Es más lista que una ardilla».

—Confiemos en que no te salga tan cachonda como ella.

Dos horas después, la chicuela hizo su aparición en la distancia, llegando desde el norte; venía correteando y saltando como si en lugar de encontrarse en el corazón de un tórrido desierto, estuviera paseando despreocupadamente por un hermoso jardín en el que acababa de cometer una divertida travesura.

Al verla llegar, sonriente y oliendo a humo, el gaditano comentó divertido:

—¡Tú podrás decir lo que quieras, pero me juego la cabeza a que ésta, o te lleva al huerto o acaba contigo! Es una auténtica navaja... Pero una navaja de afeitar.

L'ardilla era capaz de extraer agua del tronco de unos enormes cactus de ocho metros de altura a los que llamaba «saguaros», al igual que era capaz de cazar y cocinar iguanas, serpientes, tortugas, tórtolas y una especie de diminutas codornices de cresta negra a las que buscaba de noche en sus nidos con el fin de retorcerles el pescuezo sin darles tiempo a reaccionar.

Fue ella quien se ocupó de levantar con ramas y hojarasca una rústica choza en la que los hombres descansaran a la sombra, porque lo cierto era que los tres, y especialmente su padre, parecían haber llegado al límite de sus fuerzas. Por su parte, ella continuaba moviéndose con una asombrosa hiperactividad que tenía la virtud de poner nerviosos incluso a quienes se limitaban a seguirla con la mirada.

—¿Es que no puede quedarse un minuto quieta? —inquiría a menudo un desconcertado Cienfuegos—. No para de ir de un lado a otro como si le hubieran metido una guindilla en el culo... ¡Me agota!

—¡Pues imagínatela en la cama...!

—¡No digas sandeces!

—¿Sandeces? No te arriendo las ganancias.

Esa misma tarde tuvo lugar una curiosa anécdota. En un determinado momento en que el andaluz se había alejado un centenar de metros, Cienfuegos quiso llamar su atención por medio de un sonoro silbido, lo que provocó que tanto Sheetta como su hija lanzaran un alarido de terror y se taparan los oídos como si tan agudo sonido les resultara del todo insoportable.

Cuando Andújar inquirió la razón de tan sorprendente comportamiento replicaron que jamás habían escuchado a un ser humano emitir un ruido tan estridente y desagradable que «más parecían chirridos propios del diablo que de un hombre».

—Lo cierto es que en todos estos años nunca he oído silbar a un piel roja —dijo el gaditano—. Imitan el canto de muchos animales y algunas aves, pero muy quedamente, sin nuestra capacidad de lanzar un silbido que se escuche a lo lejos.

—Pues en la Gomera andaríamos jodidos si no supiéramos silbar; es la única forma que tenemos de comunicarnos de una montaña a otra.

—¿Y es cierto eso de que sois capaces de entenderos como si estuvierais hablando?

—¡Lógico! Te puedes desgañitar gritando sin que las palabras resulten inteligibles ni a la cuarta parte de distancia de lo que llega con absoluta claridad un buen silbido, porque un sonido agudo se propaga muchísimo mejor que uno grave.

A partir de ese día el canario se aplicó a la tarea de enseñar a sus compañeros de viaje los rudimentos de la técnica del «silbo gomero», convencido como estaba de que el hecho de conseguir transmitir desde muy lejos conceptos tan simples como «ven», «corre», «huye», «sube», «baja», «peligro», «escóndete» o «agua», podrían resultarles de gran utilidad en algún momento.

—Ingrid me explicó en cierta ocasión que los humanos empezaron a ser superiores a los animales a partir del día en que fueron capaces de comunicarse —dijo—. Y silbar cambiando las tonalidades no es más que otra forma de comunicarse.

Mientras ensayaban, entre risas y bromas vista la escasa habilidad de Sheetta para introducirse los dedos en la boca y soplar con intención de conseguir emitir algún sonido, continuaban recuperando fuerzas, siempre atendidos y alimentados por la hacendosa e incansable criatura de los grandes ojos negros y las largas trenzas, hasta que en la mañana del tercer día vino corriendo hacia ellos pero sin que en esta ocasión brillara su eterna sonrisa en los labios.

—¡Comanches! —gritaba señalando un punto en el horizonte—. ¡Comanches sin sombra!

Los tres hombres se pusieron en pie de un salto, aguzaron la vista en dirección al lugar que indicaba, y no tardaron en descubrir que, en efecto, dos rectas columnas de humo negro se elevaban al cielo.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Silvestre Andújar, aturcido.

—Que vienen los comanches —repitió Sheetta con el rostro sombrío.

—¿Pero los comanches de verdad o los comanches que os inventasteis vosotros?

El navajo tardó en responder, evidentemente preocupado, hasta que al cabo de un rato replicó con un leve encogimiento de hombros:

—A mi modo de ver existen tres posibilidades: la primera, que alguien viera nuestra señal y decidiera transmitirla a su vez, lo cual no parece demasiado lógico cuatro días más tarde. La segunda, que por una maldita coincidencia vengan los comanches, tal como suelen hacer de vez en cuando. Y la tercera, y a mi modo de ver la más probable, que alguna partida de guerreros que anduviera vagabundeando por los alrededores viera nuestras señales, las creyera, y decidiera acudir a colaborar con los suyos participando en el reparto del botín.

Cuando Cienfuegos tuvo puntual conocimiento de lo que opinaba el navajo se limitó a comentar sin inmutarse:

—¿O sea que tenemos dos posibilidades sobre tres de que quienes nos traten de joder ahora sean otros pieles rojas aún más brutos que los anteriores? —Lanzó un sonoro reniego y añadió—: ¡Bien! Parece ser que a eso se limita nuestro destino, y lo que me gustaría saber es si nos

encontramos lo suficientemente seguros aquí, o existe alguna posibilidad de que den con nosotros.

Cuando el andaluz tradujo la pregunta, Sheetta indicó con un gesto de la barbilla las claras huellas que se dibujaban sobre la arena al tiempo que señalaba:

—No ha soplado el viento, y por lo tanto no se ha borrado nuestro rastro. En cuanto los sin sombra lo descubran vendrán por nosotros, porque conocen el desierto mejor que nadie y saben que les resulta mucho más sencillo capturarnos aquí, que entre las montañas o los bosques.

—En ese caso, ¿qué es lo que aconsejas? —quiso saber el gaditano.

—¿Y qué voy a aconsejar? —inquirió el otro, sorprendido—. Lo de siempre: salir corriendo más aprisa que nunca.

—¿Y adónde iremos a parar?

—¡Cualquiera sabe!

Los comanches sin sombra tenían justa fama de crueles, despiadados y sanguinarios, y de igual modo tenían justa fama de ser excelentes rastreadores y veloces e incansables corredores.

Constituían una rama escindida de la tribu comanche, escindida a su vez de los poderosos shoshoni originarios del actual estado de Wyoming, y por lo general su forma de vida se limitaba a vagar desde las estribaciones de las nevadas Montañas Rocosas al norte, hasta el corazón de los desiertos del sur, sin instalar campamentos estables más que durante muy cortas temporadas, dado que el punto fuerte de su economía se basaba principalmente en el robo y la caza.

También solían traficar con esclavos, por lo que habían implantado sobre sus extensos territorios de nefasta influencia una especie de imperio del terror contra el que resultaba prácticamente imposible intentar rebelarse.

Durante las diversas ocasiones en que algunas de las tribus que sufrían periódicamente sus desmanes decidieron unirse en un desesperado intento por castigar tanta osadía, se habían encontrado con la desagradable sorpresa de que no conseguían dar con ellos por mucho que buscaran.

Según una vieja leyenda apache, los sin sombra habían establecido un pacto con el demonio —al que al parecer rendían culto— y de ese modo lograban que en los momentos de apuro los convirtiera en invisibles durante un corto período de tiempo.

Tan invisibles, que ni siquiera dejaban a sus espaldas huellas de su paso.

Astutos y escurridizos, solían caer sobre sus desprevenidas presas, tan mortales y silenciosos como la diabólica avispa *Hemipepsis*, que de improviso atacaba a una tarántula diez veces mayor que ella con el fin de

clavarle su aguijón en la espalda e inyectarle un líquido paralizante que la mantenía meses con vida aunque incapaz de hacer un solo movimiento.

A continuación, la avispa depositaba un huevo en el abdomen de su presa y la arrastraba hasta un agujero, que cubría con arena. Cuando la cría rompía el huevo se alimentaba de la tarántula viva hasta consumirla por completo, momento en que decidía salir de su escondite con la evidente intención de buscar un macho, aparearse y lanzarse a la caza de una nueva víctima.

Pese a que no simpatizaran en absoluta con las tarántulas, los habitantes de los desiertos norteamericanos aborrecían a la odiosa *Hemipepsis*, que a su modo de ver representaba el paradigma de la maldad, tan sólo comparable con la ferocidad de los comanches, por lo que para ellos constituía una especie de obsesión el hecho de perseguirlas y aniquilarlas dondequiera que se encontrasen.

No resultaba por tanto sorprendente que Sheetta se sintiera aterrorizado ante la idea de que su hija cayera en manos de quienes consideraba «unos salvajes», de los que se sabía que disfrutaban sodomizando a las mujeres de otras tribus de una forma auténticamente inhumana.

Se aseguraba que de igual modo tenían la abominable costumbre de violar a los prisioneros enemigos, no por el placer de hacerlo, sino porque consideraban que de ese modo los humillaban hasta el punto de que perdían para siempre su condición de guerreros.

Cada vez que Silvestre Andújar intentaba tranquilizar al navajo haciéndole comprender que ni siquiera era seguro que anduvieran buscándolos, y que en el caso de hacerlo aún se encontrarían muy lejos, la respuesta era siempre la misma:

—Los sin sombra nunca están demasiado lejos porque cuando menos lo esperas están ya demasiado cerca. ¡Corramos!

Y corrían.

¡Dios santo, cómo corrían!

Tanto para el canario como para el andaluz la idea de que pudieran existir unos bujarrones interesados en sus culos, fuera cual fuera la razón

que alegaran para ello, resultaba no sólo nueva, sino evidentemente preocupante.

A lo largo de una azarosa existencia, en la que se había enfrentado a toda clase de enemigos, el gomero Cienfuegos a menudo había visto en serio peligro su integridad física o incluso su vida, pero nunca, ni por lo más remoto, su sacrosanto trasero.

—Reales o ficticios, empiezan a caerme mal esos cabrones —masculló resoplando—. Mi culo no está en juego y todo este maldito asunto no se me antoja nada serio.

Al caer la tarde resultó evidente que los sin sombra no hacían en absoluto honor a su nombre, puesto que al coronar una pequeña loma pudieron comprobar que las alargadas sombras de siete ágiles hombres armados de arcos y lanzas avanzaban por la llanura como si en verdad los empujara el viento.

Sheetta no pudo evitar que se le escapara un corto gemido de terror y a continuación le suplicó a su hija que huyera de inmediato aprovechando que era mucho más veloz y resistente que cualquiera de ellos.

—¡Si te vas ahora podrás salvarte! —insistió ante la firme negativa de la chicuela—. Nos seguirán a nosotros, y tú eres capaz de correr más que ellos. Al menos tendrás una oportunidad de salir con vida.

—¿Para ir adónde? —fue la inmediata respuesta no carente de lógica—. ¿Qué puedo hacer sola en la inmensidad de este desierto? Pronto o tarde acabaría de esclava de cualquier otra tribu y no quiero volver a eso.

—Cualquier cosa, incluso la muerte, es mejor que caer en manos de esos bestias —le hizo notar su padre.

—Procuraré que no me cojan viva —replicó con firmeza la muchacha—. De eso puedes estar seguro.

Cienfuegos, que llevaba largo rato observando el casi increíble progreso de las sombras armadas, hizo un gesto con la mano pidiendo silencio para inquirir de inmediato:

—¿Crees que durante la noche nos seguirán con antorchas tal como hacían los otros?

—Seguro.

—En ese caso supongo que ha llegado el momento de dejar de correr como conejos, cosa que por lo que hemos visto no nos conduce a nada, y plantarles cara de una vez por todas.

—¿Plantarles cara? —se asombró el gaditano—. Nos superan en número, porque L'ardilla ha demostrado que corre como una liebre y sirve para mucho, pero dudo que sea capaz de enfrentarse a un guerrero con las armas en la mano.

—Son siete, en efecto —admitió el gomero—. Y, por tanto, lo primero que tenemos que hacer es aplicar el viejo dicho: «Divide y vencerás».

—¿Y cómo piensas conseguir que se dividan?

—Dividiéndonos nosotros.

El de Cádiz le observó, a todas luces estupefacto, agitó la cabeza como si lo que acabara de escuchar fuera la perogrullada más grande que se le hubiera ocurrido nunca a nadie, y por último señaló lo que se le antojó —y de hecho lo era— un argumento de lógica aplastante:

—Pero si también nosotros nos dividimos estaremos en las mismas; pues siempre nos superarán en número, digo yo.

—No necesariamente.

—¡Joder con el acertijo! —protestó el otro—. ¿Te quieres explicar de una maldita vez? ¿En qué coño estás pensando?

—En un viejo truco de los caníbales antillanos. Son unas malas bestias capaces de comerse a su madre a la parrilla sin tan siquiera echarle sal, pero al mismo tiempo son los cabrones más condenadamente astutos que he conocido. —Hizo una pausa para indicar con un gesto el extenso desierto que se abría ante ellos, y añadió—: En cuanto volvamos a esa llanura en la que nuestras huellas quedarán claramente marcadas en la arena, nos dividiremos en dos grupos: Sheetta y tú os dirigiréis hacia el sudoeste; L'ardilla y yo hacia el noroeste.

—¿Y eso para qué?

—Para continuar siguiendo la ruta de las estrellas, pero en esta ocasión te desviarás un grado a la izquierda, y yo un grado a la derecha. ¿Lo vas entendiendo?

—Hasta ahora sí.

—Correremos cada uno en su dirección mientras veamos a Ingrid y a Rocío, pero en cuanto Araya haga su aparición en el horizonte, vosotros dos trazaréis un amplio círculo hacia la derecha para ir a esconderos a unos cincuenta metros de las huellas que hayáis dejado a vuestro paso. —El gomero hizo un gesto de puntualización alzando el dedo índice—. Pero procurando sobre todo, y esto es lo más importante, no cruzarlas nunca. ¿Continúa quedando claro?

—¡Muy claro! —dijo el otro—. Damos la vuelta en redondo y nos apostamos junto al punto por el que hemos pasado, pero sin dejar rastros de que hemos vuelto atrás... ¿Qué más?

—En el mismo momento en que Araya haya hecho su aparición en el horizonte, L'ardilla y yo habremos empezado a correr directamente hacia el sur, a reunirnos con vosotros en el punto que hayáis elegido. Para encontrarnos en la oscuridad bastará con que, de vez en cuando, lances un corto silbido. De niño aprendí a captar a la primera de dónde provienen y aún conservo muy buen oído.

—Por lo que veo, lo que pretendes es que les tendamos todos juntos una emboscada.

—¡Exactamente! Los que os estén siguiendo, probablemente cuatro de los siete, cruzarán ante nosotros totalmente desprevenidos puesto que imaginarán que aún les lleváis bastante ventaja. En ese momento los atacaremos por la espalda y sin ningún tipo de compasión, puesto que se trata de auténticas alimañas. Les tiraremos con todo lo que tenemos: el arcabuz, la ballesta, el machete, el cuchillo, la lanza, los famosos «truenos», que aunque no los maten los desconcertarán, y hasta con pedos y patadas si es necesario, porque lo que importa es aniquilarlos antes de que sus compañeros acudan en su ayuda. Si conseguimos acabar con los cuatro, los otros se lo pensarán mucho antes de continuar con una cacería en la que ahora se sabrán inferiores en número y en armamento, puesto que nos habremos apoderado de las armas de sus compañeros.

—Parece un buen plan —admitió con toda honestidad el andaluz—. Cazar a los cazadores. ¿Y dices que te lo enseñaron los caníbales?

—Lo suelen emplear en los bosques y en las praderas que ofrecen lugares en que ocultarse, pero aquí en el desierto sólo podemos tenderles esa trampa de noche. —Hizo un gesto hacia padre e hija para añadir—: Y ahora es mejor que traduzcas lo que te he dicho lo más rápidamente posible, porque, por lo que veo, a esos hijos de la gran puta que vienen echando leches no los para nadie.

Cuando hubo concluido de escuchar la explicación del gaditano Sheetta asintió varias veces para indicar que lo entendía y lo aprobaba, y luego comentó sin el menor empacho:

—Por lo que he podido advertir, tu amigo tiene algo demasiado grande entre las piernas, pero también tiene algo muy grande en la cabeza. Como padre me preocupa lo primero, pero me tranquiliza lo segundo.

Siguieron al pie de la letra el plan que había diseñado el gomero, corriendo a buen ritmo aunque procurando no cansarse en exceso, hasta que la tercera estrella, Araya, hizo su aparición allá por el oeste.

De inmediato, Cienfuegos y L'ardilla se encaminaron directamente hacia el sur, casi en ángulo recto, y en esta ocasión sí que aceleraron el paso, conscientes de que gran parte de su salvación dependía de conseguir reunirse cuanto antes con sus compañeros de evasión.

En aquellos momentos el principal problema del gomero no se centraba en correr, sino en mantenerse a la altura de una chiquilla que parecía volar sobre la arena saltando sobre las rocas y los matojos o esquivando los cactus como si tuviera ojos de gato.

—¡Para un poco, que me vas a matar! —le rogó jadeante en un par de ocasiones—. ¡Maldita cría de lagartija!

Poco después aparecieron a sus espaldas dos grupos de luces, aún muy lejanas, lo que motivó que el canario se detuviera unos instantes con el fin de tomar aliento y comentar como si su acompañante pudiera entenderle:

—¡Han picado! Los cabrones se han dividido.

En esta ocasión la muchacha no necesitó que nadie le tradujera lo que había dicho, y se limitó a repetir una de las primeras frases en castellano

que se sabía de carrerilla:

—¡Malditos comanches hijos de puta!

Él la observó a la leve luz de las estrellas y no pudo menos que sonreír al comentar:

—La verdad es que aprendes rápido y eres una criatura ciertamente excepcional. ¿Qué voy a hacer contigo el día que te conviertas en mujer? — Optó por encoger se de hombros con gesto de resignación al tiempo que añadía—: ¡Bueno! Ahora lo que importa es que vivas lo suficiente para convertirte en mujer. Y yo que lo vea. ¡Continúa, pero tómatelo con calma!

Reanudaron la carrera, que duró casi una hora, y cuando nuevamente se detuvieron el gomero necesitó un largo rato hasta conseguir recuperar el resuello y encontrarse en condiciones de lanzar un corto silbido.

Enseguida le respondió otro, lejano pero igualmente corto y seco, que podría haberse confundido muy bien con la llamada de un ave nocturna, por lo que comentó satisfecho:

—¡Ya estamos cerca!

Las luces de dos antorchas se aproximaban mientras que otras dos, más al norte, se habían alejado a ojos vista siguiendo el rastro que ellos habían dejado atrás.

Continuaron avanzando, cada vez con más prudencia y guiándose por los silbidos, hasta alcanzar el punto en que Silvestre Andújar y Sheetta los aguardaban.

Se abrazaron tan felices como si se reencontraran después de meses de ausencia, pese a que apenas hacía unas horas que se habían separado.

A la escasa luz que había, el de Cádiz señaló de inmediato dos gruesos cactus en forma de cruz que se encontraban a unos veinte metros de distancia.

—Pasamos entre ellos con el fin de determinar con exactitud un punto de referencia. Creo que ése es el lugar perfecto para preparar una emboscada.

El canario aguzó la vista observándolo todo a su alrededor, y luego señaló:

—Ahora lo que tenemos que hacer es cavar dos trincheras, en las que ocultarnos y encender fuego sin que lo vean. Las cubriremos con ramas y pieles y no saldremos de ellas hasta que estén pasando justo entre los cactus; ése será el momento de atacar.

Las antorchas se encontraban a menos de quinientos metros de distancia cuando se consideraron ya debidamente preparados; Andújar y el navajo en una de las trincheras, y el gomero y la muchacha en otra en cuyo fondo ardían dos tizones que se veían obligados a soplar continuamente con el fin de que no se apagaran.

Los momentos que siguieron fueron de sudorosa tensión.

Atisbando por una leve ranura, el canario pudo comprobar que efectivamente eran cuatro los hombres que avanzaban a un ritmo acompasado; dos delante, portando antorchas y atentos a las huellas que habían quedado marcadas sobre el terreno, y otros dos detrás cargando con los arcos, las flechas y las lanzas.

Conscientes como estaban de las dificultades que ofrecía disparar con un engorroso y poco fiable arcabuz en plena noche, los españoles habían decidido de común acuerdo que el gomero apuntaría a quien se encontrara más cerca, y Andújar, con la ballesta, al más alejado.

En ese mismo momento L'ardilla se ocuparía de lanzar los «truenos» encendidos, y a continuación y aprovechando la confusión que en buena lógica reinaría entre los comanches, los tres hombres se arrojarían de inmediato sobre quienes no se encontraran heridos.

Aguardaron agazapados en sus minúsculos refugios, sudando a mares, sintiendo que les faltaba el aire, y rezando para que en esta ocasión la pólvora no fallara, el arcabuz no reventara y la artesanal y chapucera bala de oro cumpliera con su obligación.

El golpear de sus propios corazones les impedía percibir con nitidez el golpear de los pies de los comanches, que avanzaban en silencio y sin tan siquiera jadear; los fuegos que los precedían hacían pensar en un inmenso dragón de ojos llameantes que surgiera de las tinieblas dispuesto a devorar a sus presas.

Pasaron a seis metros de las trincheras y continuaron su camino ajenos al peligro que corrían, y, en el preciso momento en que cruzaban entre los cactus, Cienfuegos prendió la mecha del arcabuz, alzó la piel que los cubría, y con el arma apoyada en el suelo apuntó al comanche que tenía más cerca, y esperó.

Jamás había matado a un hombre por la espalda.

Y jamás pensó que tendría que hacerlo.

Pero así estaban las cosas.

El fuego corrió por la mecha, alcanzó la cazoleta del vetusto arcabuz del capitán Barroso, dudó una décima de segundo, y explotó con tal estruendo que por unos instantes ni quien había disparado, ni ninguno de los participantes en la confusa algarada que vino a continuación tuvo oportunidad de saber qué era lo que había ocurrido con exactitud.

Tampoco era el momento ni el lugar de detenerse a averiguarlo, puesto que los «truenos» volaban por los aires y se escucharon gritos de dolor, asombro y terror cuando tanto Cienfuegos como Andújar y el navajo se precipitaron sobre sus enemigos, dos de los cuales yacían en el suelo mientras que los otros dos habían dejado caer sus antorchas y dudaban entre echar mano a las armas o salir corriendo.

Al ver llegar a quienes se abalanzaban sobre ellos aullando como posesos, sus reacciones fueron muy diferentes; uno se inclinó en busca de la lanza que se había escapado de las manos de su compañero muerto, y el otro optó por perderse en la noche todo lo aprisa que le permitían las piernas.

Al primero, el gomero le clavó en la boca del estómago el arpón en que había convertido su garrocha, mientras Andújar le cercenaba un brazo de un solo machetazo.

El segundo desapareció en las tinieblas como si se lo hubiera tragado la tierra.

Poco después, y a la luz de las antorchas, se pudo comprobar que de los tres enemigos abatidos, dos aún sobrevivían, pero se desangraban con notable rapidez.

La flecha de la ballesta había atravesado directamente el corazón a uno de ellos, la bala de oro le había roto la espina dorsal a otro y del brazo cercenado del tercero brotaba a borbotones un incontenible manantial de sangre.

Los heridos clavaron sus negros ojos cargados de odio en quienes les habían tendido tan traicionera emboscada, pero no emitieron ni tan siquiera un lamento.

Los españoles se fundieron en un abrazo con el navajo, y fue en ese momento cuando Cienfuegos preguntó volviéndose a mirar a su alrededor:

—¿Dónde está L'ardilla?

Transcurrió casi una hora que se les antojó una eternidad hasta que la muchacha hizo su aparición surgiendo de las tinieblas como si se tratara de un fantasma.

A la luz de las antorchas advirtieron que llegaba cojeando, maltrecha y cubierta de moratones y salvajes mordiscos de los que manaban largos hilos de sangre.

—Pero ¿qué te ha ocurrido? —quiso saber su horrorizado padre.

—No tenía armas, pero se defendió como una fiera —fue la seca respuesta.

—¿Perseguiste al que huía? —se asombró Silvestre Andújar—. ¿Te enfrentaste tú sola a un guerrero comanche?

—No podía permitir que contara quiénes somos. —Y mostró el ensangrentado cuchillo del gomero que aún empuñaba con fuerza—. Ahora está muerto.

—¡Dios bendito! ¡Estás loca!

Cienfuegos, que no necesitaba hablar ningún dialecto indígena para entender claramente lo que había ocurrido, hizo un gesto hacia las luces que se aproximaban llegando desde el norte.

—No es momento de explicaciones ni de enfrentarnos a esos malnacidos —dijo—. Más vale que nos larguemos cuanto antes dejando aquí las antorchas para llamar su atención y que se lo piensen bien al ver lo que les ha ocurrido a los suyos.

Reemprendieron la huida, siempre hacia el oeste, siguiendo el camino de las estrellas, pero pronto advirtieron que, por primera vez desde que la

conocían, L'ardilla era incapaz de mantener el ritmo de tan agotadora marcha.

Resultaba evidente que, tras recibir la primera puñalada en la espalda de una veloz muchachita que le había saltado encima de improviso, el desesperado comanche había vendido cara su vida, luchando con las únicas armas que tenía, las manos y los dientes, hasta que media docena de furiosas cuchilladas lo dejaron tendido en mitad del desierto.

Ahora la muchacha acusaba las consecuencias del brutal castigo que había recibido antes de conseguir su objetivo, por lo que apenas acertaba a dar un paso pese a su reconocida y casi increíble fuerza de voluntad.

Al fin, los tres hombres decidieron que lo mejor que podían hacer era regresar al manido sistema de turnarse cargándola entre dos colgada de la hamaca, lo que lógicamente los obligó a hacer más lento su avance hasta que la estrella Postrera hizo su aparición en el horizonte y el cielo comenzó a teñirse de rojo a sus espaldas.

Con la primera claridad comprobaron que L'ardilla sangraba hasta el punto de haber perdido el conocimiento, por lo que rasgaron jirones de la vieja vela de la barca que el gomero utilizaba como túnica y vendaron las heridas del mejor modo posible, pese a que trozos de carne habían sido arrancados de cuajo en algunos puntos.

—Es como si se hubiera peleado con un perro rabioso —comentó abatido el andaluz.

—Cuando nos defendemos de la muerte es normal comportarse como un perro rabioso —sentenció el canario—. Ahora lo que tenemos que hacer es intentar contener la hemorragia y procurar que no se mueva demasiado, o se nos quedará por el camino.

Continuaron la marcha hasta que mediada la mañana, Sheetta, que se volvía insistentemente a mirar hacia atrás, indicó con un gesto varios puntos lejanos en los que algo brillaba de forma extraña e intermitente.

—¡Comanches! —dijo—. Señales comanches.

—¿Qué significan? —quiso saber el gaditano.

—No lo sé —admitió el otro con naturalidad—. Es un lenguaje que tan sólo ellos entienden.

—¿Y cómo lo hacen?

—Con hojas de cactus.

—¿Hojas de cactus? —repitió el desconcertado Andújar—. Nunca he visto brillar una hoja de cactus.

—¡No! —dijo el otro—. Normalmente no brillan, pero los sin sombra les quitan las espinas y les van insertando en la piel granos de sal hasta que la cubren por completo. Luego las ponen de cara al sol, se comunican por medio de sus reflejos y nadie es capaz de descifrar lo que se están diciendo.

—¿O sea que a través de esas señales no podemos saber si se dan por vencidos o continuarán persiguiéndonos?

—Por las señales, no —repuso el navajo—. Pero estoy convencido de que nos perseguirán. Son una raza altiva y rencorosa que no aceptará la vergüenza y el descrédito que significará para ellos el hecho de que hayamos acabado con cuatro de sus guerreros sin sufrir ni tan siquiera una baja.

—Era de suponer.

—Buscarán venganza, pero no será hoy porque están obligados a rendir homenaje a sus muertos y colocarlos sobre unas parihuelas, para que los chacales y los coyotes no los devoren. Me temo que a partir de mañana nos perseguirán hasta el fin del mundo.

—O mucho me equivoco, o el fin del mundo debe de estar muy cerca —masculló el de Cádiz, que se volvió hacia el canario con el fin de traducirle lo que el piel roja le había dicho y comentar—: Por lo visto, disponemos de un día de ventaja antes de que empiecen a intentar jodernos de nuevo. ¿Qué hacemos?

—¿Y qué podemos hacer? —fue la respuesta—. No estoy dispuesto a que una partida de salvajes me pongan el culo en cuarentena, o sea que pienso seguir adelante hasta que no pueda dar un solo paso. Para meterme una bala en la cabeza siempre hay tiempo. —Cienfuegos sonrió ampliamente a la par que le guiñaba un ojo al concluir—: ¿Sabes de alguien que se haya suicidado con una bala de oro?

—No, no lo sé —replicó su interlocutor indicando con un ademán de cabeza el arcabuz que colgaba de su hombro—. Pero lo que está claro es

que no tendrás oportunidad de hacerlo porque no nos queda ni un grano de pólvora decente. Lo mejor que podríamos hacer es tirar este trasto de una puta vez; pesa como un muerto.

—¡Ni se te ocurra...! —lo contradijo el canario—. Es evidente que casi siempre contaremos con medios para fabricar pólvora, pero no con medios para fabricar un arcabuz. Y ahora más vale que procuremos ponernos a la sombra, porque este maldito sol me está derritiendo las ideas.

Alzaron un mísero chamizo a base de ramas, pieles y hojas de cactus, ya que ciertamente el violento sol y el tórrido calor del mediodía amenazaban con acabar con ellos pues estaban a punto de alcanzar una profunda depresión que se encontraba muy por debajo del nivel del mar, por lo que tenía la «virtud» de succionar el aire y crear un efecto de caldera en cuyo interior llegaban a producirse temperaturas de casi sesenta grados centígrados.

Aquella era sin lugar a dudas la región más caliente y seca del hemisferio occidental; y lo que contribuía a hacerla más inhóspita y peligrosa que cualquier otra era el sorprendente hecho de que el exceso de óxido de hierro y manganeso había propiciado que, a lo largo de más de veinte millones de años, el viento, el sol y la humedad del rocío hubieran recubierto la arena y las rocas de una especie de barniz que se introducía en las fosas nasales e impedía respirar.

Siglos más tarde, los primeros exploradores europeos bautizarían tan desolada región, en la que jamás había llovido debido a que el agua se evaporaba antes de llegar al suelo, con el más que justificado nombre de Valle de la Muerte.

Al caer la tarde, Cienfuegos abrió los ojos y de inmediato lo alarmó descubrir que la muchacha aún sangraba, pero no por las incontables heridas que le había producido el guerrero comanche, sino que en esta ocasión la sangre le manaba en abundancia de la entrepierna.

—¡Bendito sea Dios! —musitó para sus adentros—. ¡Lo que nos faltaba! ¡Mal momento has escogido para convertirte en mujer!

Abandonó el refugio, trepó a un pequeño macizo de rocas desde el que dominaba el horizonte, y tras un largo rato de detenida observación lo tranquilizó comprobar que no se distinguía presencia alguna de los sin sombra.

Al parecer el navajo tenía razón y disponían de todo un día de ventaja antes de que sus rencorosos e insistentes perseguidores reiniciaran su acoso.

Sin embargo, al trepar hasta la cima y otear el terreno por el que debían continuar su avance, el corazón le dio un vuelco y no pudo evitar lanzar lo que bien podía ser un lamento o tal vez un sonoro reniego. La ancha y profunda depresión que se abría bajo él, y en la que el sol declinante se reflejaba como en un gigantesco espejo amenazando con abrasarle los ojos, constituía, sin lugar a dudas, el lugar más desolado y terrorífico que había visto nunca.

—¡La madre que lo parió! —exclamó asombrado—. ¿Qué coño es eso?

Permaneció varios minutos con la boca abierta, incapaz de aceptar la realidad de tan sorprendente espectáculo, se dejó caer sobre una roca llevándose las manos a la cabeza, y no reaccionó hasta que advirtió que Silvestre Andújar llegaba a su altura, observaba de igual modo la inquietante llanura y acababa por musitar entre dientes:

—¡Que Dios nos ayude! ¡Ése debe de ser el fin del mundo!

—Eso parece —dijo el gomero en tono de profundo abatimiento.

—A esto debía de referirse Sheetta cuando hablaba de una tierra muerta —masculló el abatido andaluz—. Está muerta y enterrada. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Por qué no dejas de preguntar siempre lo mismo? —quiso saber Cienfuegos, mostrando por primera vez cierta impaciencia—. No tengo ni la menor idea de lo que podemos encontrarnos ahí dentro.

—Deberíamos bajar a verlo de cerca antes de que oscurezca —aventuró el andaluz.

—No es mala idea.

A unos cien metros de donde se iniciaba la abrupta depresión, la temperatura ascendía de forma paulatina, de tal modo que el hecho de poner el pie en la arena del fondo era como colocarlo sobre una plancha de cocina

o atravesar la puerta de un horno en el que incluso faltaba el aire, que al ser aspirado irritaba la garganta y las fosas nasales.

—Supongo que esto debe de ser lo más parecido al infierno que se pueda imaginar —musitó roncamente el gaditano—. ¿Tenías idea de que pudiera existir algo semejante?

—Ni remotamente —repuso su amigo—. Siempre creí que donde más calor hacía en este mundo era en el lago Maracaibo, en Tierra Firme, pero comparado con esto se me antoja una nevera. ¡Y eso que está atardeciendo...!

—¿Crees que hemos llegado al final del camino?

—Lo bueno que tiene el final del camino es que cuando lleguemos a él estaremos muertos y ya nada nos importará una mierda —le hizo notar el canario—. Pero, hasta que eso ocurra, no nos queda más remedio que intentar encontrar una salida. —Hizo un gesto hacia el frente e inquirió con marcada intención—: ¿Cuánto tiempo calculas que tardaríamos en atravesar el valle?

—¿Acaso se te está pasando por la cabeza la idea de meternos ahí dentro? —se horrorizó el de Cádiz—. Al mediodía, nos hervirá la sangre.

—Mientras hierva quiere decir que la tenemos, mientras que si nos agarran los comanches no nos dejarán ni una gota —señaló hacia ambos lados y añadió—: Si intentáramos bordear esa caldera tanto por el norte como por el sur nos alcanzarían muy pronto, porque al tener que cargar con L'ardilla por un terreno tan accidentado esos salvajes serán mucho más rápidos que nosotros. —Indicó con la mano la enorme extensión de arena, que comenzaba a sumirse en la penumbra, para concluir—: Ésa es nuestra única vía de escape y tú lo sabes.

—Puede que lo sepa, pero me niego a aceptarlo.

Cienfuegos apenas durmió esa noche, obsesionado como estaba por encontrar la forma de adentrarse en tan desolada región con alguna remota posibilidad de sobrevivir en el intento, e incluso sopesó seriamente la opción de rendirse a los sin sombra, que por muy crueles que pudieran

resultar siempre lo serían menos que un horrendo fin a causa de la sed, que por lo que había oído decir era la forma de morir más espantosa que existía.

El agua de los cactus y el rocío que se depositaba sobre las hojas de algunos arbustos, así como la sangre de lagartos, iguanas y serpientes, les habían bastado para aplacar esa sed hasta el momento, pero se advertía al primer golpe de vista que en el fondo de la depresión no existían cactus capaces de proporcionar agua, arbustos sobre los que se depositara el rocío, ni mucho menos iguanas o serpientes.

El gomero se había percatado desde el primer momento de que la arena, gruesa y espesa, permanecía pegada al suelo como si una suave laca semitransparente, irritante y casi pegajosa le impidiera elevarse o moverse por culpa de una racha de viento o una simple pisada. A diferencia del que habían atravesado durante aquellos últimos días y de los que había conocido años atrás en Tierra Firme, aquél era un desierto como apelmazado, en el que el viento no parecía reinar, sino comportarse más bien como un cautivo de las montañas circundantes al que tan sólo se le permitía sentirse libre durante algunos amaneceres.

Los grandes desiertos solían considerarse el imperio del sol, el calor, la arena y el viento, pero allí la arena y el viento dejaban de tener importancia frente a la violencia de un sol que hacía que la sensación de calor superara todo lo imaginable.

¿Cómo plantearse la posibilidad de pasar un solo día en el interior de la fragua de un herrero?

¿Cómo se las arreglarían para respirar al mediodía en el corazón de la llanura si incluso les había resultado difícil conseguirlo en sus bordes a última hora de la tarde?

¿Cómo lograrían avanzar sobre una superficie candente de la que parecía desprenderse un vaho asfixiante?

Caprichoso debía de ser a buen seguro el Creador, que se había complacido en imaginar y llevar a la práctica un lugar semejante.

Cruel y caprichoso.

Y podría creerse que había convertido al desgraciado Cienfuegos en el principal objetivo de sus incontables caprichos, quizás por el simple hecho

de que al mismo tiempo le había proporcionado una casi inagotable capacidad de recursos con los que enfrentarse a las difíciles pruebas a las que solía someterlo.

Pero en esta ocasión la astucia no parecía bastar, puesto que no se trataba de luchar contra fieras, nativos salvajes o una naturaleza más o menos hostil, sino de adentrarse en las entrañas del averno e intentar salir con vida allí donde toda forma de vida había sido erradicada.

El amanecer lo sorprendió sentado en la atalaya de rocas observando con profunda atención cómo la luz comenzaba a iluminar la parte norte de la llanura, que se diferenciaba bastante del resto y que semejaba un blanco sudario que estuviera aguardando a que algún incauto acudiera a dejarse envolver en su mortal abrazo.

Al cabo de una hora advirtió cómo las bandadas de aves que llegaban del norte y cruzaban sobre su cabeza se desviaban de improviso hacia el este evitando al parecer el violento resplandor y probablemente el notable calor que se elevaba al cielo, por lo que llegó a la conclusión de que el lugar que pretendía atravesar no era exactamente una fragua sino también el más gigantesco espejo que la naturaleza hubiera imaginado.

Descendió hasta aquella blanca llanura, se internó en ella un centenar de metros, tomó asiento y cerró los ojos esforzándose por imaginar a qué se enfrentarían cuando se encontraran en el corazón de semejante infierno en el momento en que el sol alcanzara su cenit.

A los pocos minutos sudaba a mares, y el mero hecho de colocar la palma de la mano sobre la arena, que en realidad era más bien sal, le produjo un dolor insoportable.

—¡Mierda! —masculló—. ¡Esto no hay quien lo aguante!

Pero aun así resistió casi una hora.

Al regresar junto a los que lo aguardaban expectantes no pudo evitar dedicar una leve sonrisa de ánimo a la muchacha, que lo observaba con los enormes ojos muy abiertos.

—Las posibilidades de sobrevivir al atravesar ese valle son escasas —señaló sin rodeos—. Yo voy a intentarlo, pero no quiero obligar a nadie a que me siga.

Como los tres se mostraron decididos a acompañarlo, añadió:

—¡De acuerdo! Cada cual es dueño de elegir cómo quiere morir. Ahora lo primero que tenemos que hacer es sacar el agua de todos los saguaros de los alrededores, y pese a que ya no nos quepa más en los odres debemos dejar que se pierda toda la que quede para que los comanches no la aprovechen. Luego nos tendremos que poner a trabajar muy en serio si queremos tener una mínima oportunidad de salvar el pellejo.

Fueron horas de intensa actividad, pero al caer la tarde, cuando ya se alcanzaba a distinguir muy a lo lejos un compacto grupo de sin sombras que se aproximaban desde el este, se encontraban en disposición de descender al fondo de aquella especie de inmensa caldera del diablo en la que la temperatura comenzaba a disminuir de forma harto notable.

Antes de hacerlo prendieron fuego a la maleza y a los arbustos cercanos y permitieron que las llamas se extendieran a su antojo.

Cuando las primeras estrellas hicieron su aparición marcándoles el rumbo, se habían internado ya en el valle.

La luna, en cuarto creciente, contribuía a conferir un aspecto aún más irreal a un paisaje ya de por sí fantasmagórico, puesto que, pese a que su luz no fuera especialmente intensa, se reflejaba en cada grano de sal multiplicándose y dispersándose a tal punto, que distorsionaba los contornos de las sombras de quienes avanzaban todo lo aprisa que les permitían sus piernas.

La sensación de agobio perdía intensidad casi de un minuto al siguiente, por lo que no resultaba extraño que las rocas que en un muy lejano día se esparcieron por el fondo de lo que millones de años atrás había sido un trozo de mar encajonado entre montañas, se hubieran ido partiendo una y otra vez por efecto de tan bruscos cambios de temperatura para acabar por dejar escapar minúsculas partículas de toda clase de los minerales que antaño se ocultaban en su interior.

De igual modo, el agua de mar, al evaporarse, había depositado en la parte norte, la más profunda del valle, las sales que contenía, por lo que cabría asegurar que aquél era el mundo más absolutamente «mineral» sobre la faz del planeta.

Cuando en alguna rarísima ocasión llovía intensamente de noche, con lo que el agua conseguía el extraño milagro de alcanzar el suelo, dichas sales se diluían al instante, pero al mediodía siguiente el inclemente sol evaporaba el agua una vez más, y así el denominado Valle de la Muerte volvía a hacer justo honor a su nombre.

Aunque, a decir verdad, en el extremo norte el nombre justo debía ser Valle sin Vida, puesto que para morir es necesario haber vivido antes, lo que no era el caso en tan desolada inmensidad.

—¡Aprisa, aprisa! —insistía una y otra vez el gomero—. Debemos estar lo más lejos posible cuando amanezca.

No existen pies más rápidos que los que mueve el miedo, ni corazón más fuerte que aquel que bombea la sangre que conduce a la libertad, pero aun así eran ya tantos los días y las noches de interminable huida, que los pulmones y los músculos comenzaban a rebelarse y flaquear exigiendo descanso.

Allá arriba, a lo lejos y a sus espaldas, aún brillaban los restos del incendio que habían provocado en el momento de marcharse, pero no se distinguían luces de antorchas puesto que ese fuego había arrasado con todo lo que sus perseguidores hubieran podido utilizar para iluminarse.

Probablemente, la tenue luz de la luna les bastara para seguir sus huellas, pero no cabía duda de que les exigía un esfuerzo de atención mucho mayor, obligándolos por ello a avanzar considerablemente más despacio de lo que tenían por costumbre.

Consciente de tales dificultades, Cienfuegos cambiaba de rumbo de vez en cuando, girando bruscamente hacia el norte para encaminarse más tarde al noroeste, con el fin de obligarse a ralentizar aún más su ritmo si no querían arriesgarse a perderles la pista.

En cierta ocasión, Silvestre Andújar protestó ruidosamente:

—Pero ¿qué haces? —exclamó—. Lo que ahora importa es salir cuanto antes de la zona más caliente y salada.

—¡Te equivocas! —fue la segura respuesta—. Cuanto antes salgamos nosotros, antes saldrán ellos, y eso sería lo peor que podría ocurrirnos. ¡Confía en mí!

Hicieron apenas dos cortos altos en el camino para beber y descansar unos minutos, debido a lo cual, en el momento en que la luz del nuevo día comenzó a iluminar la llanura, apenas se distinguía ya el punto desde el que habían partido.

Pero se distinguía, eso sí, aunque muy a lo lejos, a la docena de guerreros que los venían siguiendo.

Y se percibían con nitidez los contornos del alto círculo de montañas que se elevaban hacia poniente.

Transcurrió más de una hora antes de que el inclemente sol descargara toda su furia sobre el profundo valle transformándolo una vez más en la sucursal del infierno, momento en que el gomero ordenó hacer una larga pausa, descansar, beber y prepararse para el difícil día que les esperaba.

Lo primero que hicieron fue calzarse firmemente una especie de rústicos y casi estrafalarios zuecos que se habían fabricado el día anterior con la corteza de los arbustos de las proximidades, lo que los obligaba a caminar tambaleándose y casi como borrachos, pero los mantenía confortablemente aislados de un suelo cuyo calor comenzaba a hacerse insoportable.

A continuación desplegaron un remedo de toldo hecho a base de ramas y lo que quedaba de la vieja vela, y de ese modo pudieron continuar su marcha, ahora mucho más lentamente, pero protegiéndose a la vez del calor del sol y del que ascendía desde la tierra.

Y aún les quedaba agua para aguantar durante toda una jornada.

A poco más de una milla de distancia un grupo de aguerridos guerreros de piel roja capaces de enfrentarse sin pestañear a cualquier ser viviente, por terrible que fuera, comenzaron a advertir que el suelo que pisaban se convertía poco a poco en una plancha ardiente.

Acostumbrados a andar siempre descalzos, la planta de sus pies estaba revestida por un grueso callo con el que podían caminar incluso sobre espinas o cortantes rocas recalentadas por el sol, pero muy pronto descubrieron, alarmados, que la temperatura que alcanzaba la interminable extensión de arena y sal que los rodeaba superaba cualquier límite soportable.

El sudor les empapaba las plantas de los pies, de modo que la sal se les incrustaba en la piel y la reblandecía hasta acabar por provocarles profundas y dolorosas llagas.

El sol caía a plomo, por lo que los fieros comanches hicieron honor a la denominación de la que tanto y tan a menudo se enorgullecían: en esta ocasión se habían convertido, sin lugar a dudas y sin pretenderlo, en unos auténticos sin sombra.

Sin sombra, sin agua y sin un calzado capaz de aislarlos de lo que había acabado siendo una auténtica plancha de asar, pronto comprendieron que los habían conducido a una diabólica trampa de la que no parecían tener escapatoria.

Aquellos que no optaron por detenerse en mitad de la nada a permitir que el sol del mediodía los deshidratara lentamente, descubrieron que a media tarde tenían las plantas de los pies en carne viva y que, por más que intentaran protegérselas con los pequeños trozos de piel que solían utilizar como taparrabos, el intenso calor que emanaba del suelo les impedía avanzar tan siquiera un paso.

Impotentes, observaron cómo aquellos a los que con tanto ahínco perseguían, y a los que horas antes creían ya al alcance de la mano, se perdían de vista en la distancia. Y, perteneciendo a una raza orgullosa y fatalista, acabaron por admitir su derrota y se sentaron a esperar estoicamente la muerte.

Únicamente sobrevivieron tres de ellos, que al llegar a viejos les contaron a sus nietos que había sido la Tierra Muerta y no los guerreros de una tribu enemiga, la que había aniquilado muchos años atrás a un selecto grupo de los más valientes guerreros comanches.

Al mediodía, y convencidos como estaban de que ya nadie los seguía, el agotamiento los obligó a detenerse, por lo que, clavando los palos del toldo en la arena, se acurrucaron a su sombra, bebieron largamente y, pese a que el asfixiante calor casi les impedía respirar, consiguieron dormitar a ratos hasta que la noche refrescó de nuevo el ambiente.

Reanudaron la marcha, ahora sin prisas, procurando ante todo conservar las fuerzas, y poco antes de desaparecer en el horizonte, la luna les proporcionó la luz suficiente para comprender que la abominable Tierra Muerta concluía a menos de media legua de distancia.

El amanecer no trajo en esta ocasión tan sólo un nuevo día, sino también un nuevo paisaje.

Tras el círculo de montañas que conformaban la profunda depresión del denominado Valle de la Muerte comenzaba una tierra que algunos siglos más tarde se convertiría en el destino anhelado por millones de seres humanos: un auténtico Eldorado; la mítica California con la que continúan soñando un gran número de seres humanos.

Avanzaron a través de ella, admirados por el hecho de estar vivos y poder recorrer con absoluta libertad y sin peligro lo que a su modo de ver constituía un verdadero paraíso terrenal.

Encontraron a su paso campos de maíz y cabañas aisladas que se encontraban ocupadas por familias de indígenas que se cubrían con pieles de ciervo y que optaban por rehuir su contacto, aunque sin mostrarse en absoluto agresivos.

Por fin una tibia tarde coronaron una pequeña colina cubierta de hermosos bosques de gigantescas secuoyas para enfrentarse a un nuevo, grandioso y casi increíble espectáculo.

Ante ellos se extendía una interminable extensión de agua sorprendentemente pacífica.

Habían alcanzado las orillas de un nuevo océano.

—¡Dios bendito! —no pudo menos que exclamar un asombrado Silvestre Andújar tomando asiento sobre una roca—. ¿Quiere esto decir que hemos llegado donde acaba todo?

—En cierta ocasión te dije que el único lugar en el que acaba todo es aquel en el que lanzamos el último suspiro, y lo mismo da que sea aquí, que al pie de la Giralda —le replicó con cierta sorna el gomero, acomodándose a su lado—. Pero lo que ahora tengo claro, es que el jodido almirante no tenía ni idea a la hora de hacer cálculos; se comió todo un continente y por lo que parece a primera vista, un nuevo océano.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¿Ya empezamos...?

—Perdona, pero es que con esto no contábamos.

—Nunca hemos «contado» con nada de lo que se nos ha ido presentando, muchachito —le hizo notar Cienfuegos—. Todo ha sido pasar de una sorpresa a la siguiente, y de una desmesura a un auténtico desmadre.

Visto lo visto y el tamaño que tienen por aquí las cosas, no me extrañaría que ese océano fuera incluso mayor que el Atlántico.

—¡Pues sí que estaríamos buenos! —se lamentó Andújar—. ¿Significaría eso que en efecto la Tierra es en verdad redonda pero mucho más grande de lo que imaginábamos?

—¡Y yo qué sé...! —protestó sin demasiado entusiasmo su amigo—. Bastantes problemas tengo con procurar volver de una pieza a mi casa, como para ponerme a elucubrar sobre la forma o el tamaño de la dichosa Tierra. —Se encogió de hombros en un claro ademán de que ya nada le importaba lo más mínimo y masculló—: ¡Por mí que le den por culo!

—Apruebo la moción pese a que con ello no resolvamos nuestros problemas. Llevamos meses viajando hacia el oeste, y resulta evidente que se nos acabó el oeste. No podemos volver atrás, y hacia el norte está claro que hace un frío de mil pares de cojones. —Hizo un ademán con la barbilla en dirección a la larga playa que se extendía a su izquierda y añadió—: ¿Qué existirá hacia el sur?

—No tengo ni la menor idea, ni interés en intentar imaginármelo, porque si algo he aprendido en estos últimos meses es que nos podemos tropezar con lo más inesperado. Lo que sea, sonará.

—Hay otro problema.

—¿Sólo uno? —se asombró el cabrero.

—Éste es grave. —Silvestre Andújar se tomó un tiempo antes de añadir—: ¿Qué hay de L'ardilla?

—¿Qué pasa con ella?

—Que ya se ha convertido en mujer y lo sabes.

—Que le haya bajado la menstruación no significa que se haya convertido en mujer; por lo menos, no para mí.

—Se ha jugado la vida por nosotros, ha matado a un guerrero comanche, ha pasado infinidad de calamidades sin lanzar un lamento, y ha demostrado tener más coraje y ser más mujer que la mayoría de las que conozco. Está esperando su recompensa; que la conviertas en tu esposa, y en mi opinión no tienes derecho a rechazarla.

—¡Pero si no debe de tener más de trece años!

—Es más madura a los trece que mi madre a los cincuenta; la pobre era una santa pero se ahogaba en un vaso de agua.

—No quiero hacerle daño.

—¿Daño? —se sorprendió el gaditano—. La clase de daño al que te refieres le durará como mucho un par de días, hasta que le coja el gusto, pero el que le estás haciendo al despreciarla la está matando.

—Exageras.

—¡Lo dudo! ¡Ponte en su lugar! Para L'ardilla eres una especie de semidiós que llegó de un mundo muy lejano para salvarla de una esclavitud en la que cualquiera tendría derecho a abusar de ella en cuanto se convirtiera en mujer. Te adora, es ya una fruta madura, sus costumbres le dictan que te pertenece, pero tú la ignoras pese a cuanto ha hecho por nosotros. —El andaluz agitó la cabeza una y otra vez como pretendiendo darle más fuerza a sus palabras al concluir—: ¡No es justo! ¡Nada justo!

—Lo que no sería justo es que me aprovechara de esas circunstancias que hacen que me vea como un semidiós, cuando no soy más que un gomero analfabeto que casi le triplica en edad. Y tras pensármelo mucho he llegado a la conclusión de que, según las leyes de su pueblo, no me pertenece a mí, sino a ti.

—¿Qué diablos pretendes decir con eso? —inquirió el andaluz, que de improviso mostró una visible inquietud.

—Que no fui yo quien la salvó, puesto que ni siquiera tenía la menor idea de su existencia; fuiste tú —le apuntó acusadoramente con el dedo y añadió—: Y lo que más me molesta es que lo has sabido desde el primer momento pero te lo has callado.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? —protestó ruidosamente su interlocutor—. ¿Cómo se te ocurre?

—¿Tontería? ¡Ninguna tontería! —insistió el canario—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—La edad justa para fijarse en una muchacha tan bonita, avispada y llena de vida, e insistir en cargar con ella con la disculpa de que el padre podría sernos de utilidad pese a que en esos momentos tu vida corría serio

peligro. —Cienfuegos chasqueó la lengua y le guiñó un ojo como si acabara de cogerle en un claro renuncio al insistir—: El mérito no es mío, muchachito, y por lo tanto no estoy dispuesto a aceptar un premio que no me pertenece.

—¡Pero ella te quiere!

—Ése no es mi problema, sino el suyo. Y en todo caso el tuyo, que no supiste luchar por lo que, según la ley de los navajos, te pertenece. Lo que tengo muy claro, es que no voy a ir contra mis convicciones, ni estoy dispuesto a arriesgarme a destrozar a una criatura tan frágil.

—Ahora eres tú el que exagera.

—¡Tal vez! Pero Ingrid me explicó que debo tener mucho cuidado puesto que, dadas mis especiales circunstancias, me arriesgo a desgarrar a una mujer hasta el punto de que se desangre interiormente o no pueda tener hijos. Recuerdo sus palabras: «Lo que la naturaleza te ha proporcionado con tanta generosidad es para hacer disfrutar a las mujeres, no para hacerlas sufrir. Úsalo con prudencia».

—¿Y fue tu propia esposa quien te dijo algo así?

—Precisamente es mi esposa, y lo será hasta el día de mi muerte, porque es capaz de decir algo así.

—¡Ver para creer! ¡Bien! —añadió el gaditano dando por concluida la discusión—. Haz lo que quieras, pero ten presente que si continúas despreciando a L'ardilla conseguirás que te odie.

Eligieron una tranquila cala rodeada de bosques en la que desembocaba un pequeño arroyo, y decidieron que había llegado el momento de tomarse un más que merecido descanso y coger fuerzas mientras decidían qué camino seguir, pese a que resultaba evidente que no les quedaba otra salida que la larga costa que se abría hacia el sur.

Eran cuatro seres humanos perdidos en el confín del universo, lejos de sus hogares, sin la más mínima esperanza de regresar a ellos, desorientados y abatidos ante la certeza de que jamás volverían a ver a sus seres queridos.

La naturaleza, adversa, hostil e incluso cruel a veces hasta unos días antes, les mostraba ahora su rostro más amable: el de la placidez, la belleza y la abundancia; pero quizás el hecho de no tener que luchar por sobrevivir por primera vez en mucho tiempo, propiciaba que una de las más graves enfermedades que suelen aquejar el alma humana, la nostalgia, comenzara a apoderarse del ánimo de Cienfuegos.

Cuanto le rodeaba era ciertamente hermoso y placentero, pero el simple hecho de no tener que estar siempre atento a la difícil tarea de sobrevivir, y disponer ahora de tiempo para pensar en sí mismo y en su incierto futuro, permitía que los recuerdos llegaran en tropel como si tratara de una manada de bisontes desbocados.

No podía dejar de pensar en Ingrid o en Araya, y seguía teniendo muy presente que la mayor de sus hijas abultaba casi el doble que aquella frágil chicuela que aspiraba a que la convirtiese en su nueva esposa.

Admiraba a L'ardilla. Era en verdad una criatura inteligente, adorable, divertida y sexualmente atractiva; una especie de sorprendente ninfa salvaje de las que suelen excitar a cierta clase de hombres maduros a los que fascina la inocencia, o enamorar a un joven tan inexperto como Silvestre Andújar, pero pese a que la naturaleza se hubiera empeñado en asegurar lo contrario, a sus ojos aún no era una mujer a la que pudiera amar, acariciar, poseer y penetrar con la fuerza con que acostumbraba a hacerlo.

Puede que, como aseguraba el gaditano, «fuera ya una fruta madura», pero a su modo de ver no era una fruta que él debiera arrancar de su rama, por más que la muchacha acabara odiándole por ello.

Existen circunstancias en la vida de un ser humano en que se ve obligado a elegir entre ser injustamente amado o injustamente aborrecido, y es en esos momentos cuando debe demostrar su auténtica valía al elegir la menos gratificante de las opciones.

Del mismo modo que «el corazón tiene razones que la razón desconoce», la conciencia tiene razones que el corazón desconoce, y para ciertos seres humanos los dictados de su conciencia suelen estar por encima de los dictados de su corazón.

Al fin y al cabo, con demasiada frecuencia los dictados del corazón no son más que los dictados del deseo recubiertos de un ligero barniz de romanticismo.

Y por si eso no bastara, su corazón continuaba estando muy lejos de allí; continuaba en una perdida isla, la Escondida, oculta entre las incontables islas de los Jardines de la Reina, frente a las costas de Cuba.

Por ello le alegró sobremanera que, tres días más tarde, Silvestre Andújar acudiera a tomar asiento a su lado para decirle:

—He hablado con L'ardilla; entiende tus razones, y sabe que, según la ley, yo soy su marido. Te quiere y supongo que te seguirá queriendo hasta el fin de sus días, pero estoy seguro de que, si tengo paciencia, conseguiré que se convierta en una buena esposa. Ni ella, ni su padre, ni yo deseamos continuar huyendo, por lo que hemos llegado a la conclusión de que éste es un buen lugar en el que fundar una familia. ¡Nos quedamos!

Una semana más tarde, el canario Cienfuegos emprendió el camino de regreso a un hogar que no sabía dónde estaba, ni cómo ni cuándo llegaría a él.

*Madrid-Lanzarote, 2005*



**Alberto Vázquez-Figueroa** (1936). Nació en Santa Cruz de Tenerife. Antes de cumplir un año, su familia fue deportada por motivos políticos a África, donde permaneció entre Marruecos y el Sahara hasta cumplir los dieciséis. A los veinte años se convirtió en profesor de submarinismo a bordo del buque-escuela *Cruz del Sur*. Cursó estudios de periodismo, y en 1962 comenzó a trabajar como enviado especial de *Destino*, *La Vanguardia* y posteriormente de Televisión Española. Durante quince años visitó casi un centenar de países y fue testigo de numerosos acontecimientos clave de nuestro tiempo, entre ellos las guerras y revoluciones de Guinea, Chad, Congo, República Dominicana, Bolivia, Guatemala... Las secuelas de un grave accidente de inmersión le obligaron a abandonar sus actividades como enviado especial. Tras dedicarse una temporada a la dirección cinematográfica, se centró por entero en la creación literaria. Ha publicado más de cuarenta libros, entre los que cabe mencionar: *Tuareg*, *Ébano*, *Manaos*, *Océano*, *Yáiza*, *Maradentro*, *Viracocha*, *La iguana*, *Nuevos dioses*, *Bora Bora*, la serie *Cienfuegos*, la obra de teatro *La taberna de los Cuatro Vientos*, *La ordalía del veneno*, *El agua prometida* y *Alí en el país de las maravillas*. Nueve de sus novelas han sido adaptadas al cine. Alberto Vázquez-Figueroa es uno de los autores españoles contemporáneos más leídos en el mundo.